
HARLEQUIN
Deseo
Melodía de soledad
Cathleen Galitz



Melodía de soledad

Cathleen Galitz





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Melodía de soledad, n.º 5519 - febrero 2017
Título original: Cowboy Crescendo
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9350-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

De pie en el umbral del salón del hombre que la había contratado, Heather Burroughs no podía dar crédito a la chocante escena que estaba presenciando.

Como la puerta de entrada a la casa no tenía timbre había usado los nudillos, pero, a pesar de su insistencia, nadie había acudido a su llamada. Había probado a girar el picaporte, y al ver que la puerta estaba abierta, había entrado y había seguido el sonido de una voz masculina hasta llegar al lugar donde se encontraba en ese momento. El dueño de aquella voz resultó ser un hombre increíblemente guapo, pero aquello no disminuyó ni un ápice la impresión de que la había contratado un monstruo… un monstruo cruel que estaba torturando a un pobre niño con una galleta con trocitos de chocolate.

—Vamos, Dylan —estaba ordenándole exasperado—. Si lo dices, te la daré.

Tan enfrascado estaba el hombre en sus intentos por imponer su voluntad sobre la del pequeño, que no advirtió la presencia de Heather.

El chiquillo, que no tendría más de tres años, alzaba desesperado sus manitas regordetas hacia la golosina que el monstruo sostenía frente a él, pero cada vez que sus dedos la rozaban, la ponía fuera de su alcance. Las lágrimas que la frustración había hecho aflorar a los ojos del pequeño empezaron a rodar por sus mejillas sonrosadas, y el hombre maldijo entre dientes.

—¡Vamos, Dylan!, ¡sólo tienes que decirlo!

No podía seguir allí de pie sin hacer nada, se dijo Heather, aunque significase perder aquel empleo el primer día, y aunque aquel empleo supusiese la diferencia entre no tener que depender de sus padres y dormir en el banco de un parque.

—¡Démela!

Ignorando la expresión patidifusa del hombre, que había girado la cabeza al oírla, Heather se dirigió hacia él a grandes zancadas y le arrancó la galleta de la mano. Después, agachándose, secó las lágrimas del niño con el puño de una manga, y se la dio.

El chiquillo se la metió en la boca a toda velocidad para que su padre no pudiera requisarla, y sonrió a Heather con la cara

pringada de churretes de chocolate y los carrillos llenos.

—¿Se puede saber quién diablos es usted, y qué se cree que está haciendo? —exigió saber Tobías Danforth, aún acuclillado en el suelo frente al niño.

La tela de los vaqueros, tirante sobre los muslos en esa posición, quedó más holgada cuando se levantó y miró a la joven, profundamente irritado. Debía medir más de un metro ochenta, lo que lo hacía un gigante en comparación con el metro sesenta y cinco de Heather, que de pronto se sintió como David frente a Goliat… y sin honda.

—Soy la niñera que envía la agencia de empleo —le dijo, armándose de valor—, y lo que he hecho ha sido poner fin al tormento al que tenía sometido a este chiquillo. Por si no se ha dado cuenta, señor Danforth, es un niño, no un perro al que pueda enseñar trucos prometiéndole galletas.

—¿Cómo se atreve…?

—Me atrevo porque me importa. Ésa no es manera de educar a un niño —lo cortó ella, alzando la barbilla desafiante.

Los ojos azules de Tobías Danforth la miraron como si quisieran fulminarla, pero Heather había tenido a algunos de los profesores de música más estrictos y desagradables del planeta, y no se arredraba fácilmente ante esas tácticas intimidatorias.

—¿Y cree que a mí no me importa mi propio hijo? —le espetó el hombre en un tono sardónico.

El brillo feroz de sus ojos habría hecho huir a un lobo, pero Heather puso los brazos en jarras, manteniéndose firme a pesar del leve temblor que sentía en las piernas.

—Dudo que los servicios sociales aprobaran medidas educativas como la que acabo de verle aplicar con su hijo —contestó.

Tobías Danforth apretó la mandíbula.

—Salga de mi casa.

Aunque las palabras habían sido pronunciadas en un tono tan suave que el niño apenas sí dio un ligero respingo, hicieron estremecer a Heather.

«Adiós trabajo», pensó, preguntándose cómo iba a explicar aquello en la agencia de empleo. Quizá había estado fuera de lugar entrometerse, pero no había podido evitarlo.

El envalentonamiento que acababa de demostrar ante aquel hombre era en realidad algo reciente en ella, algo que había surgido un día, tras veinticinco años de sumisión a sus padres, cuando ya no había podido más. Habían amenazado con desheredarla si se encabezonaba en actuar contra su voluntad, pero ella se había

adelantado, marchándose de casa.

Se sentía orgullosa de haberse enfrentado a ellos y haber tomado las riendas de su vida, pero todavía tenía que aprender a atemperar con prudencia esa vena justiciera que le salía. De lo contrario, acabaría teniendo que vivir de la caridad.

Pero hasta eso sería preferible a trabajar para un hombre que le recordaba tanto a su severo y exigente padre, se dijo irguiéndose con dignidad y dirigiéndose hacia la puerta.

Sin embargo, apenas había dado tres pasos cuando una voz infantil la hizo detenerse:

—¡Alleta!

Como si de una máscara de blanda cera se tratase, el rostro de Tobías Danforth se transformó al escuchar a su hijo. El gélido brillo de sus ojos se derritió al instante, y poniéndose de rodillas tomó al niño por los hombros y lo miró a los ojos.

—¿Qué es lo que has dicho?

Si sus manos no hubiesen estado temblando, Heather habría pensado, por la fuerza con que tenía asidos los hombros del pequeño, que iba a zarandearlo para sacarle una respuesta.

—Ha dicho «galleta» —intervino contrariada—, y por si le interesa mi opinión, yo diría que quiere otra.

—¿Otra? ¡Por mí puede comerse la bolsa entera! —exclamó Tobías Danforth, con una euforia que dejó aún más aturdida a Heather.

Tomó al pequeño por debajo de las axilas, y lo hizo girar con él riendo. La expresión de radiante felicidad de su rostro hizo que los latidos del corazón de Heather se aceleraran. ¿Sería posible que se hubiese equivocado y después de todo aquel ogro fuera un buen hombre?

El chiquillo reía también, y cuando dejaron de girar repitió la hazaña que había provocado el entusiasmo de su padre:

—¡Alleta!

El juicio que Heather había hecho del hombre se desmoronó como un castillo de naipes al ver lágrimas en sus ojos cuando bajó al niño y le alborotó el oscuro cabello.

Las gentes del lugar lo tenían por un millonario excéntrico con vocación de ermitaño, y a Heather no le extrañaba, porque para quienes habían nacido y crecido en aquellas tierras inhóspitas, era inconcebible que un hombre de su posición hubiese renegado de la vida fácil y las comodidades para dedicarse a la ganadería como si fuese una afición similar a la de otros ricos, como el polo o el golf.

Sin embargo, para Heather, lo que resultaba verdaderamente

sorprendente era que un hombre así pudiese conmoverse de semejante manera con los balbuceos de un niño pequeño.

Tobías Danforth tomó la bolsa de galletas de una estantería y se agachó para dársela al chiquillo. El niño le rodeó el cuello con los bracitos, cubriéndole el rostro de besos, y, al verlo, la primera impresión que Heather había tenido de su padre se disipó por completo.

La escena era tan enternecedora y a la vez tan distinta de lo que había sido su propia infancia, que Heather sintió una punzada de arrepentimiento por haber fastidiado aquel empleo.

Sin embargo, cuando estaba girándose sobre los talones para marcharse, la voz de Tobías Danforth, grave pero al mismo tiempo amable, la detuvo:

—¿Y usted dónde cree que va?

Heather se volvió, y cuando vio su rostro cubierto de marcas de chocolate por los besos de su hijo, no pudo evitar prorrumpir en una suave risa. Los labios de Tobías Danforth se arquearon en una leve sonrisa, y de pronto pareció un hombre mucho menos temible.

—Acaba de despedirme —le recordó ella quedamente.

Tobías Danforth sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y se limpió con él la cara.

—Bueno, pues considere revocado el despido.

Heather respiró aliviada.

—Déjeme ayudarlo —le dijo, quitándole el pañuelo para limpiar unas miguitas que habían quedado junto a los labios.

Los ojos de Tobías Danforth se encontraron con los suyos, y de repente, lo que había sido un gesto espontáneo, impulsado por un mero deseo de disculparse y agradar, se convirtió en algo extrañamente íntimo. Heather sintió un cosquilleo eléctrico en la nuca, que pareció transmitirse por todas las ramificaciones nerviosas de su cuerpo, y notó que las mejillas le ardían.

¿Por qué había reaccionado así?, se preguntó, irritada consigo misma. ¿Acaso no había aprendido ya la lección? No podía caer en el mismo comportamiento ingenuo que la había hecho vulnerable al hombre que había empezado siendo su mentor y había acabado rompiéndole el corazón. Además, enamorarse del hombre para el que iba a trabajar sólo le acarrearía problemas.

—Yo… le doy las gracias por esta segunda oportunidad, pero creo que deberíamos hablar de las condiciones de empleo —comenzó vacilante—. Es evidente que quiere a su hijo, pero no estoy muy de acuerdo con su manera de educar.

—¿Se refiere al ejercicio que estaba poniendo en práctica por

indicación de la logopeda, que usted ha interrumpido, y que tan groseramente ha comparado con enseñarle trucos a un perro?

Heather se puso roja como un tomate. ¿Cómo podía haber sabido que aquello que estaba haciendo era parte del tratamiento prescrito por una especialista?

—Lo… lo siento —balbució, deseando que hubiera algún modo posible de volver a empezar de nuevo.

Tobías Danforth se pasó una mano por el cabello. Lo tenía castaño, pero el trabajar bajo el intenso sol de Wyoming le había aclarado las puntas, y aunque necesitaba un buen corte, a Heather le pareció que ese aspecto descuidado lo hacía más atractivo.

—No se disculpe. Ha tenido más éxito con Dylan en los cinco minutos que lleva aquí, que yo desde que su madre se marchó —admitió él.

Sus palabras destilaban una cierta amargura, y las arrugas que se habían formado en su frente delataban su desesperación.

Heather se preguntó qué habría empujado a la madre del chico a dejar a su esposo y su hijo. ¿Se habría sentido asfixiada quizá por la soledad de aquel lugar, a kilómetros del vecino más cercano? ¿Tal vez la culpa había sido de su marido?

Sin embargo, hubieran sido cuales hubieran sido sus motivos, nada podía disculpar el dolor que le había causado a su hijo. Sabía muy bien cómo debía sentirse Dylan, porque ella había pasado por algo similar, sólo que, al contrario que él, tampoco había contado con el amor de su padre. Ni él ni su madre habían sido nunca afectuosos con ella.

Siendo muy pequeña, la habían mandado interna a una elitista escuela de música. Durante toda su infancia y adolescencia le habían repetido mil veces que tenía que estar agradecida por los sacrificios que hacían para poder mandarla a una escuela tan cara donde pudiera desarrollar su don natural, pero en realidad sólo les interesaba poder presumir de niña prodigio frente a sus amistades. Para ella, que sólo había querido su cariño, había sido como un destierro.

—En caso de que en la agencia de empleo no se lo hayan dicho, señorita Burroughs —le dijo Tobías Danforth—, Dylan tiene problemas de desarrollo lingüístico.

Las últimas palabras parecieron atragantársele, pero carraspeó y continuó hablando:

—No sé si lo que acaba de ocurrir ha sido una mera casualidad o no, pero tengo la esperanza de que pueda ayudar a mi hijo a abrirse con el talento que comparten para la música —añadió señalando un

piano de cola con un ademán de la mano.

Al mirarlo, una mezcla de emociones contradictorias invadió a Heather. Parte de ella ansiaba recorrer las hermosas teclas de marfil con sus dedos, pero otra ya había cerrado la tapa en su mente, como había dado por cerrada aquella etapa de su vida para siempre.

—En su currículum decía que durante varios años ha sido usted concertista. Dylan tiene un talento especial para la música. A sus tres años y sin haber recibido ningún tipo de formación es capaz de interpretar melodías al piano.

Heather resopló y se volvió hacia él.

—Espero que no esté pensando en mandarlo a una escuela especial, como hicieron mis padres conmigo. Aunque por aquel entonces yo tenía siete años, cuatro más que su hijo, no era lo suficientemente mayor como para soportar las presiones a las que me vi sometida allí.

Tobías Danforth la miró sorprendido.

—No tengo la más mínima intención de mandarlo a ninguna parte —contestó sacudiendo la cabeza—. Su madre se sentía constreñida por la vida familiar, pero yo no. Quiero a mi hijo, y haré lo que sea para que vuelva a hablar, aunque sea tentándolo con golosinas, como me aconsejó la logopeda.

Heather se sonrojó ante la reprimenda implícita que había en sus palabras, pero quería que quedara claro que no aprobaba esa clase de métodos.

—Siempre y cuando no me obligue a mí a hacer lo mismo, estoy dispuesta a prestarle todo mi apoyo —le dijo.

—Me parece justo —contestó él, enarcando una ceja—. Lo único que espero es que sea capaz de arrancar de mi hijo las notas que lo hagan salir de su caparazón.

«Arrancar notas»… Consciente del valor simbólico de aquellas palabras tan cuidadosamente escogidas, Heather también se cuidó de escoger bien las de su respuesta. Aunque la intención del señor Danforth fuera buena, jamás le haría a un niño lo que le habían hecho a ella, jamás convertiría en una maldición el hermoso don que Dios le había dado.

—Estaré encantada de ayudar a Dylan a desarrollar sus aptitudes musicales… siempre y cuando sea lo que él quiera.

Tobías Danforth pareció satisfecho.

—Perfecto. Como supongo que le habrán informado en la agencia, tendrá que limpiar la casa y cocinar, pero eso siempre será secundario al cuidado de Dylan. Además, tampoco soy muy exigente en ese aspecto, por si eso la tranquiliza.

Bueno, en cierto modo sus palabras sí la tranquilizaron… sobre todo teniendo en cuenta que aquel era su primer empleo, y que tenía tan poca experiencia en la cocina como cuidando niños. En cambio calmar sus hormonas, que andaban revueltas, era algo muy distinto. ¿Cómo iba a tranquilizarse cuando según su contrato iba a vivir al menos seis meses bajo el mismo techo que un hombre que parecía una estrella de cine?

—Ya es tarde para presentaciones, pero si no te importa preferiría que nos tuteásemos, y que me llames «Toby» en vez de «señor Danforth» o «Tobías» —le dijo él, tendiéndole la mano.

Al estrecharla, Heather volvió a sentir aquel cosquilleo recorriéndola otra vez de arriba abajo. Las manos de Tobías Danforth eran manos endurecidas por el trabajo, no como las de Josef, suaves manos de pianista que la habían tocado con el mismo virtuosismo que demostraba en cada concierto, pero que a la vez la habían hecho sufrir de un modo indecible.

—Y a Dylan tampoco hace falta ya que te lo presente —continuó Toby.

Al oír su nombre, el niño soltó la bolsa de galletas y extendió los brazos hacia Heather, que, a pesar de los churretes de chocolate de sus manos no dudó en alzar al pequeño. Dylan le rodeó el cuello con los brazos y el cariñoso beso que imprimió en su mejilla dejó huella también en el corazón de la joven.

—Parece amor a primera vista —dijo su padre con una sonrisa.

Heather dio un respingo. Aunque el contexto no tenía nada que ver, las palabras de Toby eran las mismas que su padre había pronunciado el día que le presentara a Josef. Su relación había acabado en desastre, y no quería que la historia volviese a repetirse.

Por eso no podía encariñarse con Dylan ni con Toby. Aquel empleo no debía ser más que un modo de ganar el dinero suficiente para no tener que volver a depender nunca de su padre, ni de Josef, ni de ningún otro hombre.

Su padre y Josef… No era de extrañar que cada vez que recordara a uno el otro surgiera inmediatamente en su mente, porque cuando Josef le dio la espalda, sus padres hicieron lo mismo.

Había decidido dejar su carrera musical y estudiar pedagogía, pero para eso necesitaba ahorrar lo suficiente como para poder matricularse en la universidad el año siguiente. Inspirando profundamente, esbozó una sonrisa, y le preguntó a Toby.

—Bueno, ¿y cuándo empiezo?

—Pues… cuanto antes mejor —respondió él, frunciendo los

labios y señalando en derredor con un ademán de la mano.

Aunque el salón no estaba desordenado, los muebles tenían polvo, y las alfombras necesitaban que se les pasase la aspiradora.

—La empleada del hogar que tenía nos dejó hace dos semanas por problemas de salud, y desde entonces esto es un caos —añadió Toby—. El haber tenido que estar pendiente de Dylan todo el tiempo estas dos semanas y que ocuparme de las comidas me ha obligado a desatender las tareas del rancho.

Parecía verdaderamente tan abrumado por sus circunstancias, tan vulnerable y fuerte al mismo tiempo, que Heather no pudo evitar sentir una cierta empatía hacia él. Comprendía muy bien lo difícil que por su orgullo debía resultarle pedir ayuda.

—Ya veo —dijo—. Bueno, tengo las maletas fuera, en el maletero del coche, así que, si me dices cuál va a ser mi habitación, desharé el equipaje y me pondré manos a la obra.

La expresión de agradecimiento del rostro de Toby fue tan obvia, que Heather se sintió estremecer por dentro.

—Por cierto, antes de que lo olvide… —añadió Toby—. Dentro de un par de días Dylan y yo tenemos que asistir a una reunión familiar… bueno, en realidad es un evento formal, y me gustaría que nos acompañases, así que si no has traído con tu equipaje algún vestido que te pueda servir, podemos acercarnos a la ciudad el fin de semana para que te compres uno.

A Heather le estaba costando procesar todo lo que había ocurrido en sólo quince minutos: la había despedido, después la había readmitido, ¡y de pronto la invitaba a una reunión familiar!

—No será necesario —respondió, intentando no mostrar su nerviosismo ante la idea. Siempre se sentía tímida entre gente a la que no conocía—. Aunque mi vestuario es algo limitado, creo que me las podré arreglar.

Sólo esperaba que para ir a esa reunión familiar no tuvieran que tomar un avión. Su miedo a los aviones había sido una cruz para ella ya que desde niña había tenido que viajar de una punta a otra del país para dar recitales. De hecho, era tal el pavor que le daba volar, que siempre que podía hacía una ruta alternativa por tren o autobús, aunque tardara más.

La tensión se disipó del rostro de Toby y fue reemplazada por una amplia sonrisa. Heather sintió mariposas en el estómago, pero, queriendo oponerse a la atracción física que sentía por él, se dijo obstinadamente que se debía tan sólo a los nervios del primer día de trabajo.

—Estupendo; un problema menos —dijo Toby—, pero asegúrate

de llevarte ropa fresca. Mi hermana me ha dicho que, para la época del año en la que estamos, está haciendo un calor inusitado en Savannah —añadió—. ¿He dicho ya que volamos allí el lunes?

Dylan se puso a dar palmas al oír la palabra «volar», pero a Heather se le cayó el alma a los pies.

Capítulo Dos

Tras ayudar a Heather a subir las maletas a la que iba a ser su habitación, Toby dejó a Dylan en el salón, jugando con sus bloques de madera, y fue a su estudio para revisar los libros de contabilidad antes de volver al trabajo.

Sin embargo, diez minutos después estaba con los libros abiertos delante de él, un lápiz en la mano… y la mente en otra parte, o más bien en cierta persona.

La primera impresión que había tenido de Heather por aquel episodio de la galleta había sido la de una joven de fuerte carácter que no estaba dispuesta a dejar que le dijeran cómo tenía que hacer las cosas. Casi parecía que fuese él el subordinado y no ella.

Sí, en un primer momento le había resultado irritante, aunque aquel arranque justiciero de hada madrina que le había dado había sido en el fondo tan adorable que le habría sido imposible no perdonarla.

Además, ¿cómo podría no perdonar a una criatura tan encantadora? Porque, con aquellos hermosos ojos grises, esos tentadores labios, esa figura llena de suaves curvas… Toby interrumpió inmediatamente sus pensamientos. «¿En qué diablos estás pensando?», se reprendió, «¡va a ser la niñera de Dylan!».

Si era guapa o no, era secundario. Lo importante era que parecía haber congeniado con su hijo, y aquello era casi un milagro, porque Dylan nunca se abría tan rápidamente a los extraños. Y, por otra parte, tal vez sólo hubiese sido una coincidencia, pero parecía haber sido el catalizador que había hecho que Dylan pronunciara su primera palabra tras la marcha de su ex mujer, Sheila.

Sin embargo, era pronto para lanzar las campanas al vuelo. Sheila no había soportado vivir en aquel lugar, «en medio de ninguna parte», y nada invitaba a pensar que una mujer joven y bonita como Heather, como lo había sido Sheila, fuese a ser distinta a ese respecto.

Sheila nunca había comprendido su amor por la quietud que se respiraba en aquel lugar, ni por la austera belleza del paisaje. De hecho, para él el rancho era la culminación de un sueño largamente acariciado. El asentarse en Wyoming le había permitido alejarse de los compromisos sociales que conllevaba el ser miembro del clan

Danforth, y vivir según el ideal americano de poder enorgullecerse de algo que uno había levantado con su esfuerzo desde los cimientos, partiendo de cero.

Situado a los pies de las montañas, el rancho Doble D era la idea que Toby tenía del paraíso en la Tierra. Allí un hombre se encontraba consigo mismo, y podía pensar con claridad lejos de los convencionalismos vacíos de la sociedad, de la tecnología, de la política… En la ciudad uno era esclavo de la técnica, y tenía que evitar constantemente las zancadillas de los que estaban atrapados por el frenesí de llegar más alto y tener más. En el campo, en cambio, uno había de aprender a confiar en su ingenio, y también en la buena voluntad de sus vecinos, porque se necesitaban unos a otros.

Respecto a por qué se había apartado de su familia… no era que no los quisiese, pero su forma de ver la vida era muy distinta de la suya. Desde que viera, siendo muy niño, su primera película de vaqueros, había sabido que ésa era la clase de existencia que quería para sí: en libertad, en contacto con la naturaleza.

Sin embargo, a pesar de lo ansioso que había estado por abandonar Savannah cuatro años atrás, tras casarse con Sheila, se había esforzado por mantener los vínculos con su familia, sobre todo por Dylan.

Toby sentía un gran cariño y respeto por su padre, Harold, y a petición suya había accedido a ir a Savannah con Dylan el cuatro de julio, para acudir a la fiesta en apoyo de la candidatura al Senado de su tío Abraham.

Nunca le habían gustado esa clase de eventos formales, pero por su padre haría lo que fuera. La fiesta iba a celebrarse en Crofthaven, una mansión que había pertenecido a su familia durante más de un siglo. Aunque ni sus primos, que habían crecido allí, conservaban gratos recuerdos de ella, como cabría esperar, no podía haber mejor escenario para el pistoletazo de salida de la campaña de su tío Abe. Era un hombre recto, inteligente, y con claras dotes de mando, pero a Toby le parecía muy triste que siempre se hubiese preocupado más de su éxito personal que de su familia.

Al lado del de Abraham, el patrimonio de su padre, Harold, resultaba casi modesto, pero ni Toby ni sus hermanos habían envidiado jamás a sus primos a ese respecto. Tras la muerte de su madre, siendo ellos aún pequeños, su padre, demasiado ocupado con sus negocios, se había desembarazado de ellos enviándolos a internados. Ni siquiera las vacaciones las habían pasado con él, sino con su tío Harold, que había acabado convirtiéndose para ellos en

un segundo padre y reemplazando al suyo, que tan poco tiempo les dedicaba.

Toby nunca se había sentido celoso por tener que compartir a su padre con ellos, y, además, por su carácter afable y bondadoso, le resultaba comprensible que sintieran un afecto tan grande por él. Ese mismo carácter era una de las razones por las que quería que Dylan pudiese conocer mejor a su abuelo. De hecho, tenía la esperanza de que la influencia de su familia pudiese ayudar a su hijo a empezar a abrirse y a hablar de nuevo.

Desde luego a ese respecto podía decirse que cuando el clan Danforth se juntaba estaban aseguradas la charla y las risas, las discusiones sobre política y los recuerdos de las travesuras infantiles.

Toby sabía que su familia haría todo lo que estuviese en su mano para que Dylan se sintiese cómodo entre ellos, y llevando a la niñera también estaría más tranquilo, sin tener que estar pendiente de él todo el tiempo, aunque por desgracia eso implicaba que quedaría expuesto a los intentos de su hermana Imogene por emparejarlo.

A pesar de haberle dicho mil veces que no tenía interés en salir con nadie, y mucho menos en volver a casarse, Imogene no se daba por vencida. Y, aunque Toby sabía que sólo lo hacía porque quería verlo feliz, le gustaría que ella y el resto de la familia aceptaran de una vez la decisión que había tomado tras divorciarse de Sheila de criar a su hijo solo.

Cuando hubo terminado de deshacer su equipaje, Heather bajó las escaleras y se encontró con Toby, que se dirigía al vestíbulo.

—Voy a salir y no volveré hasta la hora de la cena. Prepara lo que puedas con lo que encuentres en la cocina —le dijo—. Dylan está jugando en el salón.

—De acuerdo —contestó Heather—. Hasta luego.

Inspirando profundamente, se dirigió al salón, y efectivamente encontró al niño donde su padre lo había dejado, sentado en el suelo con sus bloques de colores.

—Vaya, ¡qué torre tan alta estás haciendo! —comentó sentándose junto a él al estilo indio—. ¿Te apetece que charlemos un poco para conocernos mejor?

El chiquillo se giró hacia ella, y la escrutó muy serio con sus grandes ojos azules.

—¿Qué piensas? —le preguntó, inclinándose hacia él y

tocándole la frente con el índice.

Como si fuera un monito, Dylan imitó el gesto, poniendo su dedo en la frente de ella.

—¿Quieres saber qué estoy pensando yo? —le dijo—. Pues… estoy pensando que tú y yo nos parecemos mucho, y que seguro que vamos a llevarnos muy bien.

La expresión del niño permaneció inalterable, como si no le interesara lo que le estaba diciendo, pero Heather no dejó que eso la desanimara. Era a niños especiales como Dylan a los que había decidido que quería ayudar cuando había decidido dejar su carrera musical para convertirse en maestra, y aquélla era una buena oportunidad para ponerse a prueba a sí misma.

Además, de ese modo, si fracasaba, como habían vaticinado sus padres al decirle que estaba cometiendo el mayor error de su vida y que iba a perder su tiempo y su dinero en la universidad, aún estaría a tiempo de reconducir su vida en otra dirección.

Pero no tenía intención de fracasar; haría todo lo que fuese necesario para ayudar a Dylan… excepto emplear técnicas como la que había estado empleando su padre cuando llegó para intentar obligarle a hablar. ¿Cómo podía un logopeda aconsejar algo semejante? Aquello era tan contraproducente como los castigos que algunos de sus profesores de música le habían impuesto cuando no había prestado atención en clase o había tocado mal una pieza.

Sin que pudiera evitarlo, los recuerdos se agolparon de pronto en su mente. Había nacido con un don para la música, y su infancia y adolescencia habían estado marcadas por las elevadas expectativas de sus padres respecto a ella, agotadoras prácticas al piano, y recitales de alto nivel donde era comparada con otros niños prodigio. A la tierna edad de siete años la habían enviado interna a una exclusiva escuela de música, donde había crecido bajo la constante presión de lo que se esperaba de ella, y cuando cumplió los diecisiete años ya estaba más que rodada y quemada de todos los recitales que había dado y las competiciones interescolares en las que había participado.

De pronto oyó en sus recuerdos la voz del señor Marion, mirándola irritado a través de sus pequeñas gafas rectangulares: «Vuelve a hacerlo. ¡Y ya basta de lloriqueos! Tus padres te han enviado aquí para que te disciplinemos, niña perezosa y desagradecida. Esas lágrimas de cocodrilo no me conmueven en absoluto. Tocarás esta pieza hasta que lo hagas correctamente».

Cerrando mentalmente la caja de Pandora de donde habían escapado esos recuerdos, Heather resopló suavemente y le dijo al

pequeño:

—No te preocupes, Dylan, no te obligaré a hablar si no quieres. De hecho, la verdad es que yo tampoco soy demasiado habladora —añadió con una sonrisa—. Fíjate, otra cosa que tenemos en común. ¿Sabes?, cuando yo tenía sólo unos años más que tú, mis padres me enviaron a un internado, lejos de ellos, y cuando me sentía triste, o enfadada, usaba la música para expresarme.

De pronto Dylan ladeó la cabeza, como interesado, y señaló el piano de cola del extremo opuesto del salón.

—¿El piano? ¿Quieres tocar una canción para mí? —aventuró Heather.

Dylan se volvió, dándole la espalda, y tiró el bloque de madera que tenía en la mano contra la base de la «torre» que había estado construyendo. La estructura se derrumbó ruidosamente, y las piezas rodaron en todas las direcciones.

Heather dejó escapar un suspiro.

—No, me parece que no —murmuró.

Se puso de pie y se dirigió hacia el piano con una calma que no sentía en absoluto. Había llegado a asociar la música con el dolor de su corazón, y cuando levantó la tapa tuvo la impresión de que fuera de plomo en vez de madera. Se sentó en la banqueta, y tocó distraídamente parte de una escala con la mano derecha. El sonido, sin embargo, bastó para hacer que Dylan se levantase y se sentase junto a ella.

Heather se irguió muy seria, inspiró profundamente, y colocó las manos sobre el teclado. Con aquella postura de pianista profesional, uno habría pensado que iba a demostrar al niño su maestría con una complicada pieza clásica, pero fue una melodía infantil la que empezó a tocar y cantar:

—Brilla, brilla, linda estrella…, de entre todas…

Miró a Dylan, y el niño tocó las últimas notas mientras ella cantaba el final de la estrofa:

—…la más bella.

Riéndose suavemente, comentó:

—Suena igual que tus bloques de construcción al caer, ¿verdad?

El niño esbozó una pequeña sonrisa, y animada por esa respuesta, Heather escogió otra tonada:

—A mi burro, a mi burro…, le duele la cabeza…

Hacía tanto tiempo que la música no le producía más que dolor, que se sorprendió al descubrirse disfrutando con aquellas canciones tontas que no exigían un virtuosismo especial. Estuvieron sentados al piano buena parte de la tarde, y Heather incluso consiguió

animar a Dylan a tocar una canción a dúo con ella.

No era mucho, pero al menos estaba consiguiendo acercarse a él, pensó. Sólo esperaba que su padre no se molestase si para cenar se encontraba con unos sándwiches y sopa de tomate de lata, porque no le iba a dar tiempo a hacer mucho más.

El sonido del piano y de una melodiosa voz femenina hizo a Toby detenerse al entrar en la casa, con la mano aún sobre el pomo de la puerta. Cerró despacio. Hacía tanto que no oía un sonido alegre entre aquellas paredes, que por un instante se preguntó si no se habría equivocado de casa.

Aunque al entrar había echado en falta el delicioso aroma de las comidas de la señora Cremins, aquel sonido le alegró el alma de un modo que ni siquiera el cordero asado con patatas de su antigua empleada del hogar lo había hecho jamás.

Siguió las notas hasta llegar al salón, pero no traspasó el umbral. De espaldas a él, ni Heather ni Dylan advirtieron su entrada, lo que le dio una oportunidad perfecta para observar la interacción entre ambos. No alcanzaba a imaginar qué razones habrían podido llevar a alguien con una voz tan hermosa como la de Heather a desperdiciar su talento y buscar trabajo como niñera, pero si Dios había querido enviarle un ángel, ¿quién era él para cuestionar sus designios?

Dylan no estaba cantando con ella, pero estaba mirando sonriente a Heather, y parecía más animado de lo que lo había visto en mucho tiempo. Era como si, simplemente con su presencia, la joven hubiera logrado cambiar la misma estructura molecular del aire que allí se respirara, como si se hubiera disipado el aura opresiva que había impregnado la casa ya antes incluso de la marcha de Sheila.

El que no hubiera limpiado el polvo de los muebles, que no hubiera aspirado las alfombras, y que no hubiese preparado aún la cena no disminuyó el optimismo de Toby. Un poco de desorden y un estómago vacío no era nada comparado con la preocupación que lo había invadido desde que, por su divorcio, su hijo había dejado de hablar y se mostraba con frecuencia mohíno y reservado.

—Papá está en casa —anunció con voz ronca, sin poder contener la emoción.

Al oírlo, el niño se levantó de la banqueta y corrió a sus brazos. Semejantes expresiones de cariño le eran completamente ajenas a Heather, y no pudo evitar quedarse mirando mientras Toby se

fundía con su hijo en un abrazo y lo levantaba, haciéndolo girar con él. Aquella imagen hizo que su corazón latiera con fuerza, clavándose contra la alambrada de espino que inconscientemente había levantado en torno a él, temerosa de que volvieran a herirla.

¿Por qué?, ¿por qué no podía controlar la atracción que sentía por él? Sería una tonta si volviera a arriesgar su corazón cuando apenas se había recuperado del desengaño que se había llevado con Josef.

El que Tobías Danforth pareciese completamente opuesto a él no significaba que no hubiese similitudes entre ellos. Además, la experiencia le había enseñado a desconfiar de los hombres en general, y sobre todo de aquellos de fuerte carácter como su padre y Josef, capaces de manipular a quienes decían amar para conseguir sus propósitos. Y, si algo se desprendía del trato con Tobías Danforth, era que estaba acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido.

Claro que ni Josef ni su padre habían sido jamás capaces de sentir por nadie un afecto sincero como el que Toby demostraba por su hijo. Aquello era un punto a su favor.

Heather lanzó una mirada furtiva a la fotografía enmarcada que había sobre el piano. La hermosa mujer retratada en ella debía ser por fuerza la madre de Dylan, porque sus rasgos eran similares. Se preguntó por qué Toby no se habría deshecho de ella. Quizá siguiera enamorado de que su ex mujer… o quizá no la hubiera quitado por su hijo. A juzgar por la frecuencia con que los ojos del pequeño se habían fijado en ella, una y otra vez a lo largo de la tarde, parecía que el tener aquella foto allí lo reconfortara.

—Mañana me ocuparé de la limpieza, lo prometo —le dijo, poniéndose de pie.

—Tranquila —replicó él con una sonrisa que la hizo estremecerse por dentro—, lo que estás haciendo por Dylan es mucho más importante que la limpieza. En fin, sin que sirva de precedente porque no me gusta abusar de los precocinados, podemos hacer lasaña y una ensalada y cenar mientras vemos la televisión, ¿qué os parece?

Heather, que seguía bajo el efecto anestésico de aquella sonrisa deslumbrante, se quedó como aturdida, pero su estómago se ocupó de contestar por ella.

—Um… Por mí de acuerdo —balbució ella sonrojada, entre las risitas de Dylan.

Capítulo Tres

Mientras miraba por la ventanilla del avión, que estaba esperando permiso para despegar, y con el bolso estrujado entre ambas manos sobre el regazo, Heather se repitió una y otra vez: «estoy tranquila, estoy tranquila, estoy tranquila…».

Aquel mismo mantra la había ayudado a superar los nervios en innumerables recitales y competiciones a lo largo de los años. Considerando que durante los días pasados había conseguido ocultarle a Toby el miedo a volar, debería ser capaz también de fingir el tiempo que durara el vuelo. Sin embargo, resultaba difícil relajarse cuando el avión privado que les había mandado el tío de Toby tenía un sólo motor, y notaba bajo los pies su vibración, como si estuviera sentada encima de una taladradora.

—¿Estás bien? —inquirió Toby.

Alargó un brazo a través del estrecho pasillo entre sus asientos, y tomó una de sus manos. La palma de Heather estaba fría y sudosa.

—¿Te encuentras mal, Heather?, ¿estás enferma?

—No, estoy bien —le aseguró ella—. Estoy perfectamente, de verdad.

Pero, apenas había dicho eso, tuvo que taparse la boca con la otra mano para controlar las náuseas que le sobrevinieron cuando las hélices empezaron a girar.

—¿Por qué diablos no me has dicho que te da miedo volar?

—Estoy bien, en serio —insistió Heather cabezonamente—. Son sólo nervios.

Por encima del hombro de Toby vio a Dylan con la cabeza agachada sobre el órgano a pilas que su padre le había dejado llevarse consigo para que se entretuviera. ¡Hasta un niño de tres años estaba más tranquilo que ella!, pensó Heather, sintiéndose como una idiota.

—Enseguida vuelvo —le dijo Toby, soltando su mano y poniéndose de pie.

Heather agradecía que no hubiera intentado calmarla diciéndole algo como «no hay de qué tener miedo». Aquello era lo que siempre le había hecho su padre, y en un tono más irritado que amable, cuando de pequeña no quería que le apagaran la luz porque le asustaba la oscuridad; lo que siempre le había hecho Josef cuando

esperaba su turno entre bastidores para tocar ante un auditorio lleno de críticos… y lo mismo que había hecho antes de despojarla de su virginidad.

Toby regresó instantes después con un vaso en la mano.

—Sé que no bebes —le dijo tendiéndoselo—, pero espero que no te disguste demasiado el whisky, porque en el mueble bar no hay tila, y es lo único que he podido conseguir antes de que el piloto nos diga que nos abrochemos los cinturones.

Heather no necesitaba que se lo dijera; ella lo había hecho nada más sentarse, y se había leído el manual de seguridad que había encontrado en el bolsillo del respaldo del asiento de delante del suyo.

Bajó la vista al vaso. A juzgar por el intenso color ámbar de la bebida, Toby apenas le había añadido agua. Tomó un sorbo, y empezó a toser de lo mucho que le quemaba la garganta.

—Espero que a tus parientes no les importe que no pueda mantenerme de pie cuando lleguemos a Savannah —farfulló.

Toby sonrió, y al sentir la ráfaga de calor que se extendió por todo su cuerpo, Heather se preguntó si sería el efecto del alcohol, o la respuesta de sus hormonas a aquella sonrisa.

—No te preocupes —le contestó Toby—. Que yo sepa el programa electoral de mi tío no promueve la prohibición de las bebidas alcohólicas, lo cual es comprensible, considerando su pasado…

Heather enarcó una ceja.

—Mi familia no es perfecta —dijo Toby, encogiéndose de hombros.

—¿Acaso alguna lo es? —replicó ella, y tomó otro sorbo de whisky.

Sin embargo, a pesar de esa respuesta indiferente, y de que no era una persona indiscreta, Heather no podía evitar sentir curiosidad por saber cómo era en realidad la familia de Toby. El verano pasado había leído un artículo acerca de ellos en una revista del corazón, pero no le había dado crédito a su contenido, porque la mayor parte de las cosas que se decían tenían tintes viles y envidiosos. Además, tratándose de una familia tan conocida, seguramente ellos mismos esperaban que los medios de comunicación magnificasen cada una de sus faltas. Se preguntó si aquella sería, al menos en parte, la razón por la que Toby había dejado Savannah y se había asentado en otro estado.

Para Heather, tras haber sufrido el afán de protagonismo de sus padres, que habían aprovechado cada ocasión para exhibirla ante

los medios, era una elección que no podía menos de admirar.

—¿Y tu familia?, ¿cómo es? —inquirió Toby.

Insegura de si le estaba preguntando simplemente por educación, o para distraer su atención del inminente despegue, Heather respondió con vaguedad:

—Normal.

Cerró los ojos cuando el avión empezó a deslizarse por la pista, rogando en silencio por que Toby no se hubiese molestado por su aspereza. El aparato levantó por fin el vuelo, y Heather sintió que el estómago le daba un vuelco y la frente se le perlaba de sudor.

—Toma otro sorbo —le recomendó Toby, tomándole la mano otra vez y apretándosela suavemente en un intento por tranquilizarla.

Sin embargo, ese contacto disminuyó la efectividad del alcohol, porque apuntaba a una intimidad entre ellos que estaba completamente fuera de lugar entre empleada y patrón. Estaba allí porque era la niñera de Dylan, y no debía dejarse llevar por tontas fantasías románticas que sólo podían acabar de una manera: dejándola con el corazón roto y con la sensación de haber sido utilizada. Heather se esforzó por recordarlo, pero, igual que no podía calmar los rápidos latidos de su corazón, tampoco conseguía reunir la fuerza de voluntad suficiente para apartar su mano de la de Toby.

El avión en el que viajaban era tan pequeño, que uno notaba bajo el trasero cada bolsa de aire, cada pequeña turbulencia, y el mirar por la ventanilla sólo aumentó la sensación de mareo de Heather.

—Gira la cabeza—le dijo Toby de pronto.

—¿Qué?

Toby puso la mano libre en su nuca. Heather dio un respingo y sus hombros se tensaron más de lo que ya lo estaban, pero Toby no dio muestras de haberlo advertido, y comenzó a masajearle un trapecio.

—Estás muy tensa —le dijo—. Esto te ayudará a relajarte.

Aunque Heather empezó a protestar, la sensación de aquellos habilidosos dedos sobre su piel era demasiado placentera, y pronto mandó el orgullo al diablo. Toby soltó su mano para masajear a la vez el otro trapecio.

Heather exhaló un profundo suspiro, notando cómo cada músculo de su cuerpo se distendía, y de repente le pareció que la sensación de estar flotando a miles de metros por encima de la tierra firme no le daba ya tanto miedo. Se arqueó, y cerró los ojos,

con la impresión de que si se descuidaba se escurriría del asiento.

—Es muy agradable —tuvo que admitir.

Unas risitas a sus espaldas la sobresaltaron, y casi se derramó la bebida encima. Al parecer Dylan no tenía miedo en absoluto a volar. Acababan de pasar una bolsa de aire, y el niño había reaccionado como si estuvieran subidos en la montaña rusa de un parque de atracciones.

Toby sonrió. Su hijo no había vuelto a hablar desde el día en que llegara Heather, pero volver a oírlo reír era una buena señal.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Savannah había en la pista varios miembros de la familia, esperando para recibirlos. Heather estaba aliviada de volver a tener suelo bajo los pies, pero la entusiasta bienvenida a la que fueron sometidos, con abrazos y chillidos de alegría, se le antojó casi tan asfixiante como la humedad del aire mezclado con el olor dulzón de los caros perfumes que llevaban las mujeres.

Dylan, repentinamente tímido, le rodeó con ambos brazos una pierna. Heather se agachó para tomarlo en brazos, y el pequeño se aferró a ella como si fuera un salvavidas.

—¿No me digas que este chico tan guapo es mi sobrino? —exclamó de pronto una rubia yéndose derecha hacia ellos—. ¡Pero qué mayor estás!; ¡casi no te reconozco! ¿No vas a darle un beso a tu tía? —le dijo tendiéndole los brazos.

Por sus facciones no había duda de que debía ser hermana de Toby, aunque a diferencia de él, sus ojos eran verdes.

A pesar de su vacilación inicial, finalmente Dylan fue con ella.

—Heather, permite que te presente a mi hermana Imogene y a mi hermano Jacob —dijo Toby—; su esposa Larissa… y mi primo Reid y su esposa Tina. Ella es Heather, la niñera de Dylan —le dijo a sus parientes.

Imogene le lanzó una mirada furibunda.

—Toby, sabes que odio que me llames Imogene. Sólo me llamaban así papá y mamá cuando iba a caerme una regañina… y la mayoría de las veces por algo que Jake y tú habíais tramado.

Toby la abrazó riéndose, y Heather, que había pensado que los Danforth serían unos estirados, se sintió agradablemente sorprendida de haberse equivocado.

Aunque Toby le había presentado a todos los adultos, había también un par de niños entre la «comitiva de bienvenida». Toby levantó a uno en cada brazo, y les dijo que en cuanto deshiciera el

equipaje les daría un regalo especial que les había llevado.

—A Crofthaven —le dijo Toby al chófer del coche que su tío les había enviado.

No le hizo falta dar más indicaciones, porque la mansión familiar de los Danforth era más que conocida en Savannah.

—Me ha sorprendido que Dylan haya accedido a irse con Genie en su coche —comentó Toby—. Verdaderamente parece que está progresando.

—Yo también lo creo —dijo Heather—, aunque no me extraña que se sienta a gusto con tu hermana; parece muy agradable.

—Lo es —respondió Toby con una sonrisa de orgullo de hermano mayor—. En realidad todos mis parientes lo son. Lo malo de vivir tan lejos de ellos es que me pierdo muchos acontecimientos familiares… o lo bueno, según se mire —matizó con una sonrisa maliciosa. Al ver la expresión confundida de Heather, le aclaró—: no es que no los quiera, entiéndeme; es sólo que pueden ser un poco… absorbentes a veces, y detesto todas esas fiestas aburridas en las que tienes que ir vestido de pingüino, como la que da mi tío Abraham el cuatro de julio por el inicio de su campaña. Si mi padre no me lo hubiese pedido expresamente, no habría venido.

Heather asintió en silencio. Ella también había tenido que ir a esa clase de fiestas, y tampoco le gustaban.

—¿Y cómo conseguiste marcharte de Savannah y que siguieran hablándote? —inquirió curiosa—. Porque imagino que a tus padres no les haría gracia que te fueras a tantos kilómetros de ellos. Quiero decir que… como parecéis una familia tan unida y todo eso…

Después de haber hecho todo lo posible aquellos tres días por no quedarse a solas con Toby, ésa era la primera vez que estaban juntos sin que Dylan estuviera presente. Dado el estado alterado de sus hormonas, había pensado que empezaría a balbucear como una tonta si, por manos del diablo, aquello llegaba a ocurrir, pero se sorprendió al ver lo cómoda que se sentía. Tan cómoda como se había sentido con él aquella primera noche, cuando habían cenado los tres viendo la tele.

Lo cierto era que, el que la tratase como a una amiga en vez de como a una empleada, la halagaba y la inquietaba a partes iguales. Si no tenía cuidado, aquello podía derivar en algo peligroso para su puesto y su corazón.

—Bueno, de vez en cuando me reprochan que no venga a verlos más a menudo, pero mis padres siempre me han dejado tomar mis

propias decisiones —contestó Toby.

—Vaya, qué suerte… —murmuró Heather, sin poder evitar un matiz de cierta envidia en su voz.

—Además, el estar lejos de mi familia me hace apreciarla aún más, y aunque sólo fuera por Dylan sería incapaz de romper del todo mis lazos con ellos. Un niño necesita saberse parte de un árbol con raíces, no una semilla que el viento lleva de un sitio a otro.

Aquellas palabras hicieron que a Heather se le encogiera el corazón. Así era como ella se había sentido siempre, como una semilla que el viento había arrojado de un lugar a otro. Envidiaba la posibilidad que Toby había tenido de haber hecho lo que había querido con su vida y haber contado con el apoyo incondicional de sus padres. Era afortunado, y Dylan también.

—¿Y qué me dices de tu familia? —inquirió Toby.

Heather bajó la vista.

—No todos los padres son tan comprensivos como los tuyos.

Toby la miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

De naturaleza introvertida, Heather no era muy dada a hablar de su vida privada, pero quizá fuera la amabilidad que había en la mirada de Toby lo que la impulsó a confiarse a él.

—Soy hija única —le explicó—, y mis padres, al contrario que los tuyos, creían que tenían derecho a decidir por mí. Cargaron sobre mis hombros todas sus esperanzas, esperaban que hiciera realidad sus sueños, y los he decepcionado al haberme negado a seguir por la senda que me marcaban y elegir mi propio camino. Desde entonces no quieren volver a saber de mí.

—No puedo creer que haya unos padres que no estén orgullosos de una hija tan encantadora y con tanto talento como tú —replicó Toby, frunciendo el ceño—. Si hubieran perdido una hija, probablemente recapacitarían y se darían cuenta del tremendo error que han cometido.

Su expresión era tan solemne y la indignación de su voz tan sincera, que los ojos de Heather se humedecieron de emoción y a punto estuvo de soltar una lagrimilla. Se preguntó a quién conocía que había perdido a una hija, y en qué trágicas circunstancias habría ocurrido para que hubiese reaccionado así.

Todo aquel hablar de familias había conseguido ponerle la sensibilidad a flor de piel y reabrir viejas heridas. Era una tonta por haberle dejado entrar en esa parcela de su intimidad, y una desconsiderada también. Toby tenía suficientes problemas como para cargarle además los suyos.

—Claro que comprendo que estén enfadados conmigo por haber dejado mi carrera musical —comenzó, en un intento por quitar hierro al asunto—, porque después de todo el dinero que se gastaron en mis estudios…

Sin embargo, en ese momento estaban atravesando la verja de entrada a Crofthaven, y Heather se quedó tan impresionada con lo que vio, que no terminó la frase.

—¿Es aquí donde creciste? —le preguntó a Toby boquiabierta.

—No, gracias a Dios —contestó él divertido—. Yo pertenezco a la rama «pobre» de la familia. La casa de mis padres está a unos kilómetros de aquí, y es bastante menos opulenta.

Los jardines que rodeaban la mansión ocupaban una extensión tan vasta, que Heather se dijo que seguramente debía necesitarse a toda una legión de jardineros para mantenerlos. La casa en sí, una mansión de estilo georgiano, parecía sacada de una de esas películas sobre las plantaciones del Sur durante la Guerra Civil, y le daba a uno la impresión de que de repente fuese a salir de ella Escarlata O'Hara seguida de Rett Buttler.

—Es impresionante —murmuró.

—Lo es —asintió Toby—, pero no es oro todo lo que reluce. Mis primos, que sí crecieron aquí, tienen mejores recuerdos de la casa de mis padres, donde pasaron muchas temporadas, que de ésta. Después de la muerte de su madre, su padre prácticamente se desentendió de ellos, enviándolos a caros internados privados, y su infancia y su adolescencia estuvo marcada por la soledad. El dinero no da la felicidad, y una casa no es necesariamente un hogar.

Heather no podía estar más de acuerdo. En ese momento, mientras escuchaba a Toby, vio por el rabillo del ojo algo moverse a su izquierda, y cuando giró el rostro en esa dirección sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Debajo de un enorme roble, había una mujer vestida con ropajes antiguos. Estaba demasiado lejos como para distinguir mucho más que el color oscuro de su pelo y la ropa de otros tiempos, pero no había duda de que aquella mujer que parecía tan apenada estaba apuntándola con un dedo.

Y entonces, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Heather se aferró al brazo de Toby.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, cubriendo su mano con la suya.

La joven, que se había quedado helada, agradeció el calor humano que le transmitió su contacto. Estuvo a punto de preguntarle si él también había visto a aquella misteriosa mujer bajo el árbol, pero se contuvo. No quería que su familia y él la tomasen por una lunática.

Capítulo Cuatro

Tras detener el coche frente a la mansión, el chófer se bajó para abrirle la puerta a Heather. Se dirigió luego a la de Toby, pero éste ya había salido, pues nunca le había gustado que lo sirvieran, y no había querido esperar.

—Gracias de todos modos —le dijo al hombre, dándole una generosa propina—. Que tenga un buen día.

Heather aún no se había recuperado de aquella visión fantasmagórica. Tenía la sensación de que alguien estuviese observándola, pero intentó desechar esos pensamientos diciéndose que debía ser sólo su imaginación. Dejándose envolver por el chirrido de los grillos y el canto de los pájaros, se frotó los brazos para disipar los efectos del susto, que le había puesto la carne de gallina y había hecho que se le erizase el vello.

Dylan ya estaba esperándolos en la puerta con el resto de los miembros de la familia, que rodearon a Toby cuando Heather y él se acercaron, como si fuese el hijo pródigo que volvía a casa. Contrariamente a lo que Heather había esperado, no la ignoraron, sino que le dieron una calurosa acogida.

No había duda de que los Danforth eran una «tribu» alegre que prefería dar fuertes abrazos en vez de remilgados y farisaicos besos en la mejilla, como sus padres. Le estaba costando esfuerzo retener el nombre de cada persona que se le iba presentando, y estaba empezando a sentirse algo abrumada, pero mientras entraban todos en la mansión, Toby le rodeó los hombros con un brazo, como para hacerle saber que no se había olvidado de ella.

Heather alzó el rostro hacia él, y Toby agachó la cabeza para susurrarle al oído:

—No te preocupes, no voy a dejarte sola.

Al sentir el aliento de Toby sobre su cuello, Heather se derritió, y un cosquilleo delicioso recorrió su cuerpo desde la nuca hasta la planta de los pies.

Acostumbrada a que Josef se desentendiera de ella para atender a sus admiradoras, y dorarle la píldora a sus mecenas en los eventos sociales a los que habían acudido juntos, la sorprendió que Toby se preocupara por que no se sintiera abandonada. ¿Por qué estaba siendo tan amable con ella?

Al levantarse esa mañana había pensado ponerse pantalones cortos y una camiseta por el proverbial calor húmedo de Savannah, pero a la vista de tanta elegancia y distinción, se alegró de haberse decantado finalmente por unos pantalones largos de vestir y una blusa sin mangas.

Aliviada por no ir demasiado formal ni demasiado informal, sonrió al hombre que la había llevado allí en calidad de empleada, pero se estaba esforzando por que se sintiera como una invitada.

En el vestíbulo, como si se tratase de la división de las aguas del Mar Rojo, los Danforth se hicieron a un lado y a otro para dejar pasar a una mujer. Llevaba el cabello rubio en un sencillo recogido, y a excepción de los ojos, azules como los de Toby, era como una versión de Imogene con unos treinta años más.

—¡Mamá!

Heather observó cómo el rostro de Toby se iluminaba de alegría antes de acercarse a la mujer y darle un fuerte abrazo. El cariño entre ambos parecía tan sincero, que Heather sintió una punzada de celos mientras los miraba. No podía recordar una sola vez que su propia madre la hubiese saludado de esa manera tan afectuosa, ni que se hubiese sentido jamás querida por ella.

El padre de Toby apareció justo detrás de su esposa.

—¡Hijo!

Parecía imposible que una simple palabra pudiera transmitir el mismo orgullo y afecto que se leía en los ojos del hombre, pero así era. Menos efusivo que su mujer, no abrazó a Toby, sino que le estrechó la mano entre las suyas. Aquel apretón de manos, sin embargo, y el modo en que se miraron sonrientes, decía tanto del respeto y el cariño entre ambos, que Heather, sintiendo de nuevo que el monstruo de ojos verdes se apoderaba de ella, bajó la vista.

—Gracias por venir —le dijo Harold Danforth a Toby—. Siento no haber podido avisarte con más antelación; sé lo ocupado que has estado.

Toby le dio un cálido abrazo, y por un instante el tiempo pareció detenerse.

—No me perdería una reunión familiar por nada del mundo.

Incómoda ante aquellas manifestaciones de afecto paterno-filial cuando su única familia le había dicho que no quería volver a verla, Heather se preguntó si no podría escabullirse, perderse por los corredores de la enorme mansión… y estar a solas un rato para poder desenmarañar las contradictorias emociones que tan confundida la tenían.

—Y esta joven tan bonita, ¿quién es? —inquirió Harold

Danforth, girándose hacia ella e impidiéndole cualquier posibilidad de huida.

Bajo unas cejas pobladas y entrecanas, sus ojos azules la escrutaron con una expresión amable.

—Es la niñera de Dylan —la presentó Imogene adelantándose—, Heather Burroughs. Su nombre tiene que sonarte: tomó parte en el recital de piano que se celebró en el Centro Cívico hace unos años; ése al que fuimos mamá, Jake, tú y yo, y todos comentamos cuánto talento tenía. Claro que entonces era bastante más joven.

La propia Heather casi había olvidado aquello, y le sorprendió por tanto que la hermana de Toby, que a tantos eventos de ese tipo habría asistido, la recordara. Azorada, saludó a Harold con una inclinación de cabeza y una sonrisa tímida.

Harold Danforth, a diferencia de su padre, que era más bien enclenque y de temperamento adusto, era alto, aunque no tanto como sus hijos, y tenía un aspecto de hombre tranquilo y bonachón.

—Es un honor conocerlo, señor Danforth.

—Nada de eso, el honor es mío —replicó el hombre.

Si las hubiera pronunciado otra persona, aquellas palabras habrían sonado falsas, meramente corteses, pero de boca del padre de Toby resultaron sinceras.

—Por lo que me ha dicho mi hijo, está haciendo un gran trabajo con Dylan.

Ante esa mención de Dylan, automáticamente Heather lo buscó con la mirada. No andaba muy lejos; seguía de la mano de su tía Imogene, observando con curiosidad a los niños que correteaban por el vestíbulo.

De pronto los pensamientos de Heather fueron interrumpidos por un gritito infantil, y al girar la cabeza vio a un chiquillo aproximadamente de la edad de Dylan, deslizándose por el pasamano de la escalera en espiral. Sobresaltada, se apartó temiendo acabar siendo su colchoneta de aterrizaje, pero Toby dio un paso adelante y agarró al niño al vuelo.

—¿Quién te crees que eres, pequeño pillastre?, ¿Peter Pan? —le preguntó divertido.

Al mirar la carita del chiquillo se sintió transportado atrás en el tiempo. Era la viva imagen de su hermano Jacob a esa edad.

El niño se rió.

—Peter Pan no: sólo Peter —contestó.

Jake se adelantó y, revolviéndole el cabello, le dijo a su hermano:

—Toby, permite que te presente a tu sobrino, Peter Danforth.

Por el tono de su voz era evidente lo mucho que quería al niño, y lo orgulloso que estaba de él.

Heather, que no sabía que Jacob había descubierto no hacía mucho la existencia de ese hijo, imaginó simplemente que, por la distancia y sus infrecuentes visitas a Savannah, Toby no había podido conocer a su travieso sobrino hasta ese día.

Le gustaba el modo en que conectaba con los niños, no sólo con Dylan. Era un buen padre, y estaba segura de que, aunque tuviera tres o cuatro críos en vez de uno, los querría a todos por igual, y aún tendría amor para repartir entre media docena más. A Dylan desde luego le iría bien tener hermanos que llenaran el vacío que había dejado su madre.

Por alguna absurda razón, su mente conjuró en ese momento una imagen de sí misma en la cama de un hospital con un bebé en brazos y Toby y Dylan a su lado. ¿En qué diablos estaba pensando?, se reprendió, sintiendo que las mejillas le ardían ante la sola idea.

—Seguro que su influencia le hará mucho bien a Dylan —oyó que le decía Jacob a su hermano, mientras Toby lo bajaba al suelo —. Hasta hace sólo unos meses Peter era tan reservado como Dylan, pero a fuerza de cariño ha ido saliendo del cascarón.

Peter agarró entonces al otro niño de la mano, y le dijo:

—Ven, vamos a jugar.

Dylan miró vacilante a Heather, que le sonrió y se ofreció a acompañarlos, aliviada de tener un motivo para escapar durante un rato de aquellas personas que, aunque encantadoras, le imponían bastante. Sin embargo, Toby la retuvo suavemente por el codo.

—Debes estar cansada del viaje, deja que busque a alguien para que vigile a Dylan —le dijo.

—Oh, no es necesario —replicó Heather, azorada de nuevo ante tanta amabilidad—. Estoy bien, de veras.

Además, se dijo a sí misma, aquél no era su lugar. Era sólo una chica de clase media, una trabajadora, y entre aquella gente rica e influyente se sentía como un ganso entre cisnes y pavos reales. ¿Y si aquellas deferencias para con ella fuesen únicamente un espejismo, si sólo estuviesen siendo amables? No quería caer en la trampa de mostrarse igualmente familiar con ellos, y que los parientes de Toby acabasen pensando que iba detrás de su fortuna.

En el conservatorio, sus profesores la habían instruido en el «arte» de hacer la pelota a la gente en los cócteles que seguían a los recitales. Tenía que ir de una persona a otra, iniciando conversaciones vacías, esbozando sonrisas forzadas, haciendo cumplidos que no sentía… Aquello era algo que siempre le había

repugnado, y lo último que querría era que la familia de Toby pensase que eso era lo que pretendía hacer con ellos.

Y además, por agradables que le pareciesen los parientes de Toby, ¿qué sentido tenía intentar establecer vínculos con ellos cuando probablemente no iba a volver a verlos jamás?

—A Dylan le hará bien estar a solas con niños de su edad —insistió Toby.

—Oh, déjala marchar —intervino Imogene—. Seguro que se aburrirá muchísimo si tiene que oírnos rememorando viejos tiempos. Ve a darte una vuelta por la casa —le dijo a Heather—. Si te gusta el arte, hay un montón de cuadros y esculturas interesantes en cada rincón.

Heather volvió a sentirse apabullada por esa amable intercesión.

—Bueno, la verdad es que me encanta el arte… —balbució.

—Pero espero que sí acompañarás a mi hermano a la fiesta, Heather —le dijo Imogene—. Si aparece solo, habrá una estampida de chicas solteras en su dirección, y no creo que al tío Abe le siente nada bien que le robe protagonismo.

Las protestas de Toby cayeron en saco roto, porque Imogene siguió picándolo entre risas, y Heather, distraída por su tono bromista, no advirtió el brillo travieso que había en los ojos de la hermana de Toby.

—Pero, ¿seguro que no debería ir con Dylan? —insistió—. Tal vez se…

—Deja de preocuparte por él —la cortó Heather—. Estará bien. El tío Abe ha contratado a un grupo de niñeras para que se hagan cargo de los niños de todos los asistentes. Tendrá su propia fiesta aparte, con payasos, magos, y juegos de todo tipo para que estén entretenidos.

Como una suave brisa, Miranda Danforth, la madre de Toby, entró también en la conversación.

—Entiendo que quieras estar con Dylan en todo momento por si te necesita, querida, y eso dice mucho en tu favor, pero como ha dicho mi hija, no tienes por qué preocuparte —le aseguró—. Estará bien atendido. Sin embargo, sí quiero que sepas que nos gustaría poder conocerte un poco mejor. Después de todo ahora eres la niñera de Dylan; es como si fueras parte de la familia. Por eso le he dicho a Toby, si tú no tienes inconveniente, claro está, que os alojaréis en nuestra casa. Está sólo a unos pocos kilómetros de aquí. Además, con el revuelo que va a haber aquí, en Crofthaven, durante los próximos días con el arranque de la campaña de Abraham, estaremos más tranquilos y Harold y yo tendremos la oportunidad

de pasar un poco de tiempo con nuestro nieto.

¿Cómo habría podido rechazar una invitación así? Aunque Heather se dijo que la madre de Toby probablemente sólo estaba siendo amable, no pudo evitar emocionarse. Lo único que ella había recibido de sus padres en sus veinticinco años de vida habían sido exigencias, y reprimendas cuando no hacía las cosas como ellos querían. Por eso, la idea de que una mujer como Miranda Danforth y su familia, para quienes no era nadie, quisiesen conocerla mejor, hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—Bueno, yo… no querría ser una molestia —comenzó, bajando la voz, como para no revelar la emoción que la embargaba—, pero se lo agradezco muchísimo, y para mí será un honor asistir a la fiesta.

A coro, los Danforth le aseguraron que no sería una molestia en absoluto. De hecho, a juzgar por la mirada que cruzaron madre e hija, y que Heather no advirtió, acababa de convertirse en el centro de una nueva «operación casamentera», como Imogene llamaba a sus actividades de Celestina.

Capítulo Cinco

Toby refrenó el deseo de arrancarse la dichosa pajarita, ese invento diabólico cuyo único propósito parecía ser el de ahogar a quien la llevaba puesta y hacerlo parecer un idiota. Aunque ya no era aquel adolescente rebelde de años atrás, que se oponía con vehemencia a que lo obligaran a asistir a esos aburridos actos sociales, Toby seguía prefiriendo el olor a caballo al de los empalagosos perfumes que flotaban en ese momento por el aire del salón George Washington del hotel Twin Oaks.

Su tío Abraham, en uno de sus caprichos de última hora, había decidido finalmente celebrar el acto allí.

Tampoco su paladar había llegado a apreciar nunca el caviar, que se contaba entre los aperitivos que había en las mesas de la fiesta, servido en elegantes cuencos de cristal entre esculturas de hielo. Seguía prefiriendo el pollo frito a esos huevos de pez negros… y también una buena cerveza al champán. Sería menos fina pero quitaba la sed, pensó mirando con desdén la copa que tenía en la mano.

Estaba llevándosela a los labios, cuando una criatura encantadora entró en el salón. El corazón le latió con fuerza una vez, dos, y hasta tres en un rápido *staccato*, antes de detenerse. Si los ojos grises de aquella belleza no hubieran buscado los suyos en ese instante, haciendo latir de nuevo a su pobre corazón, probablemente se habría puesto a sí mismo en ridículo, derramándose el burbujeante champán por encima, y se habría convertido en el objeto de las burlas de su hermano Jacob, que estaba charlando con él.

—¿Puedes creer que me dijera eso? Es sencillamente increíble…

Toby puso cara de interés y asintió como si lo estuviera escuchando, pero no pudo apartar los ojos de aquella visión vestida de azul que estaba atravesando el salón en dirección a él. Aunque sólo la había visto con vaqueros y camisetas de manga corta, tendría que haber estado ciego para no haberse dado cuenta de lo bonita que era la niñera de su hijo.

El vestido que había escogido para la fiesta de esa noche no podría haberlo dejado más sorprendido. La prenda, de una tela similar al satén, abrazaba su figura y acentuaba sus formas

femeninas de tal modo, que todas las miradas se centraron en ella.

Igual que la Cenicienta del cuento no estaba destinada a limpiar suelos durante el resto de su vida, tampoco podría imaginar ninguno de los presentes al ver a Heather que era una niñera. Parecía una princesa, y aquel vestido le sentaba tan bien que Toby se preguntó si lo habrían diseñado expresamente para ella. De diseño clásico, la prenda relucía con los adornos de lentejuelas y abalorios a cada paso que daba.

El bajo del vestido estaba cortado en un ángulo que iba desde la mitad del muslo de una pierna, a un par de centímetros bajo la rodilla de la otra. Toby nunca hubiera imaginado que las piernas de Heather pudieran parecer tan largas con un par de sandalias plateadas de tacón. Dios, eran unas piernas interminables… Tragando saliva, apartó la vista un momento para mirar irritado a los hombres que, como él, parecían haberse quedado traspuestos con aquella aparición celestial.

Jacob le dio un codazo en las costillas y le dijo:

—Caray con la niñera… ¿Qué hace una chica así trabajando para un cascarrabias como tú?

—Cuidar a mi hijo —respondió Toby con aspereza.

Tomó un largo trago de champán para apurar la copa, ufanándose de no atragantarse al hacerlo, y la depositó en la bandeja de un camarero que pasaba. Para ocultarle a su hermano el ligero temblor de sus manos, se las metió en los bolsillos, y se apoyó en la columna de mármol que tenía detrás.

—No te enfades conmigo, hombre —le dijo Jacob—. Sólo estaba picándote un poco. Heather parece encantadora, y no todas las mujeres son como Sheila, ¿sabes?

—¿No me digas que Genie te ha convencido para que la ayudes a intentar emparejarme? —inquirió Toby con un gruñido.

Aunque la sonrisa que se dibujó en los labios de Jacob era algo traviesa, también había en ella compasión.

—Nunca he sido partidario de empujar a nadie a algo que no quiere, hermanito —le dijo—, pero puedo decirte que, después de haber pasado años luchando contra ello con uñas y dientes, el matrimonio es lo mejor que me ha ocurrido. Y no me gusta dar consejos, créeme, pero sería una pena que dejaras que una mala experiencia ahuyente cualquier oportunidad que se te presente de ser feliz. Una cosa es que quisieras iniciar una nueva vida en Wyoming, lejos de toda esta parafernalia de fiestas e hipocresías, y otra que te entierres siendo tan joven.

De haber sido otro hombre el que hubiera estado intentando

aleccionarlo, Toby le habría pegado un puñetazo y lo habría mandado al diablo, pero se trataba de su hermano, y sabía que sólo quería lo mejor para él.

En ese momento apareció su cuñada Larissa, que entrelazó su brazo con el de su marido, y se lo llevó a la pista de baile, pidiéndole a Toby que la disculpara por interrumpir su conversación. Al verlos alejarse juntos, Toby sintió una punzada de celos.

¿Cómo no iba a hablarle Jake de las virtudes del matrimonio cuando apenas hacía dos semanas que había regresado de su viaje de luna de miel, y nunca se había divorciado? Su matrimonio no estaba basado en el engaño, porque Larissa no le había mentido diciéndole que estaba tomando la píldora para que la dejase embarazada y así cazarlo. Y tampoco su mujer lo había abandonado por una vida más cosmopolita, robándole la voz a su hijo, ni le había quitado la fe en el matrimonio

Habiendo crecido con el matrimonio feliz de sus padres como ejemplo, Toby siempre había creído que cuando un hombre y una mujer decidían unir sus vidas podía ser verdaderamente hasta que la muerte los separase. Por eso, el que Sheila se hubiese negado incluso a intentar hallar una solución a sus problemas, aunque sólo hubiera sido por el bien de Dylan, el hijo que había llevado en su seno nueve meses, le había dolido muchísimo.

Lógicamente Toby no deseaba que a su hermano le pasara lo mismo que le había ocurrido a él para que lo comprendiera, pero no podía evitar envidiar su situación. Y, dado que le parecía imposible que un día llegase a tener tanta suerte como él, sencillamente había decidido que, antes que acabar otra vez con el corazón roto, era mejor que se olvidase por completo del amor.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Heather, al llegar junto a él y verlo tan serio.

Llevaba el cabello recogido con un pasador plateado que semejaba hojas de hiedra entrelazadas, y la expresión ingenua de su rostro, enmarcado por un par de mechones sueltos, parecía indicar que no era consciente de su propia belleza.

Toby sacudió la cabeza, algo aturdido al tenerla tan cerca, y resistió a duras penas el impulso de extender la mano y enredar los dedos en uno de aquellos mechones para comprobar si su pelo era tan sedoso como parecía.

—No, es sólo que me has dejado sin aliento —respondió—. ¿Sería mucho pedirte que te quedaras junto a mí el resto de la noche? Eso disuadiría a las solteras con las que mi madre y mi

hermana intenten emparejarme, como cada vez que vengo a Savannah. Desde que mi hermana cayó bajo el influjo de Cupido y dio el sí quiero frente al altar, no ha cejado en sus intentos por hacer lo mismo conmigo.

Heather enarcó una ceja divertida.

—Eres de esos que no creen en flechazos ni pasiones arrolladoras, ¿eh?

¿Quién hubiera pensado que a un hombre que parecía haber nacido sobre una silla de montar, pudiese sentarle tan bien un esmoquin? Si quisiera, Heather estaba segura de que podría ganarse la vida como modelo. Pero no como esos chicos de cara bonita, totalmente depilados, que salían en anuncios de bebidas, jugando al voleibol en una playa. No, Toby aparecería por ejemplo en anuncios de ropa vaquera o calzado de montaña, con las Grand Tetons de fondo, o en un anuncio de los relojes Rolex, en un casino de Montecarlo con ese mismo esmoquin… o en un anuncio de ropa interior masculina que dejara más bien poco a la imaginación.

De pronto se notaba la garganta seca. No le iría mal una copa de champán, pero cuando se acercó un camarero y le ofreció una, la rechazó. Había conocido a Josef en una situación similar, y en aquella ocasión el champán no había servido más que para enturbiarle la mente y llevarla a tomar por su príncipe azul a aquel lobo con piel de cordero que primero se convertiría en su mentor, y luego en su tormento.

Lo cierto era que no podía estar más de acuerdo con el cinismo de Toby sobre el amor.

—Tendrás que disculpar que me muestre un poco agrio a ese respecto —le dijo Toby.

—No hay nada que disculpar —replicó Heather. No a ella desde luego.

No habiéndose entrometido en ningún momento en la vida privada de Toby, esperaba que él tampoco le preguntase por la suya.

Advirtiendo su cambio de humor, Toby tuvo el buen juicio de cambiar de tema.

—¿Qué tal ves a Dylan en este entorno?

Heather sonrió al recordar al pequeño como lo había dejado: riendo con su primo Peter y otros niños, sentados en corro ante un teatro de títeres en uno de los salones adyacentes. Como había dicho su hermana Imogene, su tío Abraham se había asegurado de que estuvieran entretenidos.

—Tenías razón en que estar con otros niños le iría bien —le dijo

—. Es como si Peter y él ya se hubiesen hecho inseparables, y parece que se entienden bien sin palabras.

—Los lingüistas se equivocan en eso de que el lenguaje sirve para comunicarse; muchas veces las palabras no hacen más que enredar las cosas. No impidieron que mi ex mujer abandonara a nuestro hijo, y puedo asegurarte que cruzamos bastantes.

Heather se dio cuenta al instante de que Toby, sin querer, había hablado de más. Sin embargo, aquel arranque airado le hizo comprender muchas cosas, y suavizó aún más su concepto de él.

—No tuvisteis un divorcio amistoso, ¿no es así? —inquirió en un tono quedo.

—Decir que no fue amistoso es quedarse corto —replicó él, riendo con amargura—. La decisión de Sheila de romper nuestro matrimonio destrozó a Dylan. No ha vuelto a pronunciar una palabra desde entonces, a excepción del día en que llegaste.

—Lo siento. Ha debido ser muy difícil para ti —murmuró Heather, con el corazón encogido.

Aunque nunca había sido muy expresiva, probablemente porque sus padres no lo habían sido con ella, lo que hizo en ese momento le salió de dentro. Sin pensar en las consecuencias que un simple gesto podría tener, le puso una mano en la mejilla.

Era un gesto inocente nacido de la compasión, pero el contacto de la palma de su mano con la piel bien rasurada y cálida del rostro de Toby hizo que un cosquilleo la recorriese de arriba abajo. Era como si los nervios de su cuerpo hubiesen respondido en cadena a aquel contacto, igual que una pieza de dominó va tirando las otras.

Toby dio un respingo, y sacó una mano del bolsillo para agarrarla de la muñeca. Con el corazón desbocado, Heather contuvo el aliento.

No fue tanta la tensión que sintió, como una ráfaga de excitación que se disparó por sus venas. La fuerza con que le tenía apretada la muñeca rivalizó de pronto con el deseo que hizo relampaguear sus ojos azules.

—Cuidado —le advirtió en un tono casi amenazador.

El tema lento que había estado tocando la orquesta llegó a su fin, e hicieron una brevísima pausa antes de empezar otro de un ritmo más rápido, aunque no tanto como el ritmo que llevaba el pulso de Heather en ese momento. Aunque estaba temblando por dentro, no apartó sus ojos de los de él.

—No deberías jugar con fuego en un campo seco, donde no ha llovido en tres años —añadió Toby.

Heather abrió la boca para protestar, pero no pudo articular

palabra. Incapaz también de moverse, observó como hipnotizada cómo se llevaba su mano a los labios y la besaba. A una persona que estuviera observando la escena desde fuera le habría parecido meramente un gesto galante, pero Heather sabía muy bien que no era así. Sus labios le hicieron cosquillas al rozarle la piel, encendiendo dentro de ella el fuego sobre el que le había advertido, y que nada excepto una lluvia torrencial podría extinguir.

Hasta ese momento Heather no había creído posible que una persona pudiera olvidarse de cómo respirar. El gemido ahogado que escapó de sus labios evidenció su turbación, y al oírlo Toby esbozó una sonrisa insolente, como si estuviera considerando el efecto que provocarían besos similares por todo su cuerpo desnudo.

Y entonces, en medio del torbellino de nerviosismo y deseo que amenazaba con anular por completo la razón de Heather, una voz empalagosa exclamó detrás de ella:

—¡Pero si es Tobías Danforth!¡Y yo que creía que habías desaparecido de la faz de la tierra…!

Heather tiró para soltar su mano y la escondió tras la espalda como si fuera una niña pequeña a la que habían pillado haciendo una travesura. Una nube de perfume la envolvió, y al volverse se encontró con una mujer despampanante con un vestido más que atrevido. Parecía tener mucha familiaridad con Toby, a juzgar por la forma en que lo tomó por los brazos y lo besó en ambas mejillas. A Heather le recordó a una de esas animadoras de las películas de adolescentes. No le extrañaría nada que lo hubiese sido en sus tiempos de estudiante… por lo menos capitana del grupo.

Toby le respondió en un tono similar:

—Vaya, vaya… ¿A quién tenemos aquí? Marcie Mae Webster… ¡Cómo has crecido!, ¡y cuánta sofisticación…! Pareces una mujer fatal.

La risa de Marcie Mae le recordó a Heather al tintineo de esos móviles de campanillas que se cuelgan en las ventanas para que los haga sonar el viento.

—Bueno, no esperarías que no hubiera cambiado nada desde los días en que íbamos al instituto… —contestó, ladeando la cabeza y pestañeando con coquetería—. Eres perverso, querido: le dejé mi teléfono a tu madre cuando Carl y yo nos mudamos a Nueva York… no sabes el ático tan divino que hemos comprado… y no me has llamado ni una sola vez, ni una.

Incapaz de aguantar un momento más sin vomitar, Heather se excusó diciendo:

—Disculpadme, voy a… empolvarme la nariz.

Marcie Mae la ignoró como si fuese un mosquito que pasaba. Mostrando sus perfectos y blancos dientes en una amplia sonrisa, tomó a Toby del brazo y lo condujo a un grupo de viejos conocidos que, le aseguró, estaban deseando charlar con él.

Heather reprimió una sonrisilla al ver a Toby volver la cabeza hacia ella y mirarla como diciendo: «¡auxilio!», pero ese sentimiento de maligna satisfacción le duró poco. Mientras se alejaban, volvió a sentirse fuera de lugar, y esa impresión sólo se intensificó cuando entró en los servicios, que eran tan suntuosos como el resto del hotel.

Había macetas con exóticas plantas adornando la encimera de mármol de los lavabos, y los grifos eran dorados. El techo estaba altísimo, y nada más entrar había una especie de pequeña antesala, con varias sillas de mimbre blancas y una mesita baja también de mimbre y superficie de cristal.

Al girarse hacia uno de los espejos, Heather reconoció en su reflejo la misma expresión de pánico que solía tener cuando se sentía indispuesta antes de cada recital.

Nunca había llegado a dominar del todo los nervios de tener que tocar ante un auditorio lleno de gente, y con frecuencia se había dicho que, al escucharla, probablemente esas personas ni siquiera imaginaran las penalidades por las que había tenido que pasar, la cantidad de horas que le dedicaba al piano cada día.

La presión de sus padres había ido minando a lo largo de los años su sensible espíritu hasta hacerla renegar de su don, y de la música que tanto había amado.

Se acercó a uno de los lavabos, giró el mando del agua fría, y estaba inclinándose para echarse un poco en la cara cuando se dio cuenta de que no estaba sola. En una esquina del servicio había dos mujeres, y una de ellas estaba llorando con el rostro oculto entre las manos. Pensó que lo mejor sería salir sin hacer ruido, pero la mujer que estaba intentando consolar a la que lloraba le lanzó una mirada desesperada, y le pidió un pañuelo moviendo mudamente los labios.

Heather tomó un pañuelo de papel de un recipiente de porcelana pintada junto al lavabo, y se lo llevó. La mujer, que rondaría la treintena, lo tomó y le dijo:

—Me he encontrado a esta pobre criatura llorando desconsolada, y me ha parecido que no estaría bien dejarla aquí sola en este estado. ¿No la conocerá usted por casualidad, verdad?

—No, lo siento —respondió Heather—. ¿Qué es lo que le ocurre?

En ese momento la otra mujer alzó el rostro, un rostro tan

hermoso que no parecía hecho para las lágrimas. Lo cierto era que no era lo suficientemente mayor como para ser considerada una «mujer», pero tampoco tan joven que pudiese decirse que fuera aún una niña. Estaba en esa edad difícil en la que se fluctúa entre la adolescencia y la madurez. Quizá tuviera justamente los dieciocho, la edad en la que en el Sur las hijas de familias de alto estatus hacían su puesta de largo y empezaban a acudir a actos públicos.

Con voz temblorosa, la chica les explicó el motivo de su pesar:

—Sé que no es razón para llorar, que es una tontería, pero es que… es que mi padre nunca está contento conmigo. Nada de lo que hago le parece suficiente.

—No es una tontería —replicó Heather con suavidad—. Yo también he pasado por eso.

—Y yo —añadió la otra mujer.

Las tres se miraron sorprendidas. Aliviada de que alguien la comprendiera y de poder desahogarse, la chica siguió hablando:

—Mi padre espera que flirtee con un hombre mayor en la fiesta, para conseguir que acceda a hacer negocios con él. Es algo tan… tan repugnante… ¡Me hace sentirme como si fuera una prostituta!

Heather tuvo que ir a por otro pañuelo para atajar un nuevo torrente de lágrimas.

Heather tuvo la impresión de haber vuelto por el túnel del tiempo a la era Victoriana. ¿Qué clase de padre utilizaría a su hija como un objeto sexual para hacer realidad sus ambiciones? Ella misma se respondió al recordar el día que sus padres la arrastraron por entre los invitados de un cóctel, para presentarle a Josef Sengele, un maestro del piano del que se decía que promocionaba a jóvenes promesas. Sólo más tarde sabría Heather que no era un mentor altruista, como lo pintaban, sino un casanova con un ego del tamaño de una casa.

—Sé lo que es eso.

Aquellas palabras no las había pronunciado ella, sino la otra mujer. Había una triste nota de resignación en su voz, y al girar la cabeza hacia ella Heather vio dolor en sus ojos, pero se suavizaron cuando puso una mano en el hombro de la chica.

—A veces no hay más remedio que hacer lo que hay que hacer— le dijo—. La familia es la familia.

La chica dejó de sollozar y consideró sus palabras.

—Bueno, supongo que podría charlar con ese hombre —hipó—. No hay nada de malo en charlar, ¿verdad?, y no quiero enfadar a mi padre.

Heather no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Por

complacer a sus padres ella misma había asistido a innumerables eventos de ese tipo, donde la habían exhibido como a un caballo ganador, comprendía que, aun yendo en contra de sus principios, aquella chica quisiera también agradar a su progenitor, cuyo respeto y aprobación le parecían imposibles de conseguir, pero estaba equivocada.

—En vez de postergar lo inevitable durante años —le dijo, poniendo una mano en su otro hombro—, años durante los cuales se irá desgastando tu amor propio, podrías enfrentarte a tu padre y vivir tu vida según tus propias reglas. Por experiencia propia puedo asegurarte que es mejor arriesgarse a que tus padres renieguen de ti, que renegar de tus principios.

Al oír esas palabras, la otra mujer se puso tan blanca como el vestido que llevaba. Pareció que la hubieran conmovido, pero Heather tuvo la impresión de que la habían herido también, acaso porque ella no había tenido ese valor y se había resignado.

—La decisión es tuya —le dijo a la chica—, pero tomes el camino que tomes, no te tortures después con la duda de si debiste haber tomado el otro.

Heather asintió con la cabeza. Era curiosa la afinidad que sentía con aquellas dos extrañas. Sin embargo, era consciente de que esa afinidad era tan frágil como un hilo de seda, que se rompería en cuanto el momento pasase.

De hecho, cuando se abrió la puerta del baño y entraron dos señoras mayores, las tres dieron un respingo, recordando de pronto que estaban en un lugar público.

Con un suspiro, la chica les confesó:

—La verdad es que estoy tentada de fugarme, y no tener que tomar ninguna decisión.

La vida de Heather había sido siempre tan solitaria por las horas que había tenido que pasar practicando frente al piano y por los viajes de un estado a otro para dar conciertos, que nunca había podido tener amigos de verdad. Y le habría hecho tanta ilusión tenerlos…

—Podríamos acordar una hora y un lugar para vernos las tres más tarde, cuando empiecen los fuegos artificiales —les dijo.

Sin embargo, la chica sacudió la cabeza con una sonrisa triste de disculpa, y la mujer de blanco emitió una tosecilla incómoda.

—Será mejor que no —respondió, haciendo un gesto de despedida y dirigiéndose hacia la puerta—. Debo irme ya.

Salió del servicio, la siguió la chica, y Heather se quedó allí de pie, deseando haberles preguntado al menos sus nombres.

Capítulo Seis

Rodeado por un enjambre de mujeres solteras, Toby observó desde lejos a la niñera de su hijo. Había sido un tonto al preocuparse de que la pobre, que parecía tan tímida, fuera a sentirse alienada en aquel ambiente de sofisticación y ostentación. Lo cierto era que Heather estaba tan sexy con aquel vestido, y se la veía tan calmada, que, de no saber quién era, habría pensado que había nacido y crecido en ese mundo, asistiendo a esa clase de fiestas… la clase de fiestas por y para las que su ex esposa había vivido, la clase de fiestas por las que los había dejado a Dylan y a él.

Toby tomó un trago de su segunda copa de champán para quitarse de la garganta el regusto amargo que le dejaron esos pensamientos. No tenía la fuerza de un buen lingotazo de whisky, pero estaba seguro de que ni eso habría logrado desterrar los celos que lo asaltaron al verla riendo algún comentario ingenioso que Fred Prowell, uno de sus antiguos compañeros de universidad, le acababa de hacer al oído.

Fred siempre le había parecido un poco irritante, pero hasta esa noche jamás había sentido odio hacia él. El sólo verlo conduciéndola a la pista de baile hizo que se pusiera tenso como la cuerda de un instrumento.

¿De dónde diablos había sacado Heather aquel vestido? Desde luego no parecía algo que uno pudiese encontrar en las rebajas. Mientras bailaban, Fred bajó las manos al hueco de su espalda, y los dedos de Toby apretaron el pie de la copa de champán, pensando cómo disfrutaría rompiéndole el cuello a aquel pulpo.

¿Acaso ignoraba Heather que a los hombres un vestido con la espalda descubierta les resultaba más excitante que un escote vertiginoso? Las hormonas de Toby se dispararon cuando sus ojos recorrieron aquella extensión de blanca piel. Para lo recatada que le había parecido desde que había empezado a trabajar para él, no parecía muy molesta de que un desconocido estuviese manoseándola en público.

Bueno, ¿y a él qué si no le molestaba? Al fin y al cabo no era asunto suyo. Heather era una mujer libre, y como tal podía pasarse la noche bailando con media docena de idiotas si quería. Más aún,

si quería salir de allí con un anillo de compromiso en el dedo, por él perfecto… siempre y cuando no lo dejase… a Dylan, no a él, a Dylan, sin previo aviso.

Toby maldijo entre dientes. No esperó a que acabara la canción. Simplemente salió, casi a empellones, del círculo de mujeres que lo tenían rodeado, y las dejó comentando lo grosero que había sido mientras se dirigía hacia Fred y Heather.

Le dio unas palmadas en el hombro a su antiguo compañero de estudios, y le dijo:

—¿Te importa que te robe a tu pareja un rato?

Considerando que en un solo movimiento se había interpuesto entre ellos, y había rodeado la cintura de Heather con un brazo, la pregunta era meramente retórica. Como tal, no requería respuesta, sino que se apartase, lo que Fred hizo a regañadientes.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa esta noche? —le dijo Toby a Heather, atrayéndola hacia sí y empezando a girar con ella.

Pestañeando exageradamente e imitando a Marcie Mae, Heather le respondió:

—Eres perverso, querido. ¿Qué pretendes?, ¿hacerme sonrojar? Esos cumplidos pueden hacer que una chica pierda la cabeza.

Las comisuras de los labios de Toby se arquearon levemente. ¿Sería posible que estuviese tan aburrida de aquella fiesta como él?

—El sarcasmo no te va —le dijo.

Sin dejar de bailar, para que ningún hombre pudiera quitársela como había hecho él con Fred, la llevó hacia las puertas abiertas a los jardines.

La música terminó justo cuando atravesaron el umbral, pero mientras bajaban la escalinata, empezó la siguiente pieza, un suave vals, y Heather aprovechó para cambiar el tema de conversación por uno menos peligroso:

—La orquesta es estupenda.

Toby la tomó en sus brazos otra vez, y comenzaron a bailar de nuevo. Allí fuera había menos gente, menos ruido, y bajo el cielo nocturno una suave brisa transportaba el aroma de los magnolios en flor.

Aunque resultaba tentador pensar que, a excepción de las tres o cuatro parejas que paseaban por los jardines, estaban lejos de las miradas curiosas, Heather sabía que aquello no era más que una ilusión. Imogene la había puesto sobre aviso con respecto a los paparazzi, y no tenía el más mínimo deseo de acabar apareciendo en la portada de alguna revista del corazón en una actitud comprometida con un miembro de una de las familias más

destacadas de Georgia.

Sin embargo, soñar no tenía nada de malo. Alzó el rostro hacia el de Toby, y admiró sus apuestas facciones mientras disfrutaba de la maravillosa sensación de estar flotando con él. Era un hombre verdaderamente singular: le gustaba vivir la vida a su manera, sin ataduras sociales, pero al mismo tiempo se aseguraba de mantener los lazos con su familia, una familia que no podía quererlo más.

—Eres de los que prefieren marchar al son de su propio tambor, ¿no es así? —le preguntó curiosa.

Toby frunció el entrecejo, fingiéndose contrariado.

—No voy a negar que hace mucho de la última vez que bailé, pero no es muy delicado por tu parte que me digas que te sientes como si estuviéramos haciendo un desfile militar.

Heather sacudió la cabeza riéndose. Era un bailarín maravilloso, y se movía con una gracia que no le iba a la zaga en absoluto a su maestría sobre la silla de montar. Probablemente su madre lo había obligado a tomar clases de bailes de salón juntos con sus hermanos, y se lo imaginó, como si lo estuviera viendo, resistiéndose a ser convertido en un caballero cuando él lo que quería ser era un vaquero.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Bueno, podría decirse lo mismo de ti: tú también te riges por tus propias normas —contestó él, escrutando su rostro a la luz de la luna.

Se preguntó por qué alguien como Heather, que tanta facilidad tenía para desenvolverse entre la gente rica y poderosa, como estaba demostrando esa noche, había aceptado un puesto de niñera en una región apartada de Wyoming.

No le cabía duda de que pronto se cansaría de la vida en el rancho que él tanto amaba. Su ex mujer había llegado a asegurar que aquel aislamiento estaba volviéndola loca. De hecho, una vez que Sheila hubo comprendido que no podría convencerlo para regresar a la ciudad, le faltó tiempo para pedirle el divorcio. Uno de los últimos rumores que corrían sobre ella era que se había ido a Río de Janeiro con un playboy, y que estaba gastándose la generosa compensación que le había dado por el divorcio como si no fuese a haber un mañana.

Cuando terminó el vals, se detuvieron los dos y se quedaron mirándose en silencio, Toby aún con una mano en su cintura. Con la otra, tomó el mechón de cabello que le caía sobre la mejilla derecha, y lo estudió fascinado, como si cada pelo fuera de oro puro. Lo soltó después, y le acarició el pómulo con el dorso de la

mano, haciendo a Heather estremecerse por dentro.

Aunque una vocecilla en su cabeza le decía que por su bien debería apartarse de él, echar a correr, y no mirar atrás, era como si las piernas no le respondieran. Ya no estaban girando, pero tenía la impresión de que todo estuviese dando vueltas a su alrededor.

Toby pasó la mano por detrás de su cabeza, y desenganchó el pasador haciendo que el cabello se le desparramara sobre los hombros formando una sedosa y brillante cortina que atrapaba la luz de la luna. Heather se habría quejado de que le hubiera deshecho el elegante peinado que tanto le había costado hacerse, pero estaba demasiado aturdida por el modo sensual en que estaba masajeándole la nuca.

En ese momento se oyó el silbido de un cohete que ascendió y explotó desplegando en el cielo nocturno una estela de un azul brillante. Señalaba el inicio del espectáculo de fuegos artificiales que Abraham había anunciado.

—¡Mira! —exclamó Heather, echando la cabeza hacia atrás.

Toby, sin embargo, no se molestó siquiera en levantar la vista. Toda su atención estaba fija en la curva de su cuello, y en los gráciles hombros.

—Estoy haciéndolo —contestó con voz ronca.

Heather bajó el rostro, y vio en los ojos de Toby un brillo apasionado que rivalizaba con las explosiones pirotécnicas sobre sus cabezas. Aunque desde el día en que se conocieron se había preguntado muchas veces cómo sería si Toby la besara, en aquel momento, al darse cuenta de que iba a hacerlo, sintió que la invadía el pánico.

«Esto es una locura», pensó, «soy la niñera de su hijo… no está bien…». Sin embargo, aquellos pensamientos no impidieron que se derritiera contra su cuerpo cuando la atrajo más hacia sí y tomó sus labios. Debería haberse resistido, pero le temblaban las rodillas, y quería más.

Los estallidos eran cada vez más seguidos, y la gente estaba saliendo a los jardines. Heather oyó vagamente, como si le llegaran de muy lejos, las exclamaciones admiradas de los invitados ante la belleza del espectáculo, pero las explosiones de color que iluminaban el cielo no eran sino una pobre imitación de las que se estaban produciendo en su interior, haciendo que un escalofrío delicioso recorriese su espina dorsal. La habían besado antes, pero nunca había tenido la sensación de que no se saciaría jamás, y, queriendo que Toby experimentase lo mismo, se entregó por completo, respondiéndole afanosamente.

Toby nunca hubiera imaginado que Heather pudiese ser tan ardiente. Las chispas que habían saltado entre ambos desde el momento en que se conocieron habían acabado prendiendo. Avivadas por la pasión, las llamas que habían surgido se habían extendido, y a cada segundo que pasaba, Toby sentía que iba a enloquecer de deseo.

A pesar de su aspecto delicado, Toby se dio cuenta en ese momento de que, al contrario de lo que había creído, no era una mujer frágil.

El beso que estaban compartiendo era sencillamente increíble, pero no era más que un mordisco del fruto prohibido, y Toby ansiaba poder llevar a Heather a un rincón oscuro y hacerla suya.

Claro que aquello no sería apropiado en absoluto estando donde estaban, y mucho menos teniendo en cuenta el motivo de aquella fiesta.

Intentó acallar su deseo, diciéndose que no era más que una obsesión nacida del celibato autoimpuesto en que había vivido desde su divorcio, pero aquello no impidió que hiciera el beso más profundo.

Sus lenguas se entrelazaron en una exploración casi frenética, mientras las manos de Toby subían y bajaban por la piel desnuda de la espalda de Heather. Cuando empezó a faltarles el aire no tuvieron más remedio que despegar sus labios, pero pasados unos segundos Toby inclinó la cabeza y comenzó a besarla en la garganta. Notó el pulso acelerado en la vena que estaba bajo sus labios, y se estremeció de excitación al escuchar el gemido ahogado que profirió Heather.

—Oh, Dios —murmuró en su oído con voz ronca—. Oh, Heather… te deseo tanto…

De pronto, en medio aún de las exclamaciones de los demás invitados por los fuegos de artificio, el flash de una cámara los sobresaltó a ambos. Habían estado tan absortos el uno en el otro, que no se habían percatado de la aparición de un fotógrafo.

Horrorizada ante la idea de que ese momento de debilidad hubiera sido captado por el objetivo de una cámara, Heather se apartó de Toby. Por si no había tenido bastante con haberse dejado seducir por Josef como una tonta y que toda la gente que la conocía hubiese cuchicheado a sus espaldas, ahora también sería objeto de murmuraciones en Savannah.

Conociendo a esas hienas de la prensa rosa, el paparazzi

vendería esa foto al mejor postor, y a la mañana siguiente aparecería en las portadas. Y sería una ilusa si creyese que no la vería la gente del pequeño pueblo que estaba cerca del rancho de Toby. Había visto revistas de ese tipo en la tienda donde Toby hacía la compra.

Cuando Dylan empezase preescolar, todos los vecinos de la comunidad pensarían que su niñera y su padre se acostaban juntos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Había sucumbido de nuevo a los encantos de un hombre que no le daría más que problemas.

Se giró sobre los talones y huyó, no tanto del fotógrafo, que había violado su intimidad, como de la inquietante revelación que tuvo de pronto: se estaba enamorando de Toby.

Cuando volvió a entrar en el salón del hotel, Heather lo encontró prácticamente desierto. A excepción de unas pocas personas que se habían quedado allí charlando o tomando algo, los demás estaban fuera, viendo los fuegos artificiales.

No había conocido aún al anfitrión de la fiesta, el tío de Toby, pero dudaba que le hiciese mucha gracia cuando en la prensa del día siguiente se encontrase con una foto bastante comprometedora de uno de sus sobrinos.

Atravesó el salón, y salió al largo corredor por donde había entrado después de dejar a Dylan con los otros niños. No sabía dónde podría ir, sólo que necesitaba estar sola un rato, lejos de la fiesta y de toda aquella gente. Avanzó sin detenerse por el corredor, subió unas escaleras que encontró, y sus pasos la llevaron por un pasillo, otro pasillo… Para cuando quiso darse cuenta se había perdido. El hotel era verdaderamente laberíntico. El lugar donde había llegado era un salón con una inmensa chimenea. Antiguos retratos adornaban las paredes, recubiertas con paneles de madera oscura, y en las que había varios candelabros. No eran de verdad, sino eléctricos, aunque la luz de las bombillas titilaba para darles un efecto de autenticidad. A Heather el detalle le habría parecido curioso si no hubiese sido por el aire sombrío de la estancia, y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando, a través de la puerta que había al fondo vio a una figura que le hacía señas.

Se parecía extraordinariamente a aquella misteriosa dama que había visto bajo el enorme roble en Corfthaven el día de su llegada, pero tal vez fuera sólo una coincidencia. Además, la fiesta de aquella noche era un evento formal y muchas mujeres lucían vestidos largos, así que quizá la ropa que llevaba, a pesar de

recordar a la clase de atuendos femeninos del diecinueve, no fuera más que un traje un tanto excéntrico de algún diseñador de alta costura.

Fue hacia ella, pero la mujer le dio la espalda y se alejó por el oscuro pasillo. Heather la siguió.

—¡Espere! —la llamó cuando estaba a punto de doblar la esquina.

La mujer se volvió, y Heather se detuvo a sólo unos pasos, emitiendo un gemido ahogado. Era de cabello negro, piel pálida y traslucida como el alabastro y sus ojos estaban llenos de dolor; la figura parecía flotar en el aire. De su cuello pendía un relicario de oro.

No había duda de que era la misma mujer que había visto en Crofthaven, ni tampoco de que era una aparición, un fantasma.

Heather quería huir de allí, pero parecía que los pies se le hubiesen quedado pegados al suelo. El corazón empezó a golpearle salvajemente las costillas cuando la espectral figura fijó en ella sus ojos vacíos.

—No le falles al chico como yo fallé a mis pupilos…

La voz, que era poco más que un débil rumor, no tenía el acento sureño que Heather había esperado.

—No comprendo —balbució.

—No le falles… —repitió la mujer—. Y no traiciones a tu corazón.

Con esas palabras desapareció, y dejó a Heather temblorosa, preguntándose de nuevo si lo que creía que acababa de presenciar no habría sido sólo producto de su imaginación.

Capítulo Siete

Era una lástima que Heather se hubiese marchado antes de que lograra atrapar a aquel reportero que los había interrumpido, se dijo Toby, que había interrumpido el que para él había sido sin duda el momento más romántico de su vida.

Estaba seguro de que a Heather le habría encantado ver cómo le quitaba la cámara y le arrancaba el carrete.

—Piérdete, parásito inmundo —le había dicho al tipo, antes de darle una patada en el trasero.

Y el paparazzi se había alejado frotándose las posaderas y farfullando que «el público tenía derecho a saber».

Cuando Toby regresó al lugar donde había dejado a Heather, con la intención de tranquilizarla y decirle que no iban a publicar nada sobre ellos, se encontró con que ya no estaba. Dio un puntapié al césped lleno de irritación, maldiciendo el hecho de apellidarse Danforth.

Buscó a Heather en vano por todas partes; parecía que se la hubiera tragado la tierra. Y entonces, para colmo de males, tuvo que toparse de nuevo con Marcie Mae, que entraba de los jardines al salón con una copa en la mano.

—¡Toby, querido, estabas aquí! Llevo un buen rato intentando encontrarte. Tienes que volver fuera conmigo ahora mismo —le dijo agarrándolo por el brazo y arrastrándolo con ella—. No te lo vas a creer cuando te diga a quién me he encontrado cuando salimos a ver los fuegos artificiales: ¡Jenny Mitchell!, aquella chica tan mona que estuvo saliendo con Curtis Walker, la que parecía Heidi, con esas mejillas sonrosadas… Ahora está casada… no con Curtis, claro, que al final resultó ser gay, qué cosas… En fin, ahora la verás, pero te aviso que da un poco de pena: parece una espina de pescado de lo delgada que se ha quedado. La pobre…

Sin saber cómo, Heather encontró finalmente el camino de regreso al salón George Washington. Mientras avanzaba con piernas temblorosas por el corredor, se preguntó si estaría volviéndose loca. No le encontraba otra explicación posible a lo que acababa de ocurrirle, porque desde luego ebria no estaba. Apenas había tomado

un par de sorbos del vaso de ginger ale que había tenido en la mano hasta que el tal Fred la había invitado a bailar.

Además, aquello de que no le fallara al chico y que no traicionara a su corazón... Su imaginación debía estar jugándole una mala pasada. Probablemente era su subconsciente, intentando conciliar las emociones conflictivas que habían surgido en ella en los últimos días por el tira y afloja entre sus hormonas y su buen criterio.

La otra posible explicación no era racional, y al pensar que aquella aparición hubiera podido ser real, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, erizándole el vello de los brazos.

Cuando entró en el salón, miró a un lado y a otro, sorprendida de ver que allí seguía habiendo cuatro gatos.

—Todo el mundo sigue fuera —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Heather se giró sobre los talones y se encontró con un hombre alto y fuerte.

—Ya no debe faltar mucho para el discurso del señor Danforth —añadió, echando un vistazo a su reloj de pulsera—. Después la gente irá marchándose, a excepción de los incondicionales de siempre, que se quedarán hasta el amanecer.

Toby no le había dicho hasta qué hora tendrían que permanecer allí, pero Heather esperaba que no fuera tanto, porque estaba rendida física y emocionalmente. Si no, estaba dispuesta a usar a Dylan como excusa para escaparse de allí más temprano.

Claro que, desde el día en que llegaron a Savannah, los miembros de la familia se habían mostrado tan deseosos de pasar tiempo con el pequeño, que prácticamente no habían necesitado de sus servicios.

Sin embargo, se moría por poder regresar por fin a casa de los padres de Toby y dejarse caer en la cama. Con suerte a la mañana siguiente la velada entera no habría sido más que un mal sueño.

—¿Y estará usted entre ellos? —le preguntó, con una voz casi tan temblorosa como sus manos, ocultas tras la espalda—. Entre los incondicionales, quiero decir.

—Parece que sí —respondió el hombre.

Heather frunció ligeramente el ceño ante la extraña respuesta. No lo conocía, por supuesto, pero, así a primera vista, no le parecía el clásico juerguista. Se preguntó qué estaría haciendo allí. Estaba solo, y no hacía más que mirar en todas direcciones sin llamar la atención, como si estuviese alerta.

—Soy Heather Burroughs —se presentó tendiéndole una mano.

—Michael Whittaker —contestó el hombre, estrechándola—. ¡Cielo santo, está helada! ¿Se encuentra usted bien? —inquirió escrutando su rostro. Al reparar en su palidez, añadió—: Parece que hubiera visto usted un fantasma.

—Tiene gracia que diga usted eso —murmuró Heather, dejando escapar una risa temblorosa.

Frunciendo el ceño preocupado, el hombre la agarró suavemente por el hombro.

—Creo que necesita un poco de aire fresco. Venga, saldremos a los jardines.

—No, por favor —le rogó Heather—. Hay demasiada gente.

—Está bien, a los jardines no. Bueno, por allí se sale a un patio interior —le dijo, señalando unas puertas de hierro forjado y cristal junto al podio de la orquesta—. ¿Le parece mejor?

Heather asintió con la cabeza.

El patio tenía naranjos, un precioso pozo de hierro forjado en el centro, y varias mesas con sillas, también de hierro forjado. El aire olía a azahar. Se sentaron en un rincón, cerca de la puerta.

—Y ahora, ¿quiere contarme qué es lo que le ocurre? —le preguntó el hombre con amabilidad—. Le vendría bien desahogarse.

Heather sacudió la cabeza.

—Me tomará usted por una loca.

—No lo creo.

Heather vaciló.

—¿No será un reportero, o algo así?

La sonrisa que asomó a los labios del hombre le indicó que la sola idea se le antojaba ridícula.

—No, soy del personal de seguridad. ¿En quién mejor podría confiar?

Heather exhaló aliviada.

—La verdad es… la verdad es que sí he visto un fantasma.

El hombre no se burló de ella, sino que la instó a seguir hablando.

—Era… era una mujer joven —continuó Heather, en el mismo tono balbuceante—. Daba un poco de miedo porque era como… traslúcida, y flotaba unos centímetros por encima del suelo, pero no resultaba amenazante. Y me dio… me dio un mensaje.

El hombre se inclinó hacia ella.

—¿Un mensaje?

Animada por su interés, Heather le repitió lo que la mujer le había dicho y el aspecto que tenía.

—Es la segunda vez que la veo —le confesó—. La primera fue en

la distancia, bajo un roble, en las afueras de Crofthaven.

—La señorita Carlisle —dijo el hombre, sin un atisbo de duda.

Heather lo miró sorprendida.

—¿La conoce?

—No exactamente —respondió él con una media sonrisa—, pero esa mujer podría ser la misma que se me apareció a mí hace unos días, preguntándome por dónde se iba a Crofthaven. Yo estaba a varios kilómetros de allí, y aunque me pareció un tanto extraña, le señalé la dirección en la que estaba la mansión, y me pareció que murmuraba algo, pero no la entendí. Luego se desvaneció.

Parecía que no le estaba tomando el pelo, así que Heather le pidió que le se la describiera, y se estremeció cuando los detalles que le dio coincidieron en todo, incluido aquel relicario de oro que llevaba colgado del cuello el espectro.

En ese momento la puerta se abrió, y los dos dieron un respingo, pero quien cruzó el umbral no era un fantasma, sino una joven de rasgos orientales. En la penumbra no pareció verlos, y se sentó en una de las mesitas del fondo, a su izquierda.

Sólo instantes después la puerta se abría de nuevo, y salía al patio el mismísimo anfitrión de la fiesta, Abraham Danforth. Aunque ni Toby ni ningún otro miembro de la familia se lo había presentado, Heather lo había visto demasiadas veces en la televisión y en la prensa como para no reconocerlo de inmediato.

Se quedó un instante parado, y al ver a la joven se dirigió derecho hacia ella.

—Disculpe que la moleste —le dijo—. Llevo toda la noche observándola, y cuando la he visto salir aquí, la he seguido para poder hablar con usted en privado. Verá, probablemente sólo esté equivocado, pero es que me recuerda muchísimo a una persona que conocí hace ya muchos años.

Heather giró el rostro hacia Michael para decirle que quizá deberían marcharse, pero sus ojos estaban fijos en la bella desconocida oriental.

—El nombre de esa persona… ¿era Lan Nguyen, por un casual? —le preguntó la joven, en un tono desafiante, poniéndose de pie y colocándose frente a él.

—Sí, sí, lo era —respondió Abraham sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque yo soy su hija, Lea. Y soy hija suya, señor Danforth, la hija a la que abandonó en Vietnam.

Heather emitió un gemido ahogado. Abraham Danforth, famoso por sus dotes de orador, parecía haberse quedado sin palabras, y

estaba pálido como una sábana.

Preguntándose si aquello no sería una encerrona preparada al candidato a senador por la prensa amarilla, Heather miró en derredor, esperando atisbar a algún reportero escondido en las sombras, pero no había nadie más. Michael le puso una mano en el brazo y, cuando Heather lo miró, él se llevó el índice a los labios para indicarle que no hiciera ruido.

El que Abraham no se hubiera defendido al momento de la acusación de la joven hizo que Heather se preguntara si quizá aquella exótica belleza estaría diciendo la verdad. Amarga como se había vuelto su relación con su padre en los últimos dos años, era incapaz de imaginar el valor que habría tenido que reunir aquella joven para mirar a los ojos a un perfecto extraño y decirle que era su hija.

James Burroughs no había sido un padre amoroso, y mucho menos comprensivo, pero estaba segura de que más duro que crecer con un padre así, debía ser crecer sabiendo que el hombre cuya sangre corría por tus venas te había despreciado y abandonado.

Si lo que decía era cierto, aquella joven tenía motivo para estar enfadada. Heather se preguntó cómo explicaría Abraham Danforth a sus hijos, ya adultos, que tenían una hermanastra y que todo ese tiempo se lo había ocultado. Por no hablar de los medios de comunicación. ¿Qué pasaría con sus aspiraciones políticas si se hacía pública una revelación semejante?

Cuando volvió a hablar, la voz del candidato a senador sonó quebrada.

—Lan… ¿sobrevivió? ¿Sobrevivió al ataque sobre su pueblo? Creía que había muerto. Yo…

La joven no le dejó terminar.

—Mi madre está muerta.

A pesar del tono desafiante de la joven, Heather la vio tambalearse hacia atrás. Michael se levantó como un resorte, y la sostuvo antes de que se desmayara. Heather lo escuchó murmurarle algo en el oído, antes de que Abraham Danforth recobrara la compostura y tomara el control de la situación.

—Llévala a casa, Michael —le dijo. Su preocupación parecía sincera—, y quédate con ella hasta que me ponga en contacto contigo… hasta que podamos solucionar esto.

—Sí, señor.

Michael le había dicho a Heather que era del personal de seguridad, pero no se le había pasado por la cabeza que pudiera ser el guardaespaldas del mismísimo Abraham Danforth.

Era evidente que el candidato a senador estaba luchando por controlar las emociones que había suscitado en él aquella revelación, pero cuando se despidió de Michael con un asentimiento de cabeza y regresó dentro parecía más sereno, como si se quedase tranquilo de dejar en buenas manos a aquella joven que se había presentado como su hija.

Michael sentó a Lea en una silla, y le dio palmaditas en ambas mejillas hasta que logró que volviese en sí. La joven abrió los ojos y lo miró aturdida. Michael se volvió hacia Heather, que había ido junto a él, y le dijo que lo mejor sería que ella también volviese a la fiesta.

Heather asintió, y le prometió que no diría nada a nadie sobre lo que habían presenciado. Abraham Danforth era lo bastante mayor como para ocuparse de sus asuntos, y bajo ningún concepto se metería ella jamás donde no la llamaban.

Además, no le parecía que hubiese motivo para hablarle de ello siquiera a Toby. Bastante tenía ya con sus propios problemas, y probablemente no daría crédito a lo que había dicho aquella joven.

Y, por otra parte, el hacerlo sólo haría que se prolongase su estancia en Savannah. Era una ciudad muy bonita, de eso no había duda, pero también era bulliciosa, como todas las ciudades, y Heather ansiaba regresar al rancho Doble D, donde se respiraba calma y sosiego, y donde podría explorar sus sentimientos por Toby, lejos de los familiares bienintencionados pero entrometidos, y de los molestos reporteros.

Capítulo Ocho

La mañana siguiente al día de la fiesta en casa de Harold y Miranda Danforth los preparativos de la marcha de Toby, Dylan, y Heather comenzaron temprano, y a las nueve en punto estaban allí también Imogene, Jake, y su hijo. Toda la familia había quedado para ir a despedirlos al aeropuerto.

Jake llevaría en su coche a sus padres, a Imogene y a Peter, y Toby, Dylan y Heather irían en un coche que Abraham, igual que para la ida, les había brindado para llevarlos al aeropuerto, donde también los estaría esperando su jet privado.

—No es justo. ¿Por qué tenéis que iros tan pronto? —le preguntó Peter a su tío Toby, poniendo morritos, mientras éste ayudaba al chófer a meter el equipaje en el maletero.

—Verás, Peter —comenzó Toby muy solemne, acuclillándose frente a él—, aunque crecí aquí, y Dylan y yo os queremos mucho a todos, nuestro hogar está en Wyoming. Algunas personas marchan al son de su propio tambor —añadió, alzando la cabeza hacia Heather, con una media sonrisa—, y yo soy una de ellas. Mis padres podían haberse enfadado conmigo por irme a vivir tan lejos, pero me dieron su apoyo, y espero que algún día si tú también decides tomar un camino distinto al que tu papá y tú mamá querrían, te dejen libertad para perseguir tus sueños.

Heather habría dado cualquier cosa por contar con ese apoyo incondicional. Si hubiera podido elegir a sus padres, habría escogido unos parecidos a Harold y Miranda Danforth. Fiel a sus palabras, la madre de Toby no la había tratado como a la niñera de su nieto, sino como a una invitada. De hecho, se había sentido más cómoda en su casa de lo que nunca se había sentido en la de sus padres.

Sin embargo, no todo era de color de rosa en el hogar de Harold y Miranda Danforth, y Heather estaba segura de que la gente que veía sus fotos en las revistas del corazón no podía imaginar que su vida estaba marcada por una terrible tragedia.

Imogene, que había insistido en que la llamara Genie como su familia y amigos, le había referido, en una charla personal que tuvieron, cómo su hermana pequeña, Victoria, había desaparecido hacía varios años. A pesar de que hasta la fecha las investigaciones

de la policía habían resultado infructuosas, y de que las estadísticas decían que probablemente estuviese muerta, ni sus padres, ni sus hermanos, ni ella habían perdido la esperanza de encontrarla viva algún día.

Lo cierto era que, después de haber perdido a una hija, Heather no comprendía cómo los padres de Toby podían soportar tenerlo lejos de ellos, y no a treinta o cuarenta kilómetros, sino a miles de kilómetros.

Toby miró su reloj de pulsera y dijo que era hora de ponerse en marcha, así que después de asegurarse de que no se olvidaban de nada, subieron todos a los dos vehículos, y salieron hacia el aeropuerto.

Un rato después, de camino allí, Heather bajó la vista hacia Dylan, acurrucado en el regazo de su padre. Seguía sin saber cuáles habían sido las circunstancias por las que sus padres se habían divorciado, pero cada día que pasaba su corazón se endurecía más hacia ella. ¡Que una mujer, fueran cuales fuesen sus motivos, hubiese abandonado a su propio hijo…!

Durante su estancia en Savannah no había oído de la familia de Toby ni una sola crítica hacia ella, y aunque antes de conocerlos había pensado que probablemente fueran unos esnobs, lo cierto era que le habían parecido muy buena gente, y se había sentido muy a gusto entre ellos.

Cuando pasaban por delante de Crofthaven, el vehículo dio un bote al pasar sobre un bache en la carretera, sacando a Heather de sus pensamientos, y de pronto le pareció ver de refilón algo negro. Giró la cabeza, y la vio de nuevo… a aquella misteriosa mujer frente a la verja de la mansión. El corazón le dio un vuelco cuando sus miradas se encontraron, y recordó las palabras que le había dicho.

Temblorosa, Heather se volvió en el asiento hacia Toby, y agarrándole el brazo con ambas manos, le dijo:

—Por favor, dime qué ves por mi ventanilla.

Toby se inclinó hacia delante para mirar.

—¿Qué se supone que tengo que ver? No me parece que haya nada especial.

Heather se giró, y vio que el espectro había desaparecido.

Con la excitación del día anterior y el madrugón de esa mañana Dylan estaba cansado y se había quedado dormido, así que Heather aprovechó para preguntarle a su padre si sabía algo del fantasma que decían que se aparecía por aquella zona.

Toby pareció sorprendido por su pregunta, pero satisfizo su

curiosidad.

—Bueno, durante años han circulado historias sobre el espíritu de una joven que nuestro antepasado, Hiram Danforth, empleó como institutriz para que cuidara de sus hijos poco después de que se construyese la mansión, en la década de mil ochocientos noventa. Lo único que sabemos de ella es que su apellido era Carlisle, y que murió trágicamente cuando el carruaje en el que viaja de camino a Corfthaven volcó, justo antes de que llegara. Supuestamente está enterrada bajo aquel roble grande de allí.

Heather palideció, y, al advertirlo, Toby tomó sus manos.

—Por Dios santo, estás helada —farfulló—. ¿Te encuentras bien?

Heather tragó saliva. Había un vínculo entre el fantasma y ella. La señorita Carlisle había sido institutriz, y ella era niñera. No era coincidencia que el espectro se le hubiese aparecido y le hubiese dado consejo.

—Habló conmigo —murmuró en un hilo de voz, todavía aturdida por el descubrimiento.

Toby le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí. En otras circunstancias Heather se habría sentido incómoda, pero, asustada como estaba, aceptó aquel gesto tan agradecida como una persona aterida de frío aceptaría una manta. Girando la cabeza, vio cómo Crofthaven disminuía en la distancia.

—¿Crees que quería poseerme? —le preguntó a Toby.

Toby le dirigió una sonrisa tranquilizadora. De niño su hermano y sus primos se habían divertido asustándolo con tétricas historias sobre la misteriosa señorita Carlisle, pero eran todas inventadas.

—Por todo lo que he leído y oído, no parece que sea un espíritu maligno —le dijo.

—Gracias por no pensar que estoy loca —murmuró Heather, antes de apoyar la cabeza en su hombro.

Toby tomó su mano, y la calidez de ese contacto fue disipando su miedo. Heather bajó la vista hacia ella y la estudió en silencio. Fuertes pero cuidadosas, las manos de Toby reflejaban los esfuerzos que había hecho para sacar adelante el rancho. Podría haber sido uno de esos terratenientes urbanitas para los cuales un rancho significaba únicamente beneficios, que visitaban su propiedad sólo de vez en cuando. y encargaban a otros su cuidado, pero entonces no habría sido Toby.

Heather estaba convencida de que su padre habría preferido un terrateniente urbanita, pero también estaba convencida de que le habría perdonado a Toby sus manos callosas y su mentalidad individualista por ser miembro del clan Danforth.

—Heather —le dijo de pronto Toby—, deberíamos hablar.

El corazón le dio un vuelco a Heather, que soltó su mano y se irguió nerviosa en el asiento. La noche anterior no había podido dormir, temiendo que la despidiera por lo que había ocurrido entre ellos en la fiesta y por el incidente con el fotógrafo. Sin embargo, recordando lo ardiente que había sido el beso que habían compartido, se preguntó, aún más preocupada, si iría a proponerle una relación que nada tuviera que ver con la relación patrón-empleada que habían tenido hasta entonces.

Tenía que ser fuerte; no podía dejarse llevar por la atracción que sentía por él. La experiencia le había enseñado que la dignidad personal era algo demasiado precioso como para arriesgarse a perderla.

—¿Hablar? —repitió—. ¿De qué?

Su voz sonaba ligeramente temblorosa.

—De anoche.

Aunque agradecía que Toby fuera tan directo, Heather se sintió aliviada al ver que estaban llegando al aeropuerto.

—¿No podríamos esperar a que estemos en el rancho? —le pidió.

—Sí, supongo que será mejor —accedió Toby con un suspiro.

Heather no podía saber que Toby estaba recordando todas las discusiones que Sheila había pospuesto, prometiéndole siempre que las cosas mejorarían, sin hacer nada por mejorarlas. Sólo oyó la resignación en la voz de Toby, y dio por sentado que no se sentía cómodo con aquella conversación que pensaba que debían tener. Si facilitara las cosas, se dijo Heather, siempre podía decirle que dejaba el puesto… aunque supusiese tener que dejar un trabajo que le encantaba, y no volver a ver a una familia que estaba empezando a gustarle.

Con sus padres las despedidas siempre habían sido tan frías y breves, que, por contraste, la de la familia de Toby, eterna, y llena de sonrisas, lágrimas, besos, y abrazos, la conmovió profundamente.

Sin embargo, como no estaba acostumbrada a esa clase de muestras de cariño, se sintió como si estuviera presenciando algo demasiado íntimo, y, respetuosa, iba a escabullirse hacia la escalerilla del avión cuando…

—¡Heather!, ¿se puede saber adónde vas? —exclamó de pronto Miranda.

El tono herido en su voz dejó confundida a Heather.

—Bueno, yo… creí que querríais un poco de privacidad —se explicó.

—¡Qué bobada! —le espetó la madre de Toby—. ¿No te dije que ya te consideramos como parte de la familia? —añadió, tomándola del brazo y haciendo que volviera con ellos.

—Espero que en vuestra próxima visita mi hermano tenga el buen acuerdo de hacerlo oficial —intervino Imogene.

La sonrisa traviesa de sus labios dio a entender a Heather que lo que esperaba que Toby hiciera oficial era un supuesto compromiso, y se puso roja como un tomate, pero la mirada asesina que Toby le lanzó a su hermana la hizo sonreír. Imogene, sin embargo, con la indolencia que la caracterizaba, no se amedrentó, y le susurró algo al oído.

—¿Eso crees? Puedes esperar sentada —farfulló Toby sarcástico, mirándola con una ceja enarcada.

La sonrisa se borró de los labios de Heather. Aunque no sabía qué le había dicho Imogene a su hermano, pensó que le había hecho algún comentario malicioso sobre ella.

Miranda, que advirtió el cambio en la expresión de Heather, le dio unas palmaditas en el brazo.

—No les hagas ni caso, querida. Desde niños les he dicho mil veces que es de mala educación cuchichear delante de la gente, pero jamás me han hecho caso. No son lo que se dice unos hijos muy dóciles. ¿Por qué crees si no que me han salido todas estas canas? —le dijo riendo y llevándose una mano a la cabeza.

Conmovida por su intervención, Heather se dijo que Miranda Danforth seguiría pareciéndole una mujer muy hermosa aun con todo el cabello blanco. Tenía esa clase de belleza que irradia no tanto de fuera como de dentro.

—Lo siento, Heather, perdóname —dijo Imogene, sinceramente arrepentida. Pero de inmediato resurgió su espíritu juguetón, y le dijo casi de carrerilla—: Ya sé que es injusto pedirle a una chica tan buena como tú que cargue con alguien tan huraño y cabezota como Toby, pero, tranquila, por lo que acaba de decirme, parece que piensa que no estás tan loca como para casarte con un bruto como él. Claro que, habiéndome casado hace poco con un hombre que definía el matrimonio como «el gusano que esconde el anzuelo», creo que soy la más indicada para hacerle ver a este botarate el error que cometerá si te deja escapar.

—¡Genie!

Era Harold quien había increpado a la lenguaraz damisela. Con una sola mirada, era el único que parecía poder controlarla. Sin embargo, aunque Imogene se calló al momento, el brillo malicioso no abandonó sus ojos.

Heather volvió a enrojecer, no sabiendo qué cara poner ante el hecho de que al menos un miembro de la familia Danforth le hubiese dado su «aprobación». Harold dio un paso adelante para intervenir de nuevo.

—Te estamos muy agradecidos, Heather —le dijo mirándola a los ojos con una sonrisa. ¡Si tan sólo su padre la hubiese mirado alguna vez de esa manera, haciéndola sentirse valiosa…!—. Por lo que estás haciendo por Dylan, y por ende por nuestro hijo, no tiene precio. Siempre estaremos en deuda contigo. Esperamos volver a verte, y que sea muy pronto.

Emocionada por lo mucho que aquella invitación significaba para ella, Heather se quedó literalmente sin palabras. Y entonces, de pronto, una vocecita infantil dijo:

—Adiós, adiós.

Heather y todos los Danforth se quedaron boquiabiertos y miraron a Dylan, que estaba en brazos de su padre.

—¿Qué has dicho? —inquirió Toby pasmado.

Por toda respuesta, Dylan prorrumpió en risitas.

—Ha dicho «adiós» —repitió Peter, sacudiendo la cabeza con incredulidad ante el hecho de que todos los adultos parecieran haberse vuelto tontos de repente.

El hecho de que Peter fuera el único que no pareciera sorprendido hizo que Heather se preguntara si sería posible que Dylan le hubiese hablado más veces cuando estaban a solas. Lágrimas de alegría y risa de padre, abuelos y tíos acompañaron la proeza del pequeño diablillo, a quien todos abrazaron, besaron y revolvieron el cabello.

Aunque Toby aseguró que era gracias a Heather, ella estaba convencida de que los progresos del niño se debían a la combinación de un buen padre y el apoyo incondicional de su familia. Eso… y un aparente deseo de que acabara de una vez la interminable despedida de los mayores, añadió para sí, esbozando una sonrisa.

—Te dije que volvería a hablar cuando estuviera listo —se jactó Heather, mirando a Toby mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. Y sin tener que sobornarlo con galletas…

Se preparó para el despegue mirando al frente y tratando de no hiperventilar. Dylan todavía estaba agitando la mano en señal de despedida a sus abuelos, tíos, y primo a través de la ventanilla del avión cuando el aparato empezó a rodar por la pista.

—Dame la mano —le dijo Toby a Heather, despegando los dedos de la joven del brazo del asiento.

Aquel contacto calmó y turbó a Heather al mismo tiempo.

Ya echaba de menos a la familia de Toby. ¿Y cómo no echarlos de menos?, se dijo. Eran las personas más encantadoras y agradables que había conocido en su vida. Lo que no había esperado, era gustarles ella también a ellos. ¡Y que Imogene hubiera llegado a sugerir que su hermano debería pedirle matrimonio!

Lo cierto era que la idea no podía ser más irrisoria. Teniendo en cuenta el bagaje que arrastraban tanto Toby como ella por sus relaciones pasadas, no parecía muy plausible que ninguno de los dos fuera a arriesgarse a un nuevo compromiso en un futuro inmediato.

Bajando la vista a sus manos entrelazadas, Heather contempló pensativa las diferencias entre ambas. La de él era grande y nudosa, la de ella pequeña y de dedos estilizados; la de él estaba morena por el sol, la de ella era pálida como la luna; la de él estaba callosa y algo áspera por el trabajo, la de ella era suave… aunque no tanto como lo había sido en el pasado.

Desde que empezara a trabajar para Toby como empleada del hogar además de niñera, sus delicadas manos, que hasta entonces sólo habían conocido las teclas de marfil, habían tenido que acostumbrarse a fregar platos, a arrancar malas hierbas de los parterres, a amasar pan…

—No tienes por qué preocuparte. Todo va a salir bien —murmuró Toby, arrancándola de sus pensamientos.

Heather sabía que no se refería sólo al vuelo hasta Wyoming. Se refería a Dylan, y también al hecho de que, aunque nunca lo admitiría, la lacrimosa despedida de su familia lo había afectado.

También había habido lágrimas en los ojos de Heather el día que le había dicho a sus padres que se iba de casa, pero habían sido lágrimas de frustración, de ira.

«¡Si renuncias a tu carrera musical, más te valdría que renunciaras también a nuestro apellido!», le había gritado su padre, «Y que sepas que, si te vas, te vas con lo puesto. No vamos a darte un sólo centavo. Desde el momento en que cruces ese umbral, para nosotros habrás muerto».

Los gritos no habían acabado ahí. Su padre había predicho que acabaría por volver arrastrándose, suplicándoles que la perdonasen, y prometiéndoles que iba a acatar sus normas y ser una «hija obediente», o que terminaría viviendo «en una pocilga» con un marido borracho y «un hatajo de críos» a los que tendría que

alimentar con un sueldo de camarera de «un bar de mala muerte».

¡Si hubiese podido tener unos padres como Harold y Miranda…! Sin poder reprimirse, le preguntó a Toby cómo teniendo una familia tan increíble se había querido alejar de ellos.

—Dicho así parece que los odiara —protestó Toby—. Sólo estoy persiguiendo mi sueño, Heather, y mi familia lo respeta porque quiere lo mejor para mí.

El hecho de que se hubiera puesto a la defensiva hizo que Heather se preguntara si practicaba a menudo aquel discursito para disculparse ante amigos y familiares, o para convencerse a sí mismo.

—Tienes mucha suerte —le dijo en un tono quedo—. No todos los padres son tan comprensivos como los tuyos.

Toby la miró sin comprender. Abrió la boca, como para decir algo, pero pareció pensárselo mejor y la volvió a cerrar.

Habían despegado hacía rato, y ya habían alcanzado también la altitud de vuelo, por lo que Toby le dijo que intentara relajarse y cerró los ojos. Sin embargo, no soltó su mano, y para sus adentros ella le agradeció que no lo hiciera.

Girando la cabeza hacia la ventanilla, comprendió de pronto hasta qué punto se parecían el uno al otro: del mismo modo que ella había escogido tomar el camino menos transitado, Toby había abandonado deliberadamente la vida cómoda que le había otorgado el azar.

Capítulo Nueve

Toby creyó que una vez de regreso en Wyoming, lejos de la sofisticación de Savannah y del empeño de su familia por emparejarlos, le costaría menos resistirse a los encantos de Heather. Después de todo en el pequeño pueblo que había a unos kilómetros del rancho no se celebraban eventos sociales donde la niñera de su hijo pudiera lucir modelitos como el que había lucido en la fiesta organizada por su tío.

Pero quitarse de la cabeza el recuerdo de ella con ese vestido no le iba a resultar tan sencillo… ni tampoco olvidar el sabor de sus labios. Su única esperanza era que las tareas del rancho lo dejasen lo suficientemente cansado como para calmar su líbido, y así pudiera hacer lo que debía hacer por el bien de su hijo… y de la propia Heather: dejarla tranquila.

Si no controlaba su atracción hacia Heather, aquello acabaría interfiriendo en su labor con Dylan, y eso era lo último que querría que sucediese, sobre todo cuando estaba empezando a haber progresos visibles. Además, Heather había estado algo extraña después del incidente del beso. Probablemente se arrepentía de haber permitido que aquello ocurriera, y si lo pillaba lanzándole miraditas furtivas todo el tiempo, acabaría por presentarle una carta de dimisión, hacer las maletas, y marcharse.

Por eso, había decidido que lo mejor era olvidar por completo aquel beso impulsivo y no hablarlo siquiera con ella, como en un principio había pensado. Tenía que reestablecer la relación estrictamente profesional entre patrón y empleada, y dejarse de boberías románticas.

El problema era que le costaría menos esfuerzo contar los granos de arena del desierto que olvidar aquel beso. De hecho, se preguntaba si, a pesar de sus esfuerzos, las cosas volverían algún día a ser como habían sido entre ellos.

Por su parte, Heather, aliviada de que Toby no hubiera decidido despedirla después de todo, estaba haciendo también todo lo posible por normalizar la situación. Desde que regresaran al rancho, procuraba no pasar más tiempo del estrictamente necesario en la misma habitación que él.

Así las cosas, se estableció una rutina de mudo pero mutuo

acuerdo por la que ambos se evitaban: por la mañana Heather se levantaba temprano, preparaba el desayuno, lo tomaban conversando de temas sin importancia, Heather se ponía a recoger y fregar los cacharros, Toby se colocaba el sombrero vaquero, se despedía de ella, salía de la casa, y no regresaba hasta el anochecer. A esa hora Heather y Dylan ya habían cenado y habían subido a sus dormitorios. Toby se tomaba la comida que ella le había dejado en el horno, subía a darle un beso de buenas noches a su hijo, y se acostaba también.

Dylan no había vuelto a pronunciar una palabra desde aquel día en el aeropuerto, pero cuando su padre entraba en su cuarto por la noche, con el aspecto de estar intentando llevar él sólo el rancho de diez mil acres, como si los peones a los que tenía contratados no sirvieran para nada, las miradas dolidas que le lanzaba lo decían todo.

Heather, molesta con Toby por que estuviera llegando a esos extremos con tal de evitarla, concentró sus energías en Dylan. A pesar de que no había conseguido que volviera a decir nada, la afición que ambos compartían por la música había creado entre ellos un vínculo que cada día era más fuerte. Y, aunque ella no podía aliviar la tristeza del pequeño por la aparente adicción al trabajo que le había entrado a su padre desde que regresaran al rancho, aprovechaba bien el tiempo a solas con él para ayudarle a canalizar esos sentimientos a través de la música.

Heather se sentía cada vez más unida a él, y temía estar empezando a quererlo como una madre. Sabía que estaba pisando un terreno resbaladizo, pero no sabía qué hacer. No podía reprimir el afecto que sentía por el niño, igual que no podía evitar que se le desbocara el pulso cada vez que Toby estaba cerca.

Además, el hecho de que Toby y ella no hubiesen llegado a hablar de cómo se sentían respecto a lo que había ocurrido entre ellos la noche de la fiesta no hacía sino complicar aún más la situación. Además, casi cada vez que hablaban, era para discutir sobre los métodos de la logopeda.

Heather sólo había visto a la mujer una vez, pero le había bastado para decidir que no le gustaba en absoluto. En su opinión, la señorita Rillouso pasaba más tiempo flirteando descaradamente con Toby que preocupándose por Dylan. Además, lo máximo que había conseguido sacarle a Dylan con su sistema habían sido un gruñido o dos, y sólo porque le había prometido alguna golosina.

—Si ganas al menos veinte de las pegatinas que le dejo a tu niñera para que las vaya poniendo en esta tabla —le había

prometido al pequeño en la última visita—, la próxima vez que vengas te sorprenderé con algo especial.

Dylan no había mostrado el más mínimo entusiasmo ante la idea, y Heather, a la que le había parecido una supina estupidez, tiró la tabla a una papelera en cuanto salieron del edificio.

—¿Qué haces? —la increpó Toby furioso, sacándola.

Heather no se amilanó.

—Sí a ti te parece que esa chorrada que se le ha ocurrido puede funcionar, hazlo tú mismo —le dijo tendiéndole la hoja con las pegatinas—. Intentar hacer hablar a Dylan mediante sobornos me parece una pérdida de tiempo además de una soberana estupidez, y va contra los principios de lo que considero una buena educación.

—Por si lo has olvidado —le dijo Toby entornando los ojos—, te recuerdo que te pago para que cuides de mi hijo, y eso incluye seguir las indicaciones de la terapeuta. Si te ves incapaz de hacer lo que hay que hacer por el bien de Dylan, quizá debería buscar otra niñera.

Heather no se arredró:

—Si quieres despedirme, hazlo, pero te advierto que si te descuidas acabarás convirtiendo a un niño que es bueno y cariñoso en un monstruo, un monstruo que cuando llegue a la adolescencia no querrá sacar la basura por menos de un dólar, y no se preocupará por sacar buenas notas a menos que le prometas una bicicleta de montaña o un videojuego nuevo para su consola.

Por el entorno en el que había crecido, en el que muchos padres malcriaban a sus hijos dándoles todo lo que querían con tal de que los dejaran tranquilos, Toby sabía que tenía razón en lo que estaba diciendo, pero, cabezota como era, se obstinó en insistir en su punto de vista:

—Helen Rillouso es una profesional cualificada —protestó.

—Y yo no lo discuto —replicó ella—, pero me parece que se equivoca. Hay que darle tiempo a Dylan para que vuelva a hablar por su propia voluntad. Estoy convencida de que antes o después lo hará, y no le resultará tan traumático como que intentemos forzarlo poniéndole delante un caramelo o una galleta.

Toby no podía negar que su manera de acercarse al pequeño, sin agobiarlo, había dado mejores resultados que las tácticas de la logopeda, ni que Dylan parecía más feliz, pero no veía razón para interrumpir el tratamiento indicado por una persona que se suponía entendía más del tema que él o ella.

—Lo único que te pido es un poco de apoyo —insistió—. Si no te ves capaz de aplicar el programa de la logopeda, al menos podrías

no intentar sabotearlo.

Heather consideró sus palabras en silencio y finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien; por respeto a ti no volveré a meterme en si los métodos de la doctora son buenos o no, y no interferiré si tú quieres probarlos con Dylan, pero creo que deberías pensar lo que te he dicho: intentar obligarle a hablar es tan malo como intentar forzar una relación antes de que la persona se sienta preparada.

Toby suponía que aquella era su manera sutil de decirle que la dejara tranquila, que le dejara espacio. Aquello reforzaba la impresión que había tenido tras la noche de la fiesta, pero aparte de dormir en el establo, no se le ocurría qué otra cosa podría hacer para dejarle espacio sin distanciarse aún más de Dylan. Desde que había empezado a evitar a Heather echaba muchísimo de menos pasar tiempo con su hijo, como hacía antes.

Con Sheila nunca había tenido tantos problemas para controlar su líbido. Claro que Sheila lo había perseguido sin el menor pudor desde el día en que se habían conocido, y además le había mentido diciéndole que estaba tomando la píldora sólo para que la dejara embarazada y que, siendo un hombre honorable, se viera obligado a casarse con ella.

Heather no era así. Aunque ella sólo lo había mencionado vagamente, era obvio que su natural introversión se había visto incrementada por alguna experiencia negativa con el sexo opuesto. Así las cosas, si quería que la atracción mutua que había entre ellos llegase a alguna parte, tendría que ser él quien diera el primer paso. Y lo cierto era que, acostumbrado como estaba a que las mujeres se le insinuasen y flirteasen con él para obtener su atención, la timidez de Heather se le antojaba como un desafío imposible de resistir.

Heather tendría que haber estado ciega para no darse cuenta de las ardientes miradas que le lanzaba Toby cada vez que pensaba que no estaba mirando. Y cada vez que aquello ocurría, Heather notaba que una oleada de calor la invadía, que el estómago se le llenaba de mariposas y se le aceleraba el pulso.

Pronto, confundida por aquel cambio en su comportamiento, y por el hecho de que había dejado de evitarla, comenzó a reaccionar como una adolescente nerviosa cuando lo tenía cerca.

Durante el día intentaba concentrarse en las tareas de la casa y en Dylan para no prestar tanta atención a su presencia, pero cuando llegaba la noche y se iba a la cama, estaba exhausta por sus

esfuerzos por reconstruir el muro que los separaba como patrón y empleada, y sentía que estaba fracasando estrepitosamente porque se estaba cayendo a pedazos.

Por mucho que se empeñara, no era una santa, sino una mujer con sus debilidades y sus necesidades. Además, después de sus escarceos con Josef había dejado de considerarse una «buena chica». Y, por otra parte, no era una aversión al sexo lo que le impedía dejarse llevar por la química que había entre Toby y ella, sino miedo, simple y llanamente.

Temía que, si se acostaba con Toby, aquello destruiría por completo su relación. Aquello era lo que le había pasado con Josef, y no tenía ningún deseo de volver a cometer el error de dejar que la utilizasen y luego se deshiciesen de ella como de un pañuelo de papel, sobre todo cuando necesitaba el empleo para poder vivir… y para sentirse útil.

Además, ¿qué sería de la amistad que había surgido entre ellos? Era algo que valoraba y no quería perder. Durante el tiempo que llevaba en aquella casa, había ido descubriendo a un hombre amable, cariñoso, con sentido del humor… y sorprendentemente perspicaz y considerado. Cuando la veía tensa, no la agobiaba ni la presionaba como había hecho Josef, sino que le dejaba espacio, cuando la notaba poco habladora, no intentaba sacarle conversación, ni hacerla reír, sino que respetaba su silencio. Todo aquello, por mucho que intentarse negar la atracción que sentía por Toby, no hacía sino acercarla más a él.

Aun cansada como estaba al final de cada jornada, le costaba mucho conciliar el sueño, y cuando por fin lo conseguía, tenía extraños sueños en los que aparecía la señorita Carlisle. Llevaba el mismo vestido negro, y jugueteaba con el relicario de oro que había visto colgado de su cuello. De pronto, como si en el sueño se convirtiera en ella, abría el relicario, y veía dentro la foto de un hombre. No sabía de quién podía tratarse, pero de algún modo sabía que era alguien que ocupaba un lugar especial en el corazón de la institutriz. Y luego oía un susurro que decía que tenía que revelarse la verdad a los descendientes de aquel hombre, a todas las generaciones malditas por los pecados del padre.

Por más vueltas que le daba, Heather no lograba descifrar el significado de aquel galimatías. Aquella noche, sin embargo, el sueño cambió. Se hallaba en medio del campo, y era noche cerrada. De pronto se oían cascos de caballos aproximándose al galope, y el traqueteo del carruaje del que tiraban. La escena cambiaba y estaba dentro del vehículo. Veía a la señorita Carlisle golpeando la pared

de madera con los puños y gritándole al cochero que fuera más despacio.

Heather no podía ver el camino, pero de algún modo intuía que se acercaban a una curva peligrosa, la curva que había acabado con la vida de la institutriz, y que seguiría haciéndolo una y otra vez por toda la eternidad si alguien no rectificaba en el presente algo que había sucedido en el pasado.

Una sucesión de imágenes borrosas y el eco de sus propios gritos en el sueño la despertaron. Se incorporó en la cama, bañada en sudor, y miró en derredor desorientada, aliviada de encontrarse a salvo.

Sin embargo, seguía oyendo una especie de gemidos asustados, y se preguntó si no estaría aún soñando. Le llevó un instante darse cuenta de que no provenían de su cabeza, sino de la habitación de Dylan.

Llena de miedo por el chiquillo, se levantó de la cama como un resorte y corrió a su dormitorio. Al abrir la puerta, vio que estaba siendo presa de una pesadilla que parecía tan terrible como las suyas. El niño se despertó en ese momento, y se sobresaltó al ver su silueta en el umbral de la puerta, gritando asustado:

—¡Mami!

Heather fue a su lado en un instante. Se sentó en el borde de la cama, lo abrazó con fuerza, y lo acunó contra su pecho susurrándole:

—Tranquilo, Dylan, no pasa nada. Soy, yo, Heather. Estoy aquí contigo; ya pasó, ya pasó…

Entre sollozos, con voz ronca por la falta de uso, el chiquillo le imploró:

—No me dejes… no te vayas…

Aquellas palabras le encogieron el corazón a Heather. Dylan le rodeó el cuello con los brazos, y se aferró a ella con una desesperación inusitada en alguien de tan corta edad.

—No voy a irme a ningún sitio, cariño —le dijo—. Te lo prometo.

—No le digas eso a menos que pienses cumplirlo.

Aquellas palabras no las había pronunciado Dylan, sino alguien detrás de ella. Heather giró la cabeza, y vio a Toby en el umbral de la puerta. Vestido sólo con unos bóxers, dejó a Heather sin aliento.

La joven había intentado imaginar muchas veces los contornos de su cuerpo, pero, como suele ocurrir, la realidad supera a la ficción. Tenía un físico tan perfecto que merecía ser esculpido en mármol e inmortalizado para la posteridad.

La voz de Toby había sonado tan suave como una caricia, y su tono rezumaba una preocupación tan sincera, que Heather no pudo evitar conmoverse.

—Pienso cumplirlo —respondió con una firmeza que la sorprendió a ella misma.

Capítulo Diez

Sentada al borde de la cama de su hijo y vestida con un sencillo camisón, Heather parecía su ángel de la guarda. La luz de la luna que entraba por la ventana daba relieve a las suaves curvas de su cuerpo, y revelaba la forma y el tamaño de sus perfectos senos.

Bajo la mirada de Toby los pezones se irguieron, marcándose a través del fino algodón de la prenda, y él notó que su miembro se endurecía de excitación.

En su vida había visto nada más sexy que aquel recatado camisón, y ninguna mujer le había parecido tan atractiva.

Las mejillas de Heather se tiñeron de rubor cuando Toby se acercó a la cama y se sentó al otro lado del niño.

—Vamos, vamos… —le dijo a su hijo en un susurro, acariciándole el cabello—. No pasa nada, papá está aquí. Ha sido un mal sueño nada más.

Sin embargo, a pesar de su tono tranquilizador, Toby estaba preocupado. Aquella era la primera pesadilla que Dylan había tenido desde la llegada de Heather y, a pesar de sus esfuerzos por que no acusara su ausencia, era obvio que el pequeño seguía echando de menos a su madre. Cuando lo tomó por la cintura, el chiquillo se desenganchó a regañadientes del cuello de Heather y permitió que volviera a arroparlo, pero inmediatamente acurrucó la cabeza en el regazo de su niñera.

Toby extendió una mano para apartar un mechón de la frente empapada de su hijo, y su mano se rozó con la de Heather, que había tenido la misma intención. Sus ojos se encontraron, y Heather volvió a ruborizarse antes de apartar la vista.

Juntos empezaron a prodigarle caricias y palabras de cariño a Dylan, y Heather se puso a canturrearle suavemente. Observándola y observando el efecto calmante que tenía en su hijo, Toby no pudo evitar que su preocupación aumentara. Desde el primer día había tenido la esperanza de que aquello ocurriera, que Heather fuera capaz de darle a Dylan lo que echaba en falta: el cariño de una madre, pero no quería ni imaginar lo muchísimo que podría sufrir su hijo si un día los dejaba.

Con tan amoroso trato por parte de ambos, Dylan se volvió a dormir casi enseguida. Heather le subió la sábana y la mantita hasta

la barbilla mientras Toby se dirigía de puntillas hacia la puerta. La sostuvo abierta para ella, y cuando Heather hubo salido también, cerró suavemente antes de alzarla en volandas.

Heather se sorprendió, pero no protestó, y tampoco dijo nada cuando vio que Toby la llevaba a su dormitorio, y no al de ella. Aquello era lo que había ansiado desde el día de su llegada, y de pronto tenía la sensación de que hubieran estado predestinados los dos para ese momento.

Entrelazando los dedos detrás de la nuca de Toby, Heather se agarró a él con fuerza, y enterró el rostro en el hueco de su hombro.

Sin poder resistirse, la joven lo besó en el cuello y lamió su piel justo sobre la marca húmeda que habían dejado sus labios. Un gemido salvaje resonó dentro de la garganta de Toby, y Heather se estremeció.

Cruzaron el umbral, y Toby depositó a Heather sobre su cama, la misma cama que ella hacía cada mañana. La sábana y el edredón estaban medio colgando por el lado derecho, porque en sus prisas por llegar al dormitorio de su hijo las había apartado con impaciencia, pero la funda que cubría el colchón todavía guardaba el calor de su cuerpo.

Heather levantó la cabeza y se echó el cabello hacia atrás, desparramándolo sobre la almohada que en secreto apretaba contra su corazón cada mañana antes de volver a colocarla.

Toby encendió una lámpara de pie que había en un rincón, y una suave luz inundó la habitación. Se dirigió después a los pies de la cama, y se quedó allí de pie, devorando a Heather con la mirada. La joven se retorció nerviosa bajo aquel ardiente escrutinio, pero también llena de deseo.

—¿Tienes idea de lo increíblemente hermosa que eres?

Heather, que había bajado la vista vergonzosa, la alzó sorprendida. Había crecido pensando que su talento para la música era lo único bueno que tenía, y salvo la preocupación por aparecer presentable ante el público cuando tocaba en un recital, nunca había prestado mucha atención a su aspecto físico.

De otro hombre quizá habría tomado esas palabras como mera galantería, pero la voz de Toby había sonado demasiado ronca, demasiado teñida de emoción como para no creer que habían sido pronunciadas con sinceridad. Nada podía disimular que estaba ávido de ella.

Heather lo observó fascinada mientras se quitaba los bóxers y los dejaba caer al suelo, y se le cortó el aliento cuando fue hasta la cómoda para sacar del primer cajón un preservativo, y lo colocó

sobre su erección.

Era una suerte que hubiese pensado en ese detalle, se dijo Heather, porque ella, que se notaba la cabeza aturdida, como si se le hubiese reblandecido el cerebro, ni se había acordado.

Toby se tumbó sobre ella, procurando no aplastarla al hacerlo, y esa ternura hizo que afloraran lágrimas a los ojos de la joven.

—Heather… —murmuró Toby preocupado—. ¿Qué sucede?, ¿por qué lloras?

«Porque no estoy segura de estar preparada para esto», respondió Heather para sus adentros, «porque tengo miedo de que luego me desprecies por entregarme a ti, y de que me apartes de tu lado cuando hayas obtenido de mí lo que quieres».

—No estoy llorando —replicó, secándose los ojos con la manga del camisón.

Toby le acarició el cabello.

—No tengo por costumbre forzar a mujeres que estén llorando en mi cama —le dijo—, independientemente de que estén desnudas o no.

Heather se preguntó cómo podía su voz contener a un mismo tiempo humor y una preocupación tan sincera. Sonrió ante lo absurdo de sus palabras en medio de nuevas lágrimas, y levantó la cabeza de la almohada para besarlo.

La ternura y la pasión con que le respondió Toby disiparon la tensión de Heather, y el mundo dejó de existir para ella.

Para lo tímida que se mostraba habitualmente, Toby descubrió con sorpresa que Heather era una amante totalmente desinhibida. Para empezar, lo torturó sin piedad, dibujando el contorno de sus labios con la punta de la lengua, y cuando él entreabrió los labios, esperando que la introdujera en su boca, lo dejó con las ganas, bajando en zigzag por su mejilla hasta llegar al lóbulo de su oreja y mordisquearlo sensualmente.

Toby, sin embargo, quería mucho más que eso. Se incorporó un poco, apartándose de ella, y cuando Heather gimió en señal de protesta volvió a agachar la cabeza para tomar sus labios en un beso apasionado, y sus lenguas se entrelazaron en un ballet no coreografiado que los dejó a ambos sin aliento.

Toby acarició con reverencia el rubio cabello extendido sobre su almohada, como para asegurarse de que no estaba soñando. Apoyado en los codos, bajó la vista a las angelicales facciones de Heather, que no podían ocultar lo que sentía. No tenía que pronunciar palabra para que supiera que lo amaba, porque estaba escrito en su rostro.

Y, aunque no hubiese sido tan obvio, Toby la conocía ya lo suficiente como para saber que no era la clase de mujer capaz de entregarse a un hombre sin sentir nada por él, no quería romperle el corazón.

El deseo carnal y el amor no eran la misma cosa, y Heather se merecía algo mejor que un hombre incapaz de embarcarse en una relación seria, que no se sentía emocionalmente preparado para comprometerse.

Y, sin embargo, ¿cómo podría rechazar en ese momento lo que Heather le estaba ofreciendo por su propia voluntad y sin condiciones? Nunca antes había deseado a una mujer tan desesperadamente.

Por mucho que intentara agotar su cuerpo cada día con el trabajo, Heather seguía ocupando sus pensamientos. Ni siquiera por las noches se libraba de su influjo, porque también lo obsesionaba en sus sueños, y se despertaba con las sábanas revueltas, y lleno de frustración.

Tal vez aquello no estuviera bien, pero no era más que un mortal, y en ese momento no tenía fuerzas para resistir su debilidad.

Sus dedos no tuvieron paciencia con los pequeños botones en forma de perla que abrochaban el frontal del camisón de Heather hasta la altura del esternón. Agarrando las dos solapas redondeadas del cuello, dio un tirón, y salieron disparados en todas direcciones. Al oír el gemido ahogado de Heather, Toby se disculpó por su falta de control, esperando no haberla asustado.

La respuesta de la joven no podría haber sido más clara: capturó sus labios en un intenso beso, y guió sus manos hasta la abertura que había hecho.

—No pares —le rogó.

No tuvo que repetírselo dos veces. Desde el día en que Heather llegara a su casa y se enfrentara a él, había fantaseado con la idea de besarla, y desde el beso de aquella noche, bajo la lluvia de fuegos artificiales, no había podido dejar de fantasear con hacerle el amor.

Mientras le acariciaba los senos, Heather buscó su miembro y cerró la mano en torno a él, robándole el aliento cuando lo apretó suavemente. Para corresponderle, él tiró con el índice y el pulgar de un pezón, y Heather emitió un gemido tan sensual, que Toby sintió que no podía aguantar más.

Subiéndole el camisón, se posicionó entre sus piernas, y se introdujo dentro de ella murmurando algo incomprensible.

Heather se oyó a sí misma respondiendo a los jadeos y gruñidos de Toby con gemidos y suspiros que parecían proceder no de su garganta, sino de un lugar secreto y oscuro en su interior.

No había tiempo para pensar, no cuando los impulsaba una frenética necesidad de entregarse por completo al otro, de no guardarse nada. Era como si la pasión que se había ido acumulando en ellos todos esos días hubiese estado contenida por una presa, que en ese momento estuviese resquebrajándose ante la creciente presión.

Con Toby empujando sus caderas contra las de ella, el muro de aquella presa acabó por reventar, y las aguas de la pasión los inundaron a ambos con una fuerza aterradora, acercándolos al éxtasis.

Rodeando a Toby con las piernas, Heather le ofreció no sólo su cuerpo, cálido y dispuesto, sino también unos sentimientos tan reales y sólidos como las montañas coronadas de nieve que se recortaban majestuosas en el horizonte que se veía a través de la ventana. No era sólo su cuerpo lo que le estaba entregando, sino también su corazón.

Con las uñas de Heather clavadas en sus hombros, Toby se retiró una última vez, y se hundió hasta el fondo de su sexo con un gemido casi animal, que hizo a la joven sentirse a la vez frágil y poderosa.

Heather cerró los ojos con fuerza, y se aferró a la esperanza, al sueño, de que quizá un día Toby llegase a corresponderla. Las veces que habían hecho el amor, Josef nunca se había mostrado atento ni tierno con ella. Toby, en cambio, la retuvo en sus brazos después de que ambos alcanzaran el clímax, y la colmó de besos y caricias. Aquella era una experiencia nueva y maravillosa para ella.

Josef había prostituido la palabra «amor», utilizándola sin sentirla, sólo para obtener de una mujer lo que quería. A Toby, por el contrario, Heather sospechaba que le costaría pronunciar esa palabra aunque provinieran de lo más hondo de su corazón.

Entre los dos hombres, prefería sin duda al segundo. Las palabras dulces de labios de un hombre no tenían valor alguno si las pronunciaba sólo como un anzuelo.

Rodeándole la ancha espalda con los brazos, Heather apoyó la cabeza en el pecho de Toby, que había rodado hacia un lado, llevándola con él. Era suyo hasta el amanecer, hasta que la luz del sol inundará los picos de las montañas, trayendo no sólo un nuevo día, sino también una nueva página a sus vidas, completamente en blanco, abierta a todas las posibilidades.

Capítulo Once

La luz del alba, que se filtraba a través de las cortinas blancas de la ventana, despertó a Toby. Lentamente, abrió los ojos, y al ver a la hermosa mujer acurrucada contra él como un gatito, se preguntó si no estaría todavía dormido, y aquello parte de un sueño. Sin embargo, al moverse un poco, su rodilla rozó el sedoso muslo de Heather, y la respuesta inmediata de su cuerpo lo convenció de lo contrario.

Que pudiera excitarse de aquel modo, después de la que había sido la noche más intensa de su vida, le resultaba tan extraordinario como que Heather sintiera por él el mismo deseo que él sentía por ella. La besó con toda la ternura de la que no había sido capaz la noche anterior, ansioso como había estado por hacerla suya.

—La próxima vez te prometo que iré despacio —le susurró en el oído.

Estirando su cuerpo dolorido por la fogosa noche que habían pasado haciendo el amor, Heather alzó el rostro hacia él y le sonrió de un modo que hizo que el corazón le brincase en el pecho.

—No tengo ninguna queja de anoche, vaquero.

Igual de dulce y melódica, la voz de Heather rivalizaba con el canto de los pájaros que fuera, en el campo, estaban saludando a la mañana. Si no fuera porque tenía un rancho y un hijo a los que debía atender, se dijo, se pasaría todo el día en la cama, demostrándole a Heather todas las formas que conocía de hacer tocar el cielo a una mujer. En fin, tendría que esperar a que el sol se pusiera de nuevo, pensó suspirando para sus adentros.

—Será mejor que nos levantemos y nos vistamos antes de que Dylan se despierte y nos encuentre juntos en la cama —dijo Heather, estirándose de nuevo con pereza—. No sé muy bien qué podríamos decirle.

—Tienes razón, podría ser un shock para él —murmuró Toby—, y podría echar a perder los progresos que ha hecho.

Aunque Heather asintió con la cabeza, su corazón, que sólo un momento antes había sentido tan ligero en su pecho, se tornó de pronto pesado como el plomo. Se bajó de la cama, y recogió el camisón del suelo aturdida. Si Toby había sugerido que lo que había entre ellos podría ser perjudicial para la recuperación de Dylan,

quizá no debería extrañarle que antes o después se deshiciese de ella para evitar que eso ocurriera.

El recuerdo de cómo Josef la había dejado tirada, reemplazándola por otra con la misma facilidad con que se cambia uno de camisa regresó en ese momento a su memoria, atormentándola. Sentía ganas de echarse a llorar, pero no se humillaría haciéndolo delante de Toby, esperaría a estar sola en su habitación. Iba a ponerse el camisón cuando Toby, que se había incorporado y se había sentado en el borde de la cama, la agarró desde atrás por la cintura y la atrajo hacia sí, atrapándola entre sus piernas.

—He dicho que pretendía ir despacio contigo y lo mantengo, pero eso no significa que tengas que salir de aquí sin siquiera darme un beso —le dijo en un tono sensual, rozándole la nuca con los labios.

Heather temía que ese ir despacio únicamente pospondría lo inevitable: una ruptura que no sólo le costaría el empleo, sino también los jirones de su ya maltrecha dignidad. La sola idea la aterraba, porque no estaba segura de que su corazón pudiera soportarlo. No estando tan enamorada como estaba de él.

No tenía sentido alguno intentar seguir negándolo. Habiéndole entregado ya su corazón, lo único que tenía claro, decidió en ese instante, era que, si no podía tener otra cosa, se conformaría con un tórrido idilio y disfrutaría el momento.

Aun en el caso de que ese idilio resultara ser tan breve como sospechaba que sería, le quedarían los recuerdos. Nadie podría arrebatárselos, y los llevaría siempre consigo.

En el tiempo que le llevó darse la vuelta, Heather empujó a un lado esa maraña de sentimientos contradictorios, y tomó los labios de Toby en un beso dulce y prometedor de lo que había de llegar, sin dejar que se destilara en él el amargor de la desazón que sentía por dentro.

Hay algo en toda mujer que la induce a creer que puede conquistar a un hombre dando completa satisfacción a su deseo, y Heather no era una excepción. Tiró el camisón al suelo, empujó a Toby, que cayó de espaldas sobre el colchón cuan largo era, y se encaramó a horcajadas sobre él.

Si su tiempo juntos iba a ser breve, se aseguraría de dejarle en él una huella imborrable, que lo hiciera incapaz de desear a ninguna otra mujer.

Como si fuera un instrumento musical, Heather interpretó con él, mediante besos y caricias, una complicada sinfonía. Sus dedos y

sus labios tocaron amorosamente cada punto sensible, arrancando de él las más dulces notas. Toby se dejó arrastrar por esa música, asombrado de ver cómo la tímida Heather se convertía en una mujer salvaje.

Tendría que dejar su promesa de ir despacio para otra ocasión, se dijo rindiéndose a ella y dándole todo lo que le pedía y aún más. Cuando Heather descendió sobre él, admitiéndolo dentro de sí, se escuchó jadear su nombre, mientras sus manos tomaban posesión de esos senos suaves como el satén, y los succionó afanoso después.

Heather comenzó a cabalgar sobre él, repitiendo sin aliento su nombre, una y otra vez, extasiada con los espasmos de placer que estaban sacudiéndola por dentro.

—Oh, Dios, creo que voy a explotar… —murmuró Toby con los dientes apretados, como si lo llenara de frustración no poder alargar el momento antes de satisfacer su necesidad.

En cuestión de segundos llegaron a los últimos acordes de aquella magistral pieza que estaban componiendo juntos, y terminó con una explosión inigualable de placer que los dejó temblorosos.

Jadeante, Toby alzó el rostro, y vio reflejada en los ojos de Heather la misma intensa satisfacción que lo había inundado a él.

Momentos después, mientras yacían el uno en brazos del otro, Toby recordó, al sentir el bombeo de la sangre en sus oídos, que era un hombre de carne y hueso con necesidades, y se dijo que había sido un error cerrarse a la vida desde su divorcio. El que Sheila le hubiese hecho daño no significaba que todas las mujeres fuesen como ella. No tenía por qué castigarse a sí mismo por haberse dejado engañar; tenía tanto derecho como cualquiera a querer ser feliz, a querer ser amado…

¿Amado? Aquella palabra que había surgido de pronto en su mente hizo que el corazón diera un brinco en su pecho ante la idea de tener el amor de Heather. ¿Podría llegar algún día a querer algo más que una simple relación física con él? ¿Podría tal vez llegar a compartir sus sueños? Sólo había una cosa de la que estaba seguro: sería un idiota si dejara escapar a una mujer así.

Los días que siguieron fueron los más felices que Heather recordaba haber vivido. Empezar y acabar cada jornada en los brazos del hombre al que amaba era lo más parecido al paraíso que podía imaginar. Y, entre medias, las horas pasaban volando.

Había empezado a tararear mientras hacía las tareas de la casa, y cada día Toby la sorprendía regresando a la casa con un colorido

ramo de flores silvestres.

Dylan pareció contagiarse de la felicidad de ambos, y aunque seguía negándose a hablar, las sonrisas acudían con más frecuencia a sus labios, y las sencillas melodías que componía reflejaban la alegría que flotaba en cada habitación de la casa, una casa entre cuyas paredes, hasta hacía sólo un mes, habían reverberado los tristes ecos del pasado.

Al ayudar a Dylan a expresarse mediante la música, Heather empezó a sentirse atraída otra vez por el piano, como le había ocurrido de niña. Dejó de verlo como algo que la había tenido esclavizada durante años, y redescubrió su amor por la música a través del sensible chiquillo.

Observando sus deditos moverse sobre las teclas de marfil, Heather había comprendido que, igual que el amor, cuando se da libremente y se acepta sin condiciones, el talento que compartían era ciertamente un don.

Al entrar en casa aquella tarde, Toby se detuvo a escuchar el sonido del piano mientras se limpiaba las manos manchadas de tierra en las perneras del pantalón vaquero. Fue hasta el salón sin hacer ruido, y se quedó de pie en el umbral, admirando la hermosa escena que tenía ante sí.

La suave luz del atardecer entraba por la ventana, arrancando destellos dorados del cabello de Heather, que, sentada al piano, estaba tocando una bella y tranquila melodía con Dylan apoyado tiernamente en su costado.

Toby habría querido tener la habilidad de un artista para plasmar aquella imagen en un lienzo, pero no la tenía. Su único don era la facilidad que tenía para domar caballos, adiestrarlos, y montarlos.

Se consideraba afortunado por el hecho de que sus padres nunca le hubieran quitado la ilusión de establecer un día un rancho, de que no lo hubieran considerado un mero capricho.

El haberlo conseguido era su mayor orgullo. Se había ganado el respeto de sus vecinos, y se había forjado una buena reputación entre los criadores de caballos de todo el país.

Cualquiera que lo viese trabajando con aquellos nobles animales no podía menos de impresionarse de la facilidad con que se comunicaba con ellos, y cómo conseguía calmar incluso a los más nerviosos con caricias y palabras susurradas en su oído.

Heather le recordaba a una yegua que le habían llevado hacía

un par de semanas. Tenía buen carácter, pero era recelosa y no era fácil ganarse su confianza. La pieza que estaba tocando llegó a su fin, pero su corazón siguió latiendo igual de rápido.

¿Sería posible, se preguntó, que no tuviera que enfrentarse al resto de su vida solo, fingiendo ser más fuerte de lo que realmente era? ¿Podrían aflorar a sus labios las palabras «te quiero», con la misma facilidad con que afloraban a su corazón cada vez que veía a Heather?

Palabras era lo que le faltaban a su hijo, pero parecía que la música estaba ayudándole a expresar su rabia y su dolor, y a curar su corazón herido.

Toby recordaba haber leído en algún sitio acerca de esas propiedades curativas de la música, de cómo se utilizaba como terapia incluso con personas con una discapacidad cognitiva.

Su propia discapacidad, sin embargo, era emocional, y temía acabar arruinándolo todo si sucumbía a la melodía que sus sentimientos por Heather habían creado en su corazón.

Observó en silencio a la joven rodear los hombros de Dylan con un brazo y apretarlo contra sí, apoyando su cabeza en la de él, y experimentó una sensación de dicha que nunca antes había conocido.

Quería pedirle a Heather que se casara con él, pero ella nunca le había sugerido la posibilidad de que su relación pasara a algo más serio. Quizá para ella el matrimonio equivaliera a tener que renunciar a sus sueños.

Lo cierto era que no le había confiado demasiado acerca de su pasado, pero no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que alguien le había hecho mucho daño, y tenía miedo de volver a arriesgar su corazón. De hecho, tenía la sensación de que estaba con un pie en el umbral de su casa, y otro fuera, como preparada para salir corriendo en cualquier momento si se sentía presionada, y lo último que él quería era provocar en ella ese sentimiento.

Además, Dylan ya había sufrido bastante al ser abandonado por su madre como para perder a la única otra mujer a la que había llegado a querer como a su madre, y en la que había llegado a confiar plenamente.

Tampoco creía que él pudiera soportar perderla, igual que no podría vivir sin aire. No sabría decir cuál había sido el momento exacto en que se había enamorado de ella; únicamente sabía que la quería con toda su alma.

Claro que, aun en el caso de que tuviera el valor de lanzarse, y pedirle que se casase con él, no podía saber cómo se sentiría

Heather respecto a la responsabilidad de ser madre… y a renunciar quizá a sus sueños, a esos sueños que desconocía.

Sin que pudiera evitarlo, regresó a su mente para atormentarlo el recuerdo de algo que Sheila, en un tono burlón, le había dicho en una de las discusiones que habían tenido antes de divorciarse:

«¿Qué mujer en sus cabales querría desperdiciar su vida pudriéndose en un lugar perdido de la mano de Dios, y al lado de un hombre tan estúpido como para no utilizar la influencia de su familia para rodearse de lujos y no tener que trabajar?».

«Utilizar la influencia de su familia»… Ella sabía bastante de utilizar a la gente. No había tenido el menor reparo en utilizar su embarazo para llevarlo al altar.

Tampoco había tardado mucho en anunciarle que quería el divorcio cuando se convenció de que no lograría hacer de él como quería un parásito dispuesto a vivir de las rentas de su familia.

¿Por qué iba a ser Heather distinta de Sheila? Al fin y al cabo también era una mujer, y una mujer joven, guapa, y con talento además. Probablemente era sólo cuestión de tiempo antes de que se cansase del aislamiento de aquello.

Quizá fuera mejor que su relación siguiera como hasta entonces, sin un contrato de por medio que lo pusiera en peligro de ser utilizado de nuevo.

—¿Te importaría llevar a Dylan al pueblo para lo de la vacuna? —le preguntó Toby a Heather aquella mañana, mientras desayunaban—. Había quedado con el médico en que lo llevaría hoy, pero me han llamado para decirme que Sun Dancer llega esta misma mañana, y tengo que estar aquí para firmar los papeles cuando lo traigan.

Sun Dancer era un semental purasangre que Toby había comprado para fortalecer los genes de su cabaña. Heather esbozó una sonrisa maliciosa. Sabía que lo de firmar los papeles era sólo una excusa, y que la verdadera razón era que estaba deseando que el animal llegara. Fuera cual fuera el lugar que ocupara en el corazón de Toby, tenía la sospecha de que su primer amor siempre serían los caballos.

—Claro, no hay problema —respondió, apurando su taza de café —. Además, a Dylan y a mí nos vendrá bien pasar la mañana fuera del rancho para cambiar un poco de aires.

Toby dio un respingo al oírla. Aquella frase le había recordado la aversión de Sheila por la vida en el rancho.

—Si no tuviera que quedarme para firmar esos papeles, lo llevaría yo mismo —repitió.

Heather no advirtió el tono extraño en su voz. Sencillamente se alegraba de poder hacerle un favor. No podía saber que sus palabras habían hecho que un escalofrío recorriese la espalda del hombre al que amaba, ni que lo habían llenado de temor por que acabara cansándose de aquel lugar y abandonándolo, como había hecho su ex mujer.

Toby se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó su cartera, de la que extrajo unos cuantos billetes que entregó a Heather.

—Ten. ¿Por qué no te compras algo bonito, aprovechando que vas a la ciudad? —le sugirió—. No sé, un vestido, o unos pendientes… Ah, y no te olvides de traer helado a la vuelta. Dylan odia las inyecciones, pero le prometí que le compraría helado para que lo lleve mejor.

Heather estuvo a punto de recordarle lo que habían hablado sobre el uso de recompensas como sobornos, pero prefirió dejarlo correr. Sin embargo, no pudo reprimir la protesta que saltó a sus labios al tomar incómoda el dinero.

—No necesito nada —le dijo—. Y además, tampoco hay dónde comprar.

Toby entornó los ojos, repitiendo en voz alta la descripción que había hecho Sheila del pueblo:

—No, tienes razón. No hay más que unos almacenes donde no tienen más que ropa pasada de moda, y un par de bares.

Heather se echó a reír. Le habría importado bien poco que no hubiese ni una sola tienda en el pueblo. Nunca había sido una persona apegada a las cosas materiales, no seguía la moda, y se conformaba con poco.

—Bueno, siempre nos quedará el canal de la «teletienda» —comentó jocosa.

Después de abrochar el arnés de seguridad de la sillita de viaje de Dylan, Heather inspiró profundamente, y se dispuso a subir a la cabina del cuatro por cuatro de Toby, tarea nada fácil para ella, porque estaba muy alta. Se agarró al volante con la mano izquierda, al asiento con la derecha, apoyó un pie en el marco de la puerta para darse impulso… y no lo consiguió.

El chiquillo prorrumpió en risitas.

—¡Dylan, no te rías! —lo reprendió Heather, sin poder evitar

echarse a reír también.

Volvió a tomar impulso, pero aquella vez un par de fuertes manos la tomaran por la cintura desde detrás, ayudándola.

Al girarse, vio que no era otro que Toby, tal y como había imaginado. Después de todo había ido a despedirlos.

—¿Sabes? Te sienta bien el sombrero vaquero —le dijo, rodeándole el cuello con los brazos, y enredando sus dedos en los mechones que sobresalían bajo el ala en la nuca.

—¿Tú crees? —murmuró él divertido. Se lo quitó, y se lo colocó a ella—. A ti también —dijo. Y bajó la voz para añadir—: Pero seguro que vestida sólo con él debes estar espectacular.

Heather sonrió, y se inclinó hacia delante para fundirse con él en un beso. Durante unos segundos maravillosos sus sentidos se cerraron al resto del mundo para concentrarse en el otro, pero en la distancia se oyó el motor de un vehículo, y cuando se separaron vieron que se trataba de una camioneta con remolque que traía al esperado Sun Dancer. El rostro de Toby se iluminó como el de un niño al ver los regalos bajo el árbol el día de Navidad, y Heather, con un suspiro, miró su reloj de pulsera.

—Bueno, ya es hora de que nos pongamos en marcha —le dijo a Toby.

Él se retiró un poco y le cerró la puerta, y Heather puso en marcha el vehículo.

—Me siento diminuta con este monstruo —farfulló—. Quizá debería haber puesto una escalera en el maletero para poder subirme yo sola a la vuelta.

Toby se rió.

—Bueno, no me parece que pegue que tenga un deportivo para un rancho, ¿verdad? —le dijo apoyando los codos en el marco de la ventanilla abierta, y mirándola a los ojos—. Pero si tú quieres uno, dímelo, y en menos que canta un gallo lo tendrás en la puerta de la casa.

Heather se rió también y lo besó de nuevo antes de echarle un vistazo a Dylan, callado como siempre en el asiento junto al suyo. El chiquillo no parecía traumatizado en absoluto por sus muestras de afecto. De hecho, cuando su padre rodeó el vehículo y se inclinó sobre la ventanilla, Dylan esbozó una enorme sonrisa, y extendió las manitas hacia él para pedirle un abrazo.

Heather se obligó a apartar el rostro de aquella conmovedora escena. Era peligroso para ella permitirse la ilusión de sentirse como parte de una verdadera familia.

Minutos después, mientras salían del recinto del rancho, Heather

recordó la sugerencia de Toby de que se comprara ropa nueva. Quizá fuera su forma de decirle que estaba cansado de verle las camisetas, camisas de algodón, y pantalones vaqueros que componían la mayor parte de su vestuario. Sabía que no era tan bonita ni sofisticada como su ex, cuya foto seguía ocupando el mismo lugar encima del piano, pero se sintió un poco deprimida ante la idea de que Toby se sintiera avergonzado de ella por su sencilla forma de vestir… o de su relación.

Dylan se portó muy bien en el médico, y como hacía calor Heather decidió llevarlo a tomar un refresco antes de regresar al rancho. Entraron en un pequeño local llamado «El Café de la Estación», que según le había contado Toby llevaba décadas allí, y tenía ese nombre porque años atrás justo detrás había estado la estación de ferrocarril.

El propietario presumía de tener el mejor café y el mejor pastel de manzana, y siempre estaba bastante concurrido, aunque en esa ocasión, siendo un día entre semana y además por la mañana, habría siete u ocho personas.

Cuando entraron Heather tuvo la impresión de que todo el mundo la estaba mirando, pero desechó aquella idea por paranoica. Se sentaron en una mesita al fondo, e inmediatamente Dylan agarró la carta, señalándole una foto de la sección de postres bajo la que ponía «*brownie* con helado de vainilla y salsa de chocolate caliente». Cuando se les acercó la camarera, una mujer rubia con un peinado de los ochenta, y de nombre Nancy, según se leía en la plaquita de su blusa, Heather le pidió un café con leche y un vaso de agua para ella, y una coca-cola sin cafeína y un *brownie* para Dylan.

La camarera le dijo que el *brownie* iba a ser demasiado para que se lo comiera el niño solo, y que haría mejor en pedir otra cosa, pero Heather, al ver el ceño fruncido de Dylan, le dijo que no, y le pidió que les llevara un tenedor y una cucharilla de más para que pudieran compartirlo.

La mujer lo apuntó con parsimonia, y se alejó, entregándole la nota al chico que había en la barra.

—¿Es ella? —le preguntó un tipo sentado unas mesas más allá, mientras le rellenaba la taza de café.

El hombre le estaba pegando un mordisco a un enorme donut de crema, pero su voz sonó lo suficientemente alto y claro como para que Heather entendiera sus palabras.

—Ssss… —lo chistó la camarera—. No seas descarado, Joe, te va

a oír.

Desapareció tras la puerta de vaivén de la cocina y, al cabo de un rato, regresó con lo que habían pedido. Delante de Heather colocó la taza de café y el vaso de agua, y frente a Dylan puso la coca-cola, y un colosal *brownie* que chorreaba salsa de chocolate, encima una gran bola de helado de vainilla, todo alrededor una buena cantidad de nata montada de bote, y, coronando aquella pesadilla hipercalórica, una guinda roja.

Dylan miró el postre con ojos golosos.

—Seguimos sin hablar, ¿eh? —le preguntó la mujer sonriéndole con un poco de lástima.

Heather dejó a Dylan tiempo suficiente para contestar antes de responder por él.

—Me temo que sí —dijo con un suspiro, alargando una mano por encima de la mesa para apartar un mechón de la frente del niño.

Toby debía haber ido allí alguna vez antes con Dylan, pensó, y le pareció amable por parte de la mujer preguntar.

Cuando se hubo retirado, Dylan se lanzó al ataque. Heather tomó un par de cucharadas o tres, pero con eso tuvo bastante para satisfacer su apetito de algo dulce. Cuando se hubo acabado el café, se levantó y fue hasta una estantería que había al fondo, junto a la máquina del tabaco con revistas y periódicos, para intentar encontrar algo con lo que entretenerse mientras Dylan se ponía las botas.

Una portada en particular captó su atención, y a juzgar por el hecho de que sólo había un ejemplar, parecía que también había captado la de las gentes del lugar.

¡Fotos exclusivas de la fiesta de los Danforth del cuatro de julio!, proclamaba el titular con grandes letras rojas. Heather agarró ese único ejemplar que quedaba, y se puso a pasar las páginas sin preocuparse por fingir falta de interés en sus contenidos.

Aunque la mayor parte del texto hablaba de las ambiciones políticas de Abraham Danforth, había un buen número de fotografías comprometidas de algunos de los invitados, entre las que había una de cuerpo entero de Toby y ella besándose que ocupaba casi toda la página.

Según parecía, Toby se había equivocado al creer, como le había dicho, que había destruido aquella instantánea y que no podrían publicarla. Por el ángulo, algún otro paparazzi más listo debía haberse ocultado en las ramas de uno de los árboles para tomarla.

El texto que acompañaba a la foto era tan sensacionalista como

las demás mentiras y exageraciones que contenía el «reportaje»… por llamarlo de alguna manera. Se insinuaba que Toby había contratado a una niñera para que cuidara de su hijo «emocionalmente inestable», y que, por su inexperiencia… ¿cómo podían haberse enterado de eso?… parecía haberla escogido más por sus encantos femeninos, que por estar debidamente cualificada para cuidar del niño.

Heather sintió que las mejillas le ardían de ira y de vergüenza, y cuando levantó la cabeza se encontró con que todos los clientes volvían de pronto la vista a sus platos.

Heather habría querido poder ignorarlos, decirse que no le importaba lo que pensara la gente, pero no era cierto.

Creía que con las duras lecciones que le había dado la vida se había vuelto más fuerte, pero estaba equivocada. Seguía siendo demasiado sensible; era demasiado fácil herirla. Esforzándose por respirar con calma, se dirigió a la barra y pagó lo que habían pedido y también la revista, ignorando la insistente mirada de la adolescente que estaba en la caja.

Regresó a la mesa y se sentó, entrelazando las manos por debajo del mantel para que el niño no viera cómo le temblaban. Fueran imaginaciones suyas o no, tenía la desagradable sensación de que de nuevo todo el mundo estaba mirándola y hablando de ella.

Cuando Josef la humilló públicamente, apareciendo con otra mujer en la fiesta en la que se suponía que iban a anunciar su compromiso, optó por alejarse de él, renunciando a su carrera musical, para iniciar una nueva vida y descubrir a la verdadera Heather lejos del influjo de sus padres. Hasta hacía menos de una hora había creído que estaba empezando por fin a ver luz al final del túnel, que la confianza que estaba adquiriendo en sí misma la ayudaría a modelar su futuro como quisiese… Por desgracia no sabía cómo podría superar las crueles insinuaciones que se habían escrito sobre ella en aquella revista que se publicaba en todo el país. Sus padres, a los que ya había decepcionado, no querrían volver a saber nada de ella después de aquello. Tampoco era que le importara, pero no podía soportar la idea de cómo la criticarían, dando crédito sin duda a esas falsedades.

¿Y qué pasaría con Dylan? Heather sabía lo crueles que podían ser los niños. Además, aquellos rumores podían llegar a oídos de su madre. No quería ni pensar que pudiera llegar a usarlos para exigir a un tribunal la custodia única de Dylan y robarle a Toby al hijo que tantísimo quería.

Enamorarse de Toby había sido un error, un terrible error. Sin

embargo, ¿cómo podría haber imaginado que la prensa utilizaría un beso para magnificar el asunto y vilipendiarlos.

Dylan apartó el plato de sí, con buena parte del *brownie* aún en él, rodeado de una mezcla de nata, helado derretido y chocolate líquido, y se limpió la boca con la mano, indicando que estaba listo para irse.

Heather tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta antes de preguntarle:

—¿Has acabado?

El chiquillo asintió con la cabeza, perplejo por las lágrimas que brillaban en los ojos de su niñera, y se dejó hacer pacientemente mientras Heather mojaba la punta de una servilleta de papel en el vaso de agua y le limpiaba los churretes de la cara y la mano.

—Yo también he tenido bastante —murmuró.

Se levantó de la mesa y el niño se puso también en pie. Heather lo tomó de la mano y se dirigió con él a la salida, fingiendo no oír lo que un viejo le decía al hombre que estaba sentado con él, dándole un codazo, cuando pasaron a su lado:

—¿Crees que la señorita aceptaría calentar mi cama por las noches si le pago bien, Charlie… quiero decir… ser mi niñera?

—No lo sé —respondió el otro—, pero no me importaría que me hiciera una exploración de garganta, como la que le estaba haciendo a su jefe en esa fiesta…

Las palabras resonaron en los oídos de Heather mientras salían del pequeño local a la brillante luz del día. El estado de anestesia en que parecía haberla sumido la felicidad que había sentido hasta esa mañana se había disipado de un plumazo, haciéndola más vulnerable al terrible dolor que lo ocurrido en la cafetería le había causado. Con Toby había volado hasta las cumbres más altas, pero en ese momento se sentía como si hubiese caído en picado y se hubiese estallado contra el suelo de un profundo precipicio. Casi parecía que en efecto así hubiese sido, porque le dolía el alma.

Por una vez se sintió agradecida por el silencio de Dylan. Así al menos no tendría que preocuparse porque le contara a su padre las muchas lágrimas que había derramado de regreso a casa.

—Quiero dejar el trabajo.

Toby tuvo la impresión de que las palabras de Heather rebotaran de una pared a otra de su estudio como balas, y acabaran atravesándole el corazón. Dylan estaba durmiendo su siesta de mediodía, y la casa estaba en tal calma, que cada sonido parecía

amplificarse. El carillón de la biblioteca dio las tres, el mando del lavavajillas hizo un chasquido al pasar al enjuagado… y Toby sintió que el mundo se hundía bajo sus pies.

No alcanzaba a imaginar qué podía haber ocurrido desde aquella mañana, cuando se habían despedido con un beso, para que de pronto le dijera eso. Un millón de pensamientos cruzaron por su cabeza mientras se preguntaba angustiado qué podría haber hecho para disgustarla. Escogiendo uno de los muchos motivos que le había dado Sheila para divorciarse de él, le preguntó si el problema era que la gente del lugar resultaba demasiado rústica para su gusto.

—No, en realidad me parecen demasiado cosmopolitas —respondió ella, tendiéndole con una mano temblorosa la revista que se había llevado de la cafetería.

Los ojos azules de Toby se pasearon por las páginas de papel cuché, antes de tirarla al suelo repugnado.

—¿Es por eso? —exigió saber, señalando el ofensivo objeto—. No puedo creer que dejes que esa basura te influya.

—Quizá sea que no estoy acostumbrada a ver mentiras publicadas sobre mí —respondió Heather acaloradamente—, o quizá que me preocupe más cómo puede afectaros esto a Dylan y a ti que a mí personalmente.

—O quizá simplemente estás buscando una excusa para huir.

Heather dio un respingo, y Toby creyó haber tocado una fibra sensible. Alargó el brazo y le acarició el pómulo. Heather inspiró profundamente y apoyó la mejilla en la palma de su mano. Con la yema del pulgar, Toby enjugó una lágrima que rodó por su rostro.

—¿De qué tienes miedo, cariño?

—De avergonzarte —le confesó Heather—, de echar a perder con mis deseos egoístas los progresos que Dylan ha hecho.

Toby dejó escapar una risa incrédula.

—Tú no podrías avergonzarme nunca. Y para cuando Dylan sea capaz de leer eso, quiero creer que tendrá el suficiente criterio como para dejar que algo así influya sobre su opinión de ti y de mí.

Heather apartó su mano y sacudió la cabeza.

—Puedes decir lo que quieras, Toby, pero la verdad es que no pasará mucho tiempo antes de que Dylan crezca y empiece a cuestionar nuestra relación, una relación que se quedará en un punto muerto si ninguno de los dos estamos dispuestos a comprometernos, porque antes o después la pasión se irá diluyendo.

Toby intentó interrumpirla, pero Heather levantó una mano para que acabara de escucharla.

—He considerado esto desde todos los ángulos posibles, y he llegado a la conclusión de que lo mejor sería que este otoño comience la carrera de pedagogía con el dinero que he ahorrado, y que tú busques a otra persona para que cuide de Dylan. Así guardaremos las apariencias y nos separaremos de un modo amistoso.

Mientras seguía hablando aturulladamente sobre sus planes para conseguir un préstamo estudiantil y matricularse, Toby la miraba como si le pareciese que necesitaba una camisa de fuerza. Aunque era cierto que quizá a él aquello no lo afectase tanto porque había conocido el acoso de los medios desde una edad muy temprana, seguía sin comprender cómo Heather podía estar permitiendo que algo tan intrascendente como lo publicado en esa revista sensacionalista se interpusiese entre ellos.

Se preguntó si esa hipersensibilidad que demostraba tendría sus raíces en un pasado doloroso, o si simplemente la mortificaba pensar que sus padres y sus amigos fueran a ver la comprometedora fotografía que habían publicado de ambos alimentando un supuesto escándalo.

Verdaderamente resultaba frustrante intentar comprender el funcionamiento de la mente femenina. Su ex siempre había estado obsesionada con ser famosa. Había comprado todas las revistas en las que habían publicado reportajes sobre su boda, en más de una ocasión se había quejado de su aversión por los actos sociales, y no le había hablado en casi tres días por haberse negado a conceder una exclusiva con motivo del nacimiento de su hijo. De hecho, si hubiese visto la foto que a Heather le había causado tanta aflicción, seguramente se habría puesto verde de envidia. Era una de esas personas que creían que no importaban los medios que se empleasen o el precio que se pagase por conseguir la fama.

Y, sin embargo, aunque Toby prefería lógicamente la actitud de Heather respecto al periodismo amarillista, dadas las circunstancias querría poder hacerle ver que no merecía la pena tomárselo demasiado a pecho.

Toby experimentó una desagradable sensación de *déjà vu* al recordar el día en que Sheila le había dicho que quería el divorcio. Lo cierto era que, para sus adentros, se había sentido aliviado de que la charada que había sido su matrimonio desde el principio hubiese terminado. Con Heather, en cambio, el anuncio de que se iba lo había dejado aturdido, como un pájaro al que le hubieran cortado las alas en pleno vuelo. Preferiría perder un brazo o una pierna antes que verse abandonado por aquel ángel, aquella alma

amable que había llenado su vida de amor y esperanza.

Tenía que hacer algo drástico para impedir que se fuera. Tenía que arreglar las cosas entre ellos y hacerle comprender que aquellas mentiras impresas sobre el papel carecían de fuerza frente a un amor tan singular como el que se profesaban. Heather no era la cazafortunas por la que aquella revista había intentado hacerla pasar, ni él era el playboy que tan desesperadamente querían que fuese para poder escribir más basura sobre él.

La solución saltó a la mente de Toby de un modo tan inmediato, que supo al instante que era exactamente lo que había querido desde el principio. Sería la manera para que la reputación de Heather quedase limpia de toda mancha; para asegurarse de que su hijo no perdería por su culpa a la persona que más había logrado acercarse a él desde su divorcio; de proclamar su amor al mundo entero; de hacer las cosas bien.

Sin más preámbulos, se puso de rodillas frente a ella, y tomó sus manos en las suyas. La miró a los ojos, y le preguntó:

—Heather Burrroughs, ¿me concederías el honor de casarte conmigo?

Capítulo Doce

Heather miró a Toby sin poder dar crédito a lo que sus oídos acababan de escuchar. Allí estaba, de rodillas frente a ella, pidiéndose que se casara con él, y ni siquiera le había dicho que la quería. A Heather únicamente se le ocurría una razón para una proposición tan repentina.

Por el modo en que había reaccionado ante lo publicado en la revista, era obvio que nada tenía que ver con salvar el buen nombre de su familia, y mucho en cambio con su decisión de presentarle su dimisión.

Debería haber imaginado que Toby antepondría su preocupación por Dylan a cualquier otra cosa en su vida. Lo comprendía, y lo admiraba por ello, pero su corazón no podía aceptar una oferta que su cabeza le decía que sólo una idiota podría rechazar.

Tobías Danforth era guapo, rico, y bondadoso, y era también un buen amigo, un gran padre, y un amante increíble, pero Heather había aprendido que lo último a lo que debía renunciar era a su amor propio. Y, aunque quería a Dylan con toda su alma, aquella no le parecía una razón válida para casarse con Toby.

—No puedo casarme contigo sólo para que no tengas que buscar otra niñera —le dijo suavemente.

En el interior de los guantes de terciopelo que envolvían sus palabras había puños de granito. Toby se tambaleó ligeramente hacia atrás, como si de verdad lo hubiera golpeado, y alargó un brazo para acariciarle tiernamente la mejilla con el dorso de la mano.

—Cariño, ¿qué te ha dado una idea semejante?

Heather notó un cosquilleo en el lugar donde su mano la había rozado, y sintió que se derretía al oír aquella palabra de afecto. El agotamiento emocional estaba empezando a nublarle la razón.

—¿Qué sino el momento que has escogido para proponerme matrimonio?

—Creía que era lo que tú querías —le espetó Toby con una nota de exasperación en su voz—. ¿Por qué ibas a venir aquí y plantarme esa revista en la cara si no fuera para que me sintiera obligado a hacer lo honorable?

Heather se tensó ante su acusación. Aquellas palabras le habían

dolido más que si hubiese descargado sobre su mejilla una bofetada, pero al menos le habían abierto los ojos. Toby pensaba que estaba intentando utilizarlo, igual que ella creía que él estaba dispuesto a utilizarla para hacer su vida más fácil, igual que sus padres y Josef la habían utilizado. Al irse de su casa se había jurado que nunca volvería a permitir que nadie se valiese de ella para sus propios fines. Por eso no iba a aceptar la proposición de Toby, porque tenía tanto derecho como cualquier otra mujer a ser amada por sí misma antes que utilizada como madre sustituta.

—Esas no son exactamente las palabras que una mujer espera oír cuando un hombre le propone matrimonio —le contestó sin fuerzas.

—Nunca dije que fuera bueno con las palabras —replicó él, subiendo irritado el tono de voz—. Además, aunque ahora mismo dijera las adecuadas, seguirías recelando de ellas, ¿no es así?

—Probablemente, sí —admitió Heather, rodeándose la cintura con los brazos y apartando el rostro.

La repentina ira de Toby la desconcertó tanto como el hecho de que, ni siquiera bajó presión, fuera Toby capaz de pronunciar las dos palabras en las que se cimentaban los matrimonios felices. Se preguntó si siquiera sabría cuáles eran. No, no podía ser ése el caso, porque en innumerables ocasiones lo había visto diciéndole a Dylan cuánto lo quería. Sencillamente no sentía por ella lo mismo que ella sentía por él.

Le parecía lo bastante buena como para querer hacer de ella una madre para su hijo, por supuesto; lo bastante buena para calentar su cama por las noches; lo bastante buena para casarse con ella por sus intereses… pero no era merecedora de su amor, y sospechaba que nunca lo sería.

Probablemente debería estarle agradecida por que estuviera siendo honesto con ella, en vez de darle falsas esperanzas como había hecho Josef, pero sentía que estaba derrumbándose por momentos.

—Lo siento, pero no puedo casarme contigo —le dijo—. Te doy un preaviso de quince días para que busques otra niñera.

Su rechazo hirió profundamente a Toby, pero su orgullo le impidió insistir o suplicar. Lamentaba haberlo estropeado todo con la incapacidad que lo caracterizaba de expresar sus sentimientos, pero lo cierto era que tampoco tenía mucha experiencia en lo que se refería a proposiciones de matrimonio.

De hecho, jamás le había pedido a una mujer que se casara con él. Con Sheila había sido ella misma quien lo había sugerido poco después de anunciarle que estaba embarazada. Siendo como era un

hombre honorable, se había limitado a asentir y hacer lo correcto. Aquel matrimonio le había dado poca felicidad, pero sí un hijo al que adoraba. No quería ni pensar en cómo afectaría a Dylan la partida de Heather.

Se levantó del suelo.

—Yo también lo siento. Siento que no me hayan salido las palabras que querías oír. Ahora ya sé de dónde le viene a mi hijo la incapacidad que tiene para comunicarse.

Heather levantó ambas manos para interrumpirlo y, señalando la puerta con un leve movimiento de cabeza le dijo:

—Eso no afecta a su capacidad auditiva.

Toby se volvió y se encontró a Dylan allí de pie, con su oso de peluche apretado contra el cuerpo y una expresión preocupada en el rostro. Aunque no podía verbalizar sus pensamientos, era obvio que estaba claramente entristecido al ver a las dos personas más importantes en su vida levantándose la voz la una a la otra.

Heather corrió a su lado y enjugó la lágrima que había rodado por su mejilla.

—No te preocupes, Dylan, no pasa nada. Todo va a ir bien.

—¡No mientas al chico! —le dijo Toby enfadado—. Eso mismo le dijo su madre antes de marcharse y no volver. La última palabra que le oí pronunciar a mi hijo hasta que llegaste tú fue «adiós».

Tendió una mano a Dylan, que la miró dubitativo, para mirar luego a Heather. Apretando los labios para contener las lágrimas que amenazaban con aflorar a sus ojos, ella asintió con la cabeza, y lo empujó suavemente para que fuera con su padre. Querría poder arreglar las cosas, pero no creía que hubiera nada que hacer si Toby no la amaba como ella lo amaba a él.

—Ven, hijo, salgamos de aquí antes de que diga algo de lo que me arrepienta —farfulló Toby, lanzándole una mirada ceñuda a Heather.

Momentos después salía de la casa con el niño, dando un portazo que hizo temblar la lámpara de araña del estudio donde Heather se había quedado, inmóvil como una estatua, desolada. Un silencio insoportable se adueñó de la casa, y la invadió un sentimiento de profunda soledad. Dejándose caer en el sillón de cuero que había tras el escritorio se echó a llorar, sollozando sin hacer ruido alguno. Resultaba irónico que, habiendo ido allí para ayudar a Dylan a recuperar su voz, hubiera perdido la suya.

Pasaron dos horas sin que Toby y Dylan diesen señales de vida, y Heather imaginó que se habrían ido al pueblo. Salió del estudió y caminó sin rumbo por la casa para acabar en el salón. Se acercó al

piano, la única constante en su vida, su único amigo fiel, aunque en un tiempo llegara a considerarlo su enemigo.

Se sentó en la banqueta, levantó la tapa, y acarició abstraída las teclas blancas y negras con las yemas de los dedos antes de comenzar a tocar una melodía. La música, con tintes hondamente melancólicos, que evocaban su estado de ánimo, invadió la estancia.

Permitir que fuera la música quien hablase por ella era como un bálsamo para su alma, y Heather se dejó arrastrar por las notas en un intento por calmar el intenso dolor que había en su alma. Había cerrado los ojos cuando oyó unos pasos apresurados irrumpir en la habitación. Dejó de tocar y los abrió, girándose en el asiento.

Allí de pie estaba Dylan, lleno de rasguños y con la camisa y el rostro manchados de sangre. El corazón le dio un vuelco a Heather, que se levantó y fue inmediatamente junto a él.

—¡Dylan! ¿Qué ha pasado? —le preguntó alarmada, acuclillándose frente al chiquillo y tocándole el rostro con una mano temblorosa.

El niño abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Agarrándolo por los hombros, Heather le imploró:

—Por favor, cariño, dime lo que ha pasado.

Los ojos del pequeño, tan parecidos a los de su padre, se llenaron de lágrimas de frustración. Cerró los ojos con fuerza, como para concentrarse, y volvió a abrir la boca.

—P-p-p… p-papá… he-herido…

El corazón de Heather se llenó de temor. Se levantó y salió corriendo hacia la puerta de la casa como una exhalación, con Dylan justo detrás de ella. Sin embargo, cuando estuvieron fuera, se dio cuenta de que no sabía dónde tenía que ir, y se volvió para tomar al asustado niño en brazos.

—¿Dónde, Dylan?, ¿dónde está papá?

El chiquillo señaló con un dedo sucio y tembloroso. Heather miró en aquella dirección, haciéndose visera con la mano para proteger sus ojos del sol, y vio con espanto un tractor volcado en los pastos detrás de la casa. Echó a correr a través del campo recién arado con Dylan en sus brazos. Los fuertes latidos de su corazón resonaban en sus oídos como el ruido de un tambor, amortiguando los demás sonidos, incluido el de su propia voz, gritando el nombre de Toby una y otra vez.

Probablemente Toby había querido pagar su frustración con la enorme máquina, intentando abrir surcos en la tierra endurecida por la sequía. ¿Qué no daría ella por poder volver atrás en el tiempo y evitar que aquel accidente hubiera ocurrido? Era culpa

suya, culpa suya…

Al aproximarse vio que el tractor seguía en funcionamiento, con dos de sus ruedas moviéndose en el aire. Aun cuando Toby hubiese podido responder a sus frenéticas llamadas, habría sido incapaz de oírla en medio del rugido del motor. Depositando a Dylan en el suelo, Heather rogó en silencio por que el hombre al que amaba no estuviera atrapado bajo aquella mole de metal.

Probablemente, al ver que estaba perdiendo el control sobre la máquina, el primer pensamiento de Toby había sido salvar a su hijo, y Heather lo imaginó arrojándolo fuera de él como si lo estuviera viendo en ese momento.

En la distancia se oyó ruido de truenos, y unas nubes negras como el tizón comenzaron a oscurecer el cielo. Heather rodeó el tractor y encontró a Toby inconsciente yaciendo junto a él. Su sangre manchaba la tierra, y tenía un brazo doblado bajo el cuerpo. Había quedado de costado sobre el campo recién arado, y de algún modo aquello debía haber amortiguado su caída.

Arrodillándose a su lado, entre sollozos Heather le tomó la mano para ver si tenía pulso. Era débil, pero no había duda de que tenía pulso. Se la apretó, dando gracias a Dios, y al hacerlo los ojos de Toby se entreabrieron un instante, mirándola sin verla.

Heather consideró las posibilidades. Si volvía a la casa para llamar al hospital más cercano y pedir una ambulancia, tardaría demasiado en llegar y Toby podría morir desangrado. Alzó la vista hacia los nubarrones que se cernían sobre ellos. Prometiéndole que volvería enseguida, le dijo a Dylan que no se moviera de donde estaba. La única esperanza de salvar la vida de Toby era llevarlo cuanto antes ella misma al hospital.

Cuando llegó sin aliento al lugar donde Toby había dejado aparcada su camioneta, miró dentro y suspiró aliviada al ver que una vez más se había olvidado las llaves en el contacto. Sin perder tiempo se subió al vehículo. Mientras encendía el motor, empezaron a caer gotas en el parabrisas. Con la sequía que habían estado atravesando en las últimas semanas, cualquier otro día Heather habría agradecido que lloviera, pero las precipitaciones en Wyoming después de un periodo de sequía solían ser torrenciales, y no quería ni pensar que la camioneta pudiera quedársele atascada en el fango.

Maldiciendo, dirigió el vehículo hacia el lugar del accidente, centrando su mente únicamente en sacar a Toby de allí lo antes posible. Activó la tracción a las cuatro ruedas, y se abrochó el cinturón de seguridad a toda prisa. Si no lo hubiera hecho, al entrar

a toda velocidad en el campo como hizo, podría haber salido disparada contra el cristal del parabrisas.

Dylan estaba llorando al lado de su padre cuando Heather detuvo el vehículo lo más cerca que pudo, esperando tener la fuerza suficiente para levantar a Toby y subirlo a la camioneta. Sólo en ese momento, cuando intentó moverlo, vio lo horriblemente maltrecho que tenía el brazo derecho. Procuró tener el mayor cuidado posible al meterlo en la camioneta, pero resultaba difícil cuando a la vez tenía que sostenerlo para que no cayera fuera. Cuando finalmente lo logró, Toby emitió un gruñido antes de volver a quedar inconsciente, con el brazo colgando ensangrentado a su lado.

Heather hizo a Dylan entrar en la camioneta, y le abrochó el cinturón de seguridad. Haciendo ella otro tanto. Seguían cayendo gotas en el parabrisas, cada vez con más intensidad, y Heather pidió a todos los santos que los ayudaran a salir del campo antes de que el suelo se convirtiera en arcilla.

Las ruedas de la camioneta empezaron a dar vueltas y Heather notó que la frente se le perlaba de sudor. Cada minuto contaba, pero no quería arriesgarse a hundir el vehículo en la tierra arada con las prisas. Pisó el acelerador despacio, y se dirigió hacia el camino de grava que conducía fuera del rancho. Lo único que los separaba de él, era una alambrada de espino, pero pisó de nuevo el acelerador y se la llevó por delante.

El tañido del alambre al partirse fue como el pistoletazo de salida en su carrera por llegar al hospital en un tiempo récord. La grava del camino saltó en todas direcciones al paso de la camioneta, y justo entonces comenzó a granizar. Del tamaño de nueces, el granizo golpeó el techo y el capó del vehículo, dejándolos llenos de pequeñas abolladuras, pero Heather se dijo que, en comparación con el alambre enredado en la parte frontal, a la compañía del seguro le parecerían insignificancias.

Cuando salieron a la autopista Heather marcó el número de urgencias en el móvil que llevaba incorporado la camioneta y conectó el sistema manos libres para avisar al hospital de que iban hacia allí. La carretera estaba resbaladiza, pero no podía aminorar la marcha. Durante todo el camino, Dylan mantuvo apretada la palma de la mano del brazo sano de su padre contra su mejilla mientras se balanceaba atrás y adelante, como intentando calmarse.

—Todo saldrá bien, Dylan, ya lo verás. Eres un verdadero héroe —murmuró Heather, acariciándole el cabello.

El que, a pesar de lo traumático que debía haber resultado para él el accidente y el ver a su padre inconsciente y ensangrentado en

el suelo, Dylan hubiera sido capaz de hablar para ayudarlo era en sí un auténtico milagro. Heather siempre había creído que el chico volvería a hablar cuando se sintiese preparado para hacerlo, pero hubiera querido que no hubieran tenido que darse aquellas circunstancias para darle la razón.

En silencio se prometió a sí misma que, si Toby salía de ésa, no volvería a permitir que su orgullo se interpusiera entre ellos.

—El brazo no tiene buen aspecto. Puede que haya que amputar.

Aquellas palabras de la enfermera del pabellón de urgencias fueron lo único que Toby escuchó antes de que le pusieran una inyección anestesiante y volviera a hundirse en las brumas de la inconsciencia.

Horas después, al despertar, se sorprendió de encontrar a Heather dormida en la silla junto a la cama en la que estaba postrado. Tenía el cuello doblado en un ángulo incómodo, y el cabello le caía en una cascada dorada sobre el hombro. En torno a sus ojos cerrados había sendos círculos oscuros por el cansancio. Toby habría querido extender el brazo y acariciar su hermoso rostro, pero no tenía fuerzas. Lo mataba pensar que, por su orgullo, cualquier posibilidad de un futuro juntos se hubiera roto como su brazo, que había oído crujir antes de desmayarse por el lacerante dolor.

Arropado hasta el cuello e incapaz de mover un músculo, no podía estar seguro de si ese brazo seguía unido a su cuerpo. Las palabras del médico resonaron en su mente. Si Heather lo había rechazado cuando le había propuesto matrimonio antes del accidente, ¿cómo podría pedirle que aceptase a un hombre incompleto?

De todos modos no tenía sentido alguno que albergase esperanzas de que hubiese cambiado de idea. Y además, tampoco sería justo pedirle que pasase el resto de su vida cuidando de él y de su hijo, y que renunciase a sus ambiciones.

Las nubes que aún quedaban en el cielo dejaron que se filtrara a través de ellas el sol en ese momento, y el haz de luz despertó a Heather, que se removió en el asiento, haciendo que el corazón de Toby latiera nervioso.

Sus párpados se abrieron lentamente, y su mirada se suavizó nada más verlo despierto.

—Dios, eres tan hermosa… —murmuró él.

Toby no alcanzaba a imaginar por qué aquellas palabras habrían

de hacerla romper a llorar, pero así fue. Cubriéndolo de besos, le dijo una y otra vez lo feliz que se sentía de que estuviese vivo.

Toby, en cambio, no estaba seguro de que fuese una buena cosa que no hubiese muerto en el accidente. Cuando Heather los dejase, el que hubiese sobrevivido no supondría una gran diferencia para nadie, a excepción de su hijo, que necesitaba que fuera para él padre y madre a la vez, y de su propia familia, que le insistirían para que volviese a Georgia para tratarlo como un inválido el resto de su vida.

Heather remetió un mechón de cabello tras su oreja, y dio un paso atrás para mirarlo. Después del calvario por el que había pasado para llevarlo hasta allí, se sentía preparada para desnudarle su alma.

—Toby, yo… he estado pensando, y he cambiado de opinión. No quiero marcharme.

El brinco que dio el corazón de Toby en su pecho se reflejó en el monitor que controlaba sus constantes vitales.

—Pero quieres un aumento de sueldo —bromeó él en un tono apagado.

Heather esbozó una media sonrisa, y se arrodilló junto a la cama.

—No, bobo, lo que intento decir es que te quiero.

Aquellas palabras hicieron que una ola de dicha lo invadiera, pero, aunque más que nada en el mundo habría querido creerla, no quería que se quedara con él por lástima.

—Heather, no… —comenzó—, no tienes por qué…

—No me interrumpas, por favor —replicó ella—. Dios y yo tuvimos una larga charla mientras veníamos hacia aquí, y hemos decidido que me necesitas. Sí, no sólo Dylan; tú también me necesitas. Estoy dispuesta a casarme contigo en los términos que tú pongas. Si me dieras una oportunidad, quizá podrías aprender a quererme.

Toby sintió que el nudo que tenía en la garganta iba a asfixiarlo.

—¿Aprender… a quererte? —repitió balbuciente.

Para una mujer que le había dicho que quería romanticismo, sus palabras sonaban más a una propuesta de negocios que a un asunto que atañía al corazón. ¿Y cómo podía sugerir que no la quería? ¿Acaso no se lo había demostrado mil veces con sus actos?

¿Sería posible que hubiese creído de verdad que le había propuesto matrimonio sólo porque había logrado progresos con Dylan? ¿Tan mal concepto tenía de él que lo consideraba capaz de hacer algo así sólo para asegurar sus intereses? ¿Acaso no sabía que

el amor que sentía por ella era tan profundo que aunque hubiese utilizado todas las palabras de un diccionario no habría sido suficiente para transmitírselo?

¡Qué estúpido había sido! Cuando Heather había rechazado su proposición había reaccionado como un adolescente inmaduro, marchándose enfadado en lugar de haberse quedado a hablarlo a fondo y haber deshecho los malentendidos entre ellos. Y tampoco había sido muy maduro por su parte intentar aplacar su orgullo herido tras el volante del tractor. Por suerte para él Heather era capaz de mantener la cabeza fría. Si no hubiera sido por ella, en ese momento estaría muerto.

Sin embargo, el reprenderse por su comportamiento no le devolvería el miembro que había perdido.

—Heather no pudo casarme contigo —comenzó—. Mi brazo…

—¿Qué tiene que ver tu brazo en todo esto?

—¡No puedo esperar que te cases conmigo siendo un lisiado!

—¡Tobías Danforth! —exclamó Heather incrédula—. No puedo creer que me consideres tan superficial como para pensar que me importan esas cosas.

Ella también había oído a la enfermera comentar que quizá tuvieran que amputárselo, y habiendo visto con sus propios ojos el estado en que había quedado tras el accidente, no tenía muchas esperanzas de que la mujer hubiese estado equivocada. Había llamado a los padres de Toby en cuanto había podido, y se dirigían hacia Wyoming en esos instantes en el jet privado de Abraham para estar junto a su hijo y su nieto.

—El que tengas dos brazos o uno no supone ninguna diferencia para mí —le dijo—. Te quiero, Toby; no estoy enamorada de tu brazo, ni de tu billetera, ni del apellido de tu familia. Nada va a hacer que cambien mis sentimientos por ti; nada. Te quiero, y quiero a Dylan, es así de simple. No creo que debamos hacer las cosas más difíciles de lo que ya son.

—Yo también te quiero.

Al ver rodar lágrimas por las mejillas de Heather cuando le hizo esa confesión, Toby se reprochó no habérsela hecho antes. De algún modo aquellas palabras lo hacían sentirse completo… aunque ya no fuera un hombre completo.

Las dudas lo inundaron de nuevo. No podía dejar que una mujer tan joven y vivaz hiciera algo tan generoso sin pensar seriamente en lo que significaría casarse con un hombre que necesitaría ayuda incluso para vestirse cada mañana. En más de una ocasión Heather lo había acusado de gruñón, y eso había sido teniendo sus dos

brazos. Vivir con él manco podía convertirse para ella en un infierno hasta que aprendiese a manejarse con un sólo brazo. No, no sería justo aceptar que se sacrificara por él por culpa de un accidente que su mala cabeza había provocado. No quería que se quedase con él por lástima.

—Heather, yo te quiero y volvería a pedirte que te casaras conmigo, pero mi brazo…

—Está ahora mismo lleno de grapas, y no podrá utilizarlo durante un tiempo —lo interrumpió de pronto un voz masculina—, pero no tiene por qué preocuparse. Dejándolo descansar y con unas cuantas sesiones de fisioterapia volverá a poder usarlo en unos meses.

Toby alzó la vista, y vio que un médico joven había entrado en la habitación. Ante tan increíble noticia, Toby cerró los ojos dando gracias a Dios, y exhaló el miedo que se había acumulado en sus pulmones, mientras el hombre seguía explicándole:

—También tiene una contusión importante en la cabeza, y supongo que será la causante de que lo haya oído hablándole de matrimonio a esta señorita al entrar. El Tobías Danforth que conocemos por estos pagos juraba y perjuraba a todo el mundo que no volvería a casarse así se juntasen el cielo con la tierra.

La sonrisa de Toby pareció iluminar toda la habitación.

—He cambiado de idea, doctor. El golpe en la cabeza me ha hecho ver lo equivocado que estaba.

Tras esas palabras, volvió el rostro hacia Heather y centró en ella toda su atención.

—Te amo, Heather —le dijo—, y quiero casarme contigo. ¿Querrás ser mi esposa?

La expresión de dicha que se dibujó en las facciones de ella disipó todas las dudas que Toby pudiera haber tenido. No era la clase de mujer que necesitaba rosas y un ambiente romántico con música de violines de fondo para aceptar una proposición tan sincera y tan sentida. Únicamente necesitaba oír las palabras adecuadas. Toby le dio gracias a Dios por haberlas encontrado a tiempo, y se propuso hacer desde ese momento borrón del pasado y cuenta nueva. Un futuro tan prometedor como el que se abría ante ellos debía estar impoluto, como las páginas en blanco de un cuaderno sin utilizar.

—Sí, Toby, me sentiría muy honrada convirtiéndome en tu esposa.

La respuesta de Heather no había ido acompañada de un afectado pestañeo, ni de ningún otro tipo de teatro. En el tono de su

voz únicamente se destilaba felicidad, la misma felicidad que brillaba en sus ojos.

El doctor se aclaró la garganta. La verdad sea dicha, se sentía terriblemente celoso… y un poco incómodo por estar presenciando aquel momento tan íntimo.

—Le estrecharía la mano para felicitarlo—le dijo a Toby—, pero como no va a poder ser porque la tiene hecha cisco, creo que los dejaré a solas para que puedan fijar la fecha del enlace.

—Si por mí fuera —respondió Toby—, haría venir a un sacerdote ahora mismo para que nos casase antes de que me den el alta. Pero como no creo que pueda ser, está usted invitado a la boda cuando se celebre.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó el médico.

Y, con esas palabras, salió de la habitación, dejándolos a solas.

Toby sintió que el corazón se le henchía de felicidad al mirar a su hermosa prometida. Casi no podía creerse que aquello estuviese ocurriendo de verdad.

—¿Estás segura de que no eres tú la que te has dado un golpe en la cabeza? —le preguntó.

Heather se rió.

—Tan segura como que pienso seducirte a pesar del brazo vendado. Y te aviso ya que no podrás resistirte.

—En ese caso debo decir que es una suerte que lo que el tractor aplastó no fuera otra parte de mi anatomía —murmuró Toby, bajando la vista al evidente bulto que había bajo las sábanas.

Heather se sonrojó y se echó a reír de nuevo antes de inclinarse hacia delante para besarlo. Aunque con bastante esfuerzo por lo débil que se sentía, Toby consiguió sacar el brazo sano de debajo de las sábanas para rodearle la cintura y atraerla hacia sí. Se percató entonces de que los labios de Heather estaban moviéndose sobre los suyos con demasiada suavidad, como si tuviera miedo de hacerle daño. Subiendo una mano a su pecho, Toby hizo el beso más profundo para convencerla de lo contrario.

Al cabo de un largo rato despegaron sus labios para tomar aliento.

—¿Sabes? —le dijo Toby con una sonrisa traviesa—, creo que apretándonos un poco, cabríamos los dos en esta cama.

—Compórtate —lo reprendió Heather al ver a Dylan entrar en la habitación de la mano de una enfermera.

Heather tuvo que refrenar al chiquillo, que estuvo a punto de subirse a la cama y hacerle daño sin querer a su padre en su ansia por darle un abrazo. Después de besarlo, dejó que Heather lo

sentara en sus rodillas, y con una expresión de profundo orgullo, dijo de pronto:

—Lo he hecho bien, ¿verdad, papá?

Toby lo miró con los ojos como platos. Giró el rostro hacia Heather, como esperando que le confirmase que no estaba imaginando cosas. Por toda respuesta, Heather sonrió y acarició el cabello del niño mientras le decía:

—Fue Dylan quien te salvó la vida, quien vino a buscarme y me dijo que estabas herido.

—¿Te lo… te lo *dijo*? —repitió Toby incrédulo.

¿Sería posible que Dios fuese tan generoso como para haberle concedido dos milagros en un mismo día?

—Y según las enfermeras no ha hecho más que contarle a todo el mundo en el hospital lo valiente que ha sido.

Los ojos de Toby se llenaron de lágrimas de alegría. Sentía deseos de saltar de la cama y ponerse a bailar por la habitación, pero tuvo que conformarse con fundirse en un abrazo eterno con Heather y su hijo.

Aquel abrazo marcaba el comienzo de su vida como familia, una familia feliz y unida.